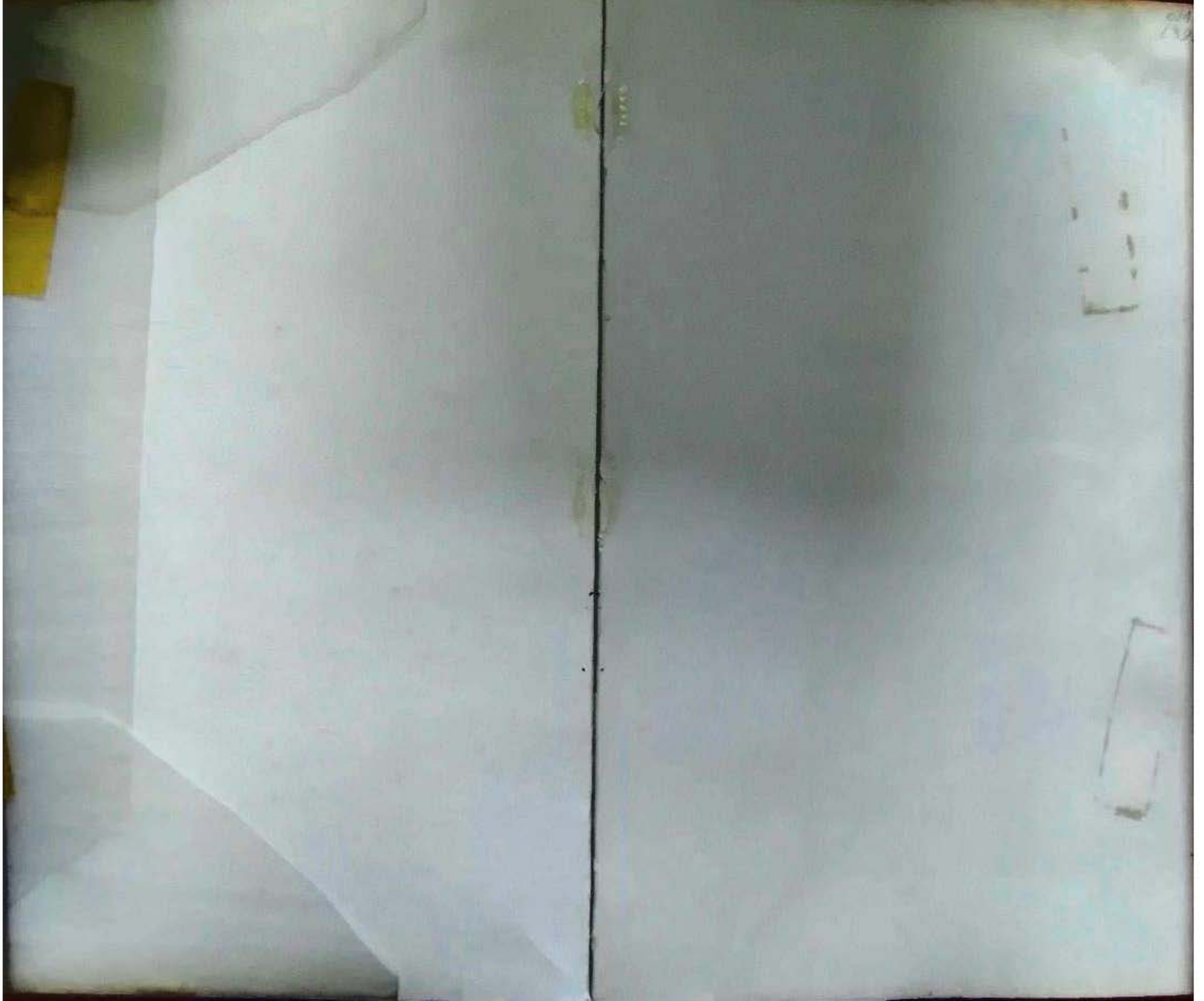


Carlos Lizarraga, cp.



El Santo del Año Internacional
de la Juventud, 1985



Carlos Lizarraga, C.P.

**Beato Pío
Campidelli,**

estudiante pasionista

(1868-1889)



MADRID - BILBAO - ZARAGOZA

1985

Con aprobación de los Superiores

© PP. Pasionistas, Bilbao, 1985. Es propiedad. Impreso en España.
Printed in Spain. Gráficas Lizarra, S.L., Ctra. de Tafalla, Km. 1,
Estella (Navarra). Fotocomposición: COMETIP, S.L., Plaza de los
Fueros, 4 - Barañain (Navarra).

ISBN 84-599-0870-1
D.L. NA 998-85

- A los actuales Formadores cristianos de la Juventud Siglo 20-21.
 - A los Formadores de los Sacerdotes y Hermanos Pasionistas de AYER.
 - A los Formadores de los Sacerdotes y Hermanos Pasionistas de HOY.
 - A cuantos me formaron a mí mismo al servicio de la Iglesia en la Congregación Pasionista.
- ¡CON ADMIRACION Y GRATITUD!



Pio Di S. Luigi

Presentación

«¡Qué importante es educar a los jóvenes y a las jóvenes para el «Amor Hermoso», con el fin de alejarles de todas las asechanzas que tratan de destruir el tesoro de su juventud: la droga, la violencia, el pecado en general, y orientarles por el camino que lleva a Dios: en el matrimonio cristiano, camino real para la realización humana y santificación de la mayoría de las mujeres y hombres; y también, cuando Cristo llama, en la entrega radical exigida por la vocación sacerdotal y religiosa. La Iglesia necesita hoy muchos apóstoles para evangelizar el mundo del nuevo milenio que se acerca!».

(Juan Pablo II, A los Jóvenes,
en Lima, Perú, 2 febrero 1985).

Desde el primer capítulo de este libro que hoy pongo en las manos de los jóvenes hago con el Papa Juan Pablo II una sincera profesión de fe en la juventud. Nos preparamos para entrar en el tercer milenio de la historia amparada a la sombra benéfica de la Cruz de Cristo. A los jóvenes de hoy, hombres del mañana, les corresponderá la tarea fascinante de inaugurar el nuevo milenio que se acerca y empujarlo por derroteros de amor y de paz, de justicia y libertad.

Retrato de Pio Campidelli por el artista Aronne Del Vecchio y firma autógrafa del nuevo Beato. Trazos claros y armónicos. Caracteres abiertos y nítidos, reflejo de un temperamento sereno y equilibrado. Este equilibrio y serenidad temperamental del Beato quedarán por siempre plasmados y sellados en la fórmula del gozoso sacrificio de su vida por la Romagna: «OFREZCO LA VIDA POR MI QUERIDA ROMAGNA».

Es por ello tarea urgente que en esta última etapa del milenio que muere pongamos el mayor énfasis en educar a nuestros jóvenes —el mayor número posible— para que reciban con espíritu cristiano al nuevo milenio y le infundan desde el Evangelio, sorteando y superando los evidentes peligros que le amenazan: la droga, la violencia, el pecado en general, una gran capacidad de acoger en una gran familia de hermanos a todos los hombres, haciendo que todos disfruten el beneficio común de sentirse y ser de hecho hijos bienamados de Dios.

Dos son los caminos que se les ofrecen a nuestros jóvenes de buena voluntad para servir al mundo del tercer milenio desde una perspectiva gozosa y creadoramente cristiana, nos dice el Papa: «*en el matrimonio cristiano, camino real para la realización humana y santificación de la mayoría de las mujeres y los hombres, y también, cuando Cristo llama, en la entrega radical exigida por la vocación sacerdotal o religiosa*». Ambos caminos son queridos por Dios y, por lo mismo, dignos de ser recorridos por quienes, jóvenes todavía, desean salvarse a sí mismos salvando a los demás.

La Iglesia y el mundo de la hora actual y del tercer milenio necesitan jóvenes generosos capaces de asimilar lo más que puedan las esencias del Evangelio para impregnar la vida social del espíritu de las bienaventuranzas. Desde su introducción en la historia, el cristianismo fue siempre terreno fecundo en que florecieron y fructificaron toda clase de heroísmos. Cuando la Iglesia, por la voz de su Pastor supremo el Papa, beatifica o canoniza a uno de sus hijos, viejo o joven, lo propone al mundo como modelo de vida cristiana y de evangelización. Es lo que hace ahora, a las puertas del nuevo milenio que se acerca, al proclamar Beato al joven estudiante pasionista, Pío Campidelli. Presenta a nuestros jóvenes de hoy un joven como ellos, que fue capaz de vivir sin desfallecimientos las exigencias de su vocación cristiana y religiosa, pudiendo ahora servir de espléndido modelo a cuantos en la hora presente aspiran a ser fermento salvador, luz y sal de la tierra.

Quizá por temperamento y en todo caso porque el Papa está convencido de que la juventud forma en la Iglesia y el

mundo la porción más vital e interesante de la grey que en calidad de Pastor supremo debe pastorear en nombre de Cristo, a Juan Pablo II le agrada verse rodeado de jóvenes. Las palabras que les dirige llevan siempre un característico sello de frescor y novedad. Os invito, jóvenes, a leer y meditar, por ejemplo, el pensamiento programático que Juan Pablo II os proponía como norma de vida juvenil en su encuentro con la juventud en Roma durante el Año Santo de la Redención, 15 de abril de 1984, y en la magnífica Carta que os escribió el 31 de marzo 1985 con motivo del Año Internacional de la Juventud¹. Os invito también a que leáis y meditéis la síntesis que, trazando las líneas maestras de una auténtica espiritualidad juvenil, hace el Papa en la espléndida alocución sobre las bienaventuranzas dirigida el 2 de febrero de 1985 en el hipódromo limeño de Monterrico a la juventud del mundo y que yo me complazco en recoger a modo de apéndice al final de este libro.

La vida de Pío Campidelli, como en definitiva la de todo joven que desee proyectarse como luz de evangelización sobre su mundo concreto, refleja el espíritu de las bienaventuranzas, «*programa de vida*—decía el Santo Padre en Lima—*hecho a la medida de los jóvenes, ya que la característica fundamental de la juventud es la generosidad, la apertura a lo sublime y a lo arduo, el compromiso concreto y decidido en cosas que valgan la pena, humana y sobrenaturalmente. La juventud está siempre en actitud de búsqueda, en marcha hacia las cumbres, hacia los ideales nobles, tratando de encontrar respuestas a los interrogantes que continuamente plantean la existencia humana y la vida espiritual. Pues bien ¿hay acaso ideal más alto que el que nos propone Jesucristo?*».

1. Mucho me hubiera complacido recoger entre los apéndices del final de este libro la Carta apostólica del Papa a los Jóvenes del Mundo en el Año Internacional de la Juventud. Dificilmente se puede decir más y mejor como programa de vida cristiana para los Jóvenes de la hora presente. Pero dada la extensión del documento y lo exiguo de nuestras posibilidades, me limito a invitar a nuestros jóvenes a que no dejen de adquirir la Carta del Papa en cualquier librería católica. Se convencerán de que el Santo Padre y con él toda la Iglesia, tienen puestas en la Juventud sus mejores esperanzas.

De estas notas individuantes que según Juan Pablo II caracterizan a la juventud: la generosidad, la apertura a lo sublime y a lo arduo, el compromiso concreto y decidido en cosas que valgan la pena humana y sobrenaturalmente, nacen las profundas inquietudes existenciales que también caracterizan a la misma juventud y que dan origen en el seno de la misma a figuras tan seductoras y apasionantes como las de un Francisco de Asís, una Teresa de Jesús, un Francisco Javier, un Pablo de la Cruz, un Gabriel de la Dolorosa, una Gema Galgani o, como en este mismo momento, un Pío Campidelli, joven estudiante pasionista de 21 años de edad.

En la línea del pensamiento de Juan Pablo II me atrevería yo a decir que las etapas del caminar terreno de nuestro nuevo Beato Pío Campidelli hacia Dios en compañía de los hermanos, fueron una gran actitud de búsqueda, una incesante marcha hacia las cumbres, una insaciable sed de nobles ideales, un afán nunca satisfecho de hacer realidad en la propia vida el ideal propuesto por Jesús en las Bienaventuranzas.

Si os tomáis el trabajo, queridos jóvenes, de leer este libro que hoy intento poner en vuestras manos, os daréis cuenta de que el joven Pío Campidelli es un muchacho en todo igual a vosotros. Un muchacho que —¡eso sí!— tomó muy en serio el proyecto de su vida y lo plasmó en el molde del Evangelio; pero en todo caso un joven que no nació santo sino que se hizo santo a fuerza de generosidad y de esfuerzo; un «santo» válido, como lo veréis, para los tiempos que corremos en que muchos jóvenes se preparan para un nuevo milenio con sincero deseo de hacer presentes en el mundo la luz y el amor, la justicia y la libertad que brotan a caño abierto del Evangelio de Jesús.

El mundo —todos lo reconocemos— está enfermo por falta de auténticos valores. La enfermedad que sufre el mundo contagia a tantos jóvenes que caminan desorientados, como sin brújula. Estos jóvenes de la hora presente, muchas veces, se dejan manipular con exceso por intereses ocultos que viscosamente se mueven en la sombra. Necesitamos jóvenes vertebrados, varoniles, que sepan lo que quie-

ren. tengan la noble osadía de apostar por ideales nobles y se sientan capaces de vivir y morir por ellos: ¡Jóvenes como PIO CAMPIDELLI, que se consagró al ideal de las Bienaventuranzas y terminó el curso de su breve carrera en el mundo MURIENDO GOZOSAMENTE POR SU PATRIA CHICA, «la querida Romaña!».

C. Lizarraga

PROFESION DE FE EN LA JUVENTUD

Hacia un proyecto de vida satisfactorio

En mis convivencias de grupo y en mis cursos de ejercicios espirituales a la juventud, he constatado multitud de veces que los jóvenes de hoy como los de ayer se siguen planteando las mismas acuciantes preguntas a la hora de descubrir y determinar las líneas de fuerza y las bases de un proyecto de vida, válido y eficaz: «¿Qué sentido tiene la vida? ¿Por qué muchos adultos, pese a sus buenos propósitos iniciales, llevaron o llevan una vida mediocre e incolora y terminan sintiéndose fracasados? ¿Qué deberé hacer yo para 'realizarme' evitando el fracaso de mi existencia? ¿Cómo saber cuál es 'mi' verdadera identidad? ¿Cómo llegaré a ser un hombre único y nuevo, un hombre irreplicable aquí y ahora para bien mío y de la sociedad en que me veo inserto...?».

Todo hombre, en cualquier época de su existencia, corre a la búsqueda de su autorrealización, definida, según los casos, con diferentes nombres: *felicidad, amor, gozo, misión, liberación...* Se trata de una búsqueda más o menos evidente, pero siempre presente y real de una forma u otra.

Es una búsqueda que estimula a la persona, de realización en realización, y la anima a afrontar cualquier dificultad, trabajando por alcanzar metas elevadas en que plasmar la plenitud del sentido humano-divino de la propia vida.

Esta búsqueda se hace más acuciante en la adolescencia y en la juventud, cuando la persona se ve a sí misma como proyecto que se inicia, un proyecto cuya realización dependerá, tanto de las opciones hechas como de la generosidad con que estas opciones cristalicen día tras día en una creadora realidad.

Todo joven es un proyecto de vida cargado de espléndidas posibilidades. La realización de este proyecto supone, en el punto de partida, que el mismo joven se conozca a sí mismo, se autodefina de cara a la vida que empieza y se afirme en su propia identidad para dar sentido a su existencia. Pío Campidelli, estudiante pasionista de cuya *vida-proyecto-que-se-realiza* vamos a hablar en este libro, puede servir de gran ayuda a tantos jóvenes honestos y sinceros que hoy, quizá más que nunca, se preguntan si vale la pena vivir, y, en caso afirmativo, por qué camino será posible alcanzar la meta de una satisfactoria autorrealización, de acuerdo con el propio proyecto existencial.

El Papa Juan Pablo II y el proyecto juvenil

El Papa Juan Pablo II, cree en la juventud, proyecto de un mundo nuevo. Sus discursos a los jóvenes son una verdadera profesión de fe en la juventud. Como ejemplo, y por creerlas de sumo interés para la finalidad que perseguimos en este libro, comenzamos nuestro trabajo resumiendo aquí algunas de las alocuciones que dirigió a los jóvenes peregrinos del mundo entero, presentes en Roma del 12 al 15 de abril de 1984, Año Santo de la Redención.

Al lado de tanto joven, el Papa se dejó contagiar del frescor de su fe y esperanza. Tras la ventana de su apartamento particular del Palacio Apostólico, presenció la noche del 11 de abril la procesión de las antorchas con que más de

60.000 jóvenes iniciaron su marcha jubilar por la vía de la Conciliación hasta la majestuosa plaza de San Pedro. Proclamando su fe en la juventud, les dijo el Santo Padre: «Os he visto recorrer la vía de la Conciliación con antorchas en la mano. Era una estupenda marcha de la luz. Pero era sobre todo una estupenda profesión de fe y esperanza porque con vosotros caminaba Cristo. El sostiene vuestro entusiasmo y da sentido a vuestra vida; El os llama a vivir ideales que ningún otro enseña; El os está siempre cercano; El es el Amigo que nunca defrauda»¹.

Al día siguiente, jueves, 80.000 jóvenes deportistas de los cinco continentes del mundo hicieron corona al Papa en el Estadio Olímpico de Roma. Verdadero acontecimiento histórico y espectáculo incomparable en que los más conocidos campeones y atletas del balón y de la bicicleta protagonizaron una serie de manifestaciones en honor de Su Santidad. En sus palabras, Juan Pablo II pidió prestada al Apóstol S. Pablo una feliz expresión de neto sabor deportivo y ofreció un precioso programa de vida juvenil.

«¿No sabéis –les dijo citando a S. Pablo– que en las carreras del estadio todos corren, pero uno sólo conquista el premio? Corred también vosotros de forma que lo conquistéis». El deporte, virtud o conjunto de virtudes juveniles, es «un valor humano, considerado –dijo el Papa– no sólo como término de comparación para ilustrar un ideal superior ético o ascético sino también en su intrínseca realidad de coeficiente en la formación del hombre y de componente de su cultura y civilización». El deporte es un valor humano, como es la ciencia, el trabajo, el arte, el amor, el compromiso social y político... amplio campo del que los jóvenes no tienen que huir sino que tienen que abrazar y amar con respeto y estima y con sincero deseo de aportar al mundo auténtico sentido de rescate y redención.

Con su vida empapada en sana deportividad el joven está llamado a hacer que penetre en la sociedad «el amor recíproco, la fraternidad sincera y la auténtica solidaridad». Vol-

1. L'Osserv. Romano, 13 abril 1984. Saludo a los Jóvenes.

viendo al Apóstol S. Pablo, el Papa, que cree en los jóvenes de buena voluntad, subrayó enérgicamente su pensamiento: «El atleta es temperante en todo. Para ser buen atleta (para ser un joven ideal ampliaríamos nosotros) son indispensables la honestidad consigo mismos y con los demás, la lealtad, la fuerza moral, más todavía que la fuerza física, la perseverancia, el espíritu de colaboración y la sociabilidad, la magnanimidad, la generosidad, la amplitud de mente y corazón, la capacidad de convivencia y de convivencia»².

Visto el joven -todo joven- como proyecto de vida en vías de realización, el Papa puso especial énfasis en estos puntos programáticos:

El joven debe aprender a valorizar su cuerpo visto como obra maestra del amor y del poder de Dios. El cristiano sabe que por el bautismo queda integralmente consagrado como templo de Dios, no sólo en cuanto al alma sino también en cuanto al cuerpo.

El joven debe aprender a mirar la vida como una noble competición. Todos corremos tras una corona. En el deporte se trata de una corona corruptible. En la vida, puesta la vista más allá de las fronteras del tiempo, competimos por una corona inmortal, incorruptible.

El joven cristiano debe aprender la alegría de vivir. Esto supone que habrá de desarrollar una gran capacidad de estrechar vínculos de amistad, favorecer el diálogo y la apertura de los unos hacia los otros, como expresión de la riqueza del ser, mucho más válida y estimable que la riqueza del tener, y, por lo mismo, muy por encima de las leyes de la producción y del consumo y de toda otra consideración puramente utilitarista y hedonística de la existencia.

Como síntesis de su encuentro con los jóvenes en quienes cree, terminó el Santo Padre invitándoles a trabajar sin descanso por la construcción de un mundo mejor sobre la base del amor cristiano.

«En esta época tan maravillosa y atormentada, compro-

2. L'Osserv. Romano, 14 abril 1984. Discurso en el Estadio.

meteos a construir una cultura del amor, una civilización del amor... Podéis contribuir a esta construcción... con toda vuestra conducta, con toda la lozanía de vuestros sentimientos y con toda la seriedad de la disciplina en la que también el deporte puede educaros. Vivid como hombres que siguen siendo entre sí amigos y hermanos, pese a que todos competís por la corona de una victoria terrena. Estrechad vuestras manos, unid vuestros corazones en la solidaridad del amor y de la colaboración sin fronteras. Reconoced en vosotros mismos mutuamente el signo de la paternidad de Dios y de la fraternidad en Cristo»³.

Este encuentro del Santo Padre con los jóvenes en el Año Santo es un encuentro que sintetiza los que va teniendo con el mundo joven a lo largo de todos los caminos de la geografía. Profesión de fe en la juventud de toda la Iglesia, que culminó en estas expresivas palabras: «Creo en la sinceridad de vuestra fe y de vuestra voluntad; creo en vuestra juventud, creo en vuestro propósito de comprometeros, por encima del deporte, en la salvación del hombre contemporáneo para que sean realidad los «cielos nuevos» y la «tierra nueva» a los que todos aspiramos con el ardor de nuestra esperanza cristiana. Presiento que la Iglesia, no menos que vuestras respectivas patrias, pueden contar con vosotros»⁴.

Modelos-proyecto en que inspirarse

A la hora de detectar modelos para la juventud, ninguno mejor que Jesús de Nazaret, capaz de responder a las más nobles aspiraciones y saciar la sed de ideal de los jóvenes de todos los tiempos. Bellamente aludía el mismo Papa a esta capacidad de Jesús para colmar las ambiciones de todo corazón generoso. En la noche de la inauguración del jubileo juvenil, 11 de abril, invitaba a los jóvenes a que abrieran

3. L'Osserv. Romano, 14 abril 1984, ibíd.

4. L'Osserv. Romano, 14 abril 1984, ibíd.

las puertas de su corazón a Cristo porque «en El está la alegría de la libertad verdadera, la de poder construir la existencia sobre la única realidad capaz de resistir la usura del tiempo, proyectándose más allá de las fronteras de la muerte, la realidad indestructible del amor»⁵.

Para llegar a Jesús, modelo único, «camino, verdad y vida», al joven de hoy se le ofrecen válidos ejemplares de vida cristiana que encarnaron en sí mismos la perfección del amor proclamada en el Evangelio. Cada época de la Iglesia ha producido sus propios ejemplares de vida cristiana. Perfectos seguidores de Jesús, de toda edad y condición. Hombres nacidos y crecidos en nuestros mismos ambientes que, superando las dificultades de su propio momento histórico, vivieron el ideal cristiano con alegría contagiosa y fueron sinceramente coherentes con las exigencias de su fe.

Ya el Apóstol S. Juan se refería a estos modelos cristianos y fijándose concretamente en los jóvenes les decía que les escribía precisamente a ellos, los jóvenes, «*porque sois fuertes*». «*No pequéis* –les decía–, *pero si alguno peca no perdáis la confianza porque tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, el Justo*»⁶.

A su paso por los caminos de la vida, Jesús sigue encontrándose con jóvenes parecidos a aquél del Evangelio a quienes hace la propuesta de siempre: «*Si quieres ser perfecto... ven y sígueme*»⁷. Seguir a Jesús no equivale a perder la propia identidad despersonalizándose en un molde nuevo en que se difuminan los propios rasgos individuantes. Más bien diría que seguir a Jesús equivale a enriquecer la propia personalidad, la propia identidad, con nuevos elementos que subliman y perfeccionan. Seguir a Jesús tampoco significa que todos tengamos que avanzar por un mismo camino. Más bien diría que cada cual debe hacer su propio camino, sólo que intentando copiar en sí mismo la santidad divina que irradia la imagen de Jesús.

5. L'Osserv. Romano, 13 abril 1984. Saludo a los jóvenes.

6. 1.º S. Jn 2, 1.

7. Mt 19, 21.

Un buen modelo para un joven moderno puede ser Pío Campidelli, estudiante pasionista de 21 años, cuya vida en sus rasgos más salientes trataremos de recoger en este libro. Vivió pocos años en este mundo. Pero los vivió con extraordinaria intensidad. Los vivió para el bien, para la verdad, para el amor. En él se cumplen aquellas palabras que leemos en la Biblia: «*Aunque su paso por la vida fue rápido y fugaz, consumó su carrera como un buen atleta, como un legítimo campeón*»⁸.

¡Magnífico modelo-proyecto de vida juvenil! Es un muchacho de corte parecido al de esa famosa trilogía de jóvenes santos que la Compañía de Jesús ha venido presentando durante largos años a la juventud cristiana: S. Luis Gonzaga, S. Juan Berchmans, S. Estanislao de Kostka. ¿Quién, que en su adolescencia o juventud frecuentara las Congregaciones Marianas –los Luises, los Kostkas–, no se benefició de la ejemplaridad de estos santos muchachos?

En los Procesos de Canonización, repetidamente se compara a Pío Campidelli con estos tres santos jóvenes cuyas virtudes juveniles trató de imitar. Pero también se habla de otro santo joven, pasionista como él, con cuya vida tiene Pío Campidelli innumerables puntos de coincidencia: este santo joven es S. Gabriel de la Dolorosa, de la misma Congregación que Pío, casi de la misma edad, italiano como él y de unas características espirituales sumamente parecidas⁹.

Cuando Pío Campidelli entró en la Congregación Pasionista, S. Gabriel de la Dolorosa había muerto hacía pocos años y su camino hacia los altares llegaba a su recta final. Pío Campidelli entró en la Congregación en 1882 y murió en 1889. Desde el primer día de su ingreso oyó hablar del joven Possenti, Gabriel de la Dolorosa, hijo del gobernador de

8. Sb 4, 13.

9. El 30 de junio de 1985, el Papa Juan Pablo II visitó el santuario de S. Gabriel de la Dolorosa en el Gran Sasso. Ante una incalculable multitud de jóvenes pronunció el discurso que recogemos en el Apéndice 4.º en que subraya las líneas maestras de la espiritualidad tanto de S. Gabriel de la Dolorosa como de nuestro nuevo Beato Pío Campidelli.

Espoleta en los Estados Pontificios. Se enamoró de su santidad sonriente y joven. Se enamoró, sobre todo, de su gran devoción a la Santísima Virgen y se propuso imitarle. El 31 de mayo de 1908 fue beatificado S. Gabriel y canonizado el 13 de mayo de 1920. Todo ello, como se ve, al poco tiempo de haber llegado a la Congregación el joven Campidelli¹⁰.

10. Al lado de S. Gabriel de la Dolorosa (Possetti) y de Pio de S. Luis (Campidelli), ambos estudiantes de la Congregación Pasionista, verdadero jardín de santidad juvenil, ofrece a la juventud de hoy una espléndida colección de jóvenes de ambos sexos, todos ellos modernos, que muy bien pueden servirle de modelos en su caminar hacia el verdadero amor. Citamos algunos nombres: Santa Gema Galgani, conocida por sus fenómenos místicos, pero más todavía por su humilde y sencilla ingenuidad; Santa María Goretti, flor del pantano, la niña mártir de la pureza, cuya canonización promovieron y consiguieron los Pasionistas; el Venerable Galileo Nicolini, novicio de 15 años, quien, pese a su edad, se reveló auténtico «chico de carácter»; el Venerable Juan Bruni, que murió a los 23 años, con grandes ansias de apostolado y con el sacerdocio recién estrenado; el Siervo de Dios Grimoaldo de la Purificación (Fernando Santamaría), estudiante, que falleció a los 19 años y bien puede ser presentado como ejemplar de apostolado activo en los movimientos parroquiales en cuyo seno maduró su vocación a la vida religiosa...

2

EN UNA REGION DE ITALIA LLAMADA ROMAÑA

Entorno religioso-social de la Romaña

El viajero que atraviesa por carretera o ferrocarril la Romaña, que es sin duda uno de los recorridos turísticos más fascinantes de Italia, quedará maravillado ante insospechados panoramas de excepcional encanto. Paisajes pintorescos llenos de variedad en que alterna la montaña, la llanura y el mar. Pueblos y ciudades donde lo antiguo, celosamente conservado, se da estrechamente la mano y se conjuga en admirable fusión con el progreso y la abundancia de la hora actual.

La realidad humana, social y religiosa de la Romaña es como una bullente enjambrazón de alegría y jovialidad, actividad y dinamismo, fogosidad e impulso creador. Tanto si nos adentramos por los caminos de la llanura, como si recorremos las playas de suave arena o nos deslizamos por las umbrías orillas de los ríos hacia las montañas, comprobaremos la gran verdad que encierran estas palabras con que las guías turísticas acreditan las bellezas, llenas de contrastes, de esta maravillosa región: «Después de haber visitado

toda la región desde el puente de Piacenza a la playa de Rimini, cuando tratamos de formarnos una visión sintética de toda la comarca, nos asalta tal multitud de diversas imágenes, de diferencias y contrastes entre ciudad y ciudad, entre llanura y montaña, entre las corrientes de los ríos y las playas del mar, entre los castañares de los Apeninos y los pinares del litoral, entre las casas consistoriales medievales y los palacios reales barrocos, entre las catedrales románicas y los palacios renacentistas, entre los vestigios prehistóricos y las construcciones modernas, entre los pueblecitos pastoriles y las haciendas agrícolas mecanizadas, que nos parece haber recorrido no una de las dieciséis regiones italianas sino más bien un mundo entero»¹.

Situados en el Santuario de Casale, convento de los Padres Pasionistas en S. Arcángelo, que más adelante tendremos ocasión de conocer, divisamos en la lejanía, perfectamente perfiladas, las estribaciones de los Apeninos. A pocos kilómetros se contempla la costa del mar Adriático y Rimini con sus floridas villas de veraneo y amplios hoteles confortables. Emergiendo de la llanura, entre la montaña y el mar, a corta distancia, sobre un risco fortificado, la medieval y moderna República de San Marino. En este paisaje y concretamente en el pueblecito de Trebbio, nacerá Pío Campidelli, el protagonista de la historia que nos disponemos a relatar.

La Romaña del tiempo en que va a discurrir nuestra historia, a finales del siglo pasado, compartía en gran medida los problemas de la sociedad italiana contemporánea, o sea, la aparición cada día más acentuada de la cuestión obrera, las en ocasiones agrias y violentas reivindicaciones sociales y en particular las luchas contra los enormes latifundios agrícolas.

El período del «Risorgimento» estaba sensiblemente vivo en la conciencia romana de la época. Tuvo este período y sigue teniéndola aún en la actualidad una acusadísima acentuación anárquico-republicana-garibaldina. El anticler-

icalismo, bien que blindado en nuevas motivaciones, se remonta a los tiempos de los Estados Pontificios. La escasa participación en la misa dominical y en las demás formas de culto y de catequesis, tiene un paradójico contrapeso en la frecuencia de los sacramentos fundamentales (bautismo-confirmación-comunión-matrimonio). Son igualmente concurrenciosos los funerales, los aniversarios de los difuntos, el culto de los muertos en los cementerios, aspectos éstos cordialmente sentidos y vividos por las gentes romañas de entonces y de ahora.

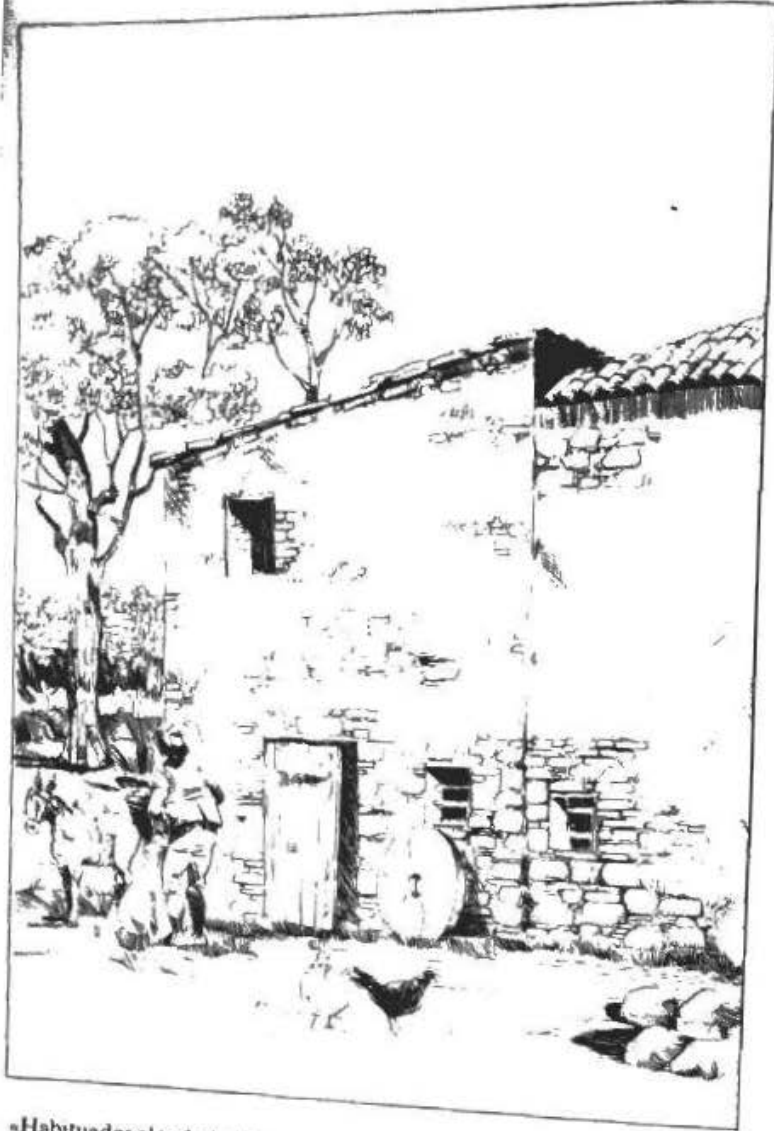
Benito Mussolini, romaño nacido en 1884, es como una especie de símbolo de las excelentes cualidades y evidentes defectos de los romaños y de sus contradicciones ideológicas.

En la Romaña la Iglesia no es mirada como lugar de la formación integral de la persona y de la sociedad. Más bien a la Iglesia se le pide que se limite al simple ejercicio del culto y siga hablando del cielo o de la esperanza futura. No se le tolera que emita juicios propios sobre las realidades presentes.

Las más llamativas tensiones en los tiempos de Pío Campidelli se centraban a nivel político-religioso entre monárquicos (muy pocos) y republicano-anárquicos (los más). Los católicos, o como entonces se les llamaba, «los clericales», eran escasos y siempre marginados en la Romaña. A nivel social aquel período se caracteriza por las luchas obreras y campesinas contra el capitalismo patronal y el latifundismo. La pobreza, quizá mejor la miseria, era llamativamente grande.

Pero el asociacionismo católico entre los estudiantes, los obreros y los campesinos, si bien minoritario y sin poder o representación política, empezaba a ser vivo y beligerante, pese a que, en virtud de las circunstancias del entorno sociopolítico en que se movía, hubo de limitarse a la formación espiritual y a las obras pías de simple asistencia y de caridad.

¹ Emilia e Romagna, Touring Club, Milano 1950-Prefaz.



«Habitados al trabajo del campo, los esposos Campidelli se dedicaron de lleno, sin demasiadas elucubraciones, a construir su propio hogar.»

Los Campidelli de Trebbio, una familia ejemplar

Huéspedes de esta región romana de profundos contrastes y rico historial, haremos escala en una familia humilde, los Campidelli de Trebbio, en que nace el héroe cuya historia nos disponemos a relatar.

El 22 de octubre de 1860 contrajeron matrimonio en la iglesia de S. Martín dei Molini los jóvenes José Campidelli y Filomena Belpani. Ambos campesinos y sin mayor instrucción. Desprovistos de riqueza, pero abundantes de un gran capital que transmitirían sin merma a los hijos que Dios les iba a dar: el capital de la fe cristiana, heredada de los mayores como el mejor de los patrimonios.

Fijaron su hogar en el pueblo de Trebbio donde, al no tener tierras propias, cultivaron como colonos las del señor D. Juan Sapigni, hacendado de la localidad. Vida sencilla la suya, en contacto con la naturaleza al ritmo de las estaciones. Personas absolutamente normales, sin demasiadas apertencias, acostumbradas a leer en el gran libro abierto de la naturaleza la presencia y la acción de Dios en la maravillosa obra de creación.

Habrían de pasar todavía muchos años para que un Papa de origen campesino, el actual Papa Juan Pablo II, pronunciara ante un público casi exclusivamente compuesto de campesinos estas palabras que reflejan a maravilla el ambiente de Trebbio y su comarca romana:

«Sé que hablo a personas que me pueden entender. Estáis cerca de la naturaleza que es obra de Dios. La naturaleza se os abre como un libro en que podéis leer la grandeza del Creador, admirar su magnificencia, experimentar su bondad providente. A vosotros os resulta por lo mismo más fácil que a los demás acoger el mensaje evangélico. Por este motivo también Jesús se encontraba muy a gusto entre personas que vivían como vosotros en contacto con la naturaleza. Les hablaba refiriéndose a los «pajaritos del cielo» y a los «lirios del campo», a las estaciones del tiempo y al madurar de las mieses; no desdeñaba presentarse a sí mismo, predicador de la palabra, como el «sembrador que salió a sembrar», paran-

gonando a su Padre celestial con un «viñador»: sabemos también que Jesús no quiso emplear una imagen más oportuna que la del «buen Pastor» para ilustrar su propia misión»².

Habitados al trabajo del campo, ni envidiosos ni envidiados, los esposos Campidelli se dedicaron de lleno, sin demasiadas elucubraciones, a construir su propio hogar. Junto al gran amor que les había llevado al pie del altar a pedir la bendición del sacerdote representante de la Iglesia, la fe y la práctica religiosa fueron la piedra angular de aquella familia que, con el andar del tiempo, se reveló verdaderamente ejemplar en todos los aspectos.

Los calificativos que los testigos de los Procesos dedican a la familia Campidelli tienen entonación de verdadero pagnérrico o tributo de merecida admiración: «La familia era óptima y muy religiosa»³, dice una vecina. Otra afirma: «La familia Campidelli era muy religiosa»⁴. A estas afirmaciones que se reiteran constantemente hace eco la confesión del sacerdote D. Antonio Santini, párroco de Trebbio, quien reconoce que «la familia Campidelli era ejemplar y educó cristianamente a los hijos»⁵.

Estos elogios recaen de manera muy particular sobre la madre, Filomena Belpani. Dispuso la Providencia que quedara viuda en plena juventud, a los 34 años de edad y 14 de matrimonio. Un día aciago la muerte vino a arrebatarle el marido, enfermo de tifus, que falleció prematuramente a la edad de 43 años.

Visto este fatal desenlace desde niveles meramente humanos era como para desesperarse. Pero visto, como lo veía Filomena, bien afianzada en su fe cristiana, desde niveles providencialistas, lejos de sentirse derrotada, supo buscar y encontrar apoyo en la mano de Dios y proseguir impertérrita adelante, atendiendo al gobierno de la casa y educando con vigilante esmero a los seis hijos que le habían quedado como fruto de sus 14 años de matrimonio.

2. Juan Pablo II, discurso ai Contadini en Bitonto, Puglia, 26-2-84.

3. Summ. Positio super Virt. p. 126 §198.

4. Ibid. p. 184 §414.

5. Summ. super Virt. p. 195 §443.

«Madre de oro» la llama la señora Asunción Neri, destacando en ella, sobre todo, como nota del todo característica, el tacto con que Filomena consiguió que en su casa, huérfana de padre, reinara una gran armonía entre todos⁶.

El hogar, iglesia doméstica

Filomena fue sin duda una de esas mujeres cuyo prototipo es la mujer fuerte tan ensalzada por los Libros Santos. Mujeres convencidamente cristianas que hacen de sus rodillas la mejor Universidad donde los hijos, desde pequeños, aprenden el camino del bien y de la santidad cristiana. Mujeres que incluso ayudan a sus hijos, con infinito amor y sin prejuicio alguno, a descubrir el camino de su vocación y a realizar según los altos planes de Dios el proyecto de su vida.

Sin apartarnos ni un ápice de cuanto se nos dice de ella en los Procesos de su hijo, cabe asegurar que la clave de la armonía familiar entre los Campidelli, antes y después de la muerte del padre, fue la profunda fe cristiana de la madre y la fidelísima práctica de los deberes externos de la religión por parte de todos y cada uno de sus miembros, hombres y mujeres.

La fe cristiana y el cumplimiento de las obligaciones que la misma impone, hizo que en el hogar de los Campidelli, verdadera iglesia doméstica, no fuera Dios una simple idea más o menos confusa, sino una presencia cercana y amorosa. Era la presencia de un Padre que no abandona a los hijos y que con cada jornada de sol o de lluvia les regalaba una nueva inédita posibilidad para seguir trabajando y construyendo un mundo mejor. Resultado de ello fue que el trabajo de cada jornada se convertía en casa de los Campidelli en un auténtico ejercicio de oración.

En la familia Campidelli se rezaba trabajando y se trabajaba rezando. «La madre -Filomena- era una santa mujer

6. Ibid. p. 174 §370.

que ciertamente enseñó a rezar a sus hijos. Por la noche, diariamente, se rezaba el rosario en familia»⁷. «Filomena era religiosísima» —nos dice el párroco D. Antonio Santini—: «todas las mañanas la veíamos llevando a misa a sus dos hijos Atilio y Luis»⁸.

Entre los Campidelli era habitual que el principio y el final de la jornada tuvieran en Dios y su paternal Providencia un punto de referencia y consagración. La oración iluminaba de luz el principio del día, y por la noche, terminadas las duras faenas del campo, reunidos todos en torno a la lumbre o a la mesa, la oración ponía de nuevo una rúbrica luminosa al día antes de acostarse. En primer plano, como oración familiar, destacaba el rezo diario del santo rosario.

Pero hay en este programa hogareño de buen vivir cristiano una nota que en los Procesos se reitera intencionadamente y que a nosotros nos interesa registrar aquí por su especial ejemplaridad. En el hogar de los Campidelli, de simples campesinos no propietarios sino colonos-braceros, por fuerza se tenía que trabajar sin descanso de sol a sol. Pero quedaba siempre tiempo para conceder un espacio suficientemente amplio a la oración familiar.

Sin embargo, lo que más llama la atención es que había también tiempo suficiente para renovar las ideas y formar en cristiano la conciencia de los miembros de la familia con lecturas sanas y santas. Es éste un rasgo de particularísima ejemplaridad para nuestro tiempo en que la TV ha desplazado la lectura en particular y en grupo y difícilmente se encuentran ya familias que dediquen un cierto espacio de tiempo a lecturas formativas que hablen de Dios, de los Santos o de los problemas fundamentales de la religión o de la vida cristiana.

Una hermana de Luis nos cuenta que éste: «Leía en casa continuamente vidas de santos durante las noches invernales, en particular las vidas de S. Luis y de S. Teresa. Como mi madre se conmovía a veces hasta las lágrimas, Luis le decía:

7. Summ. Positio super Virt. p. 57 §195.

8. Ibid. p. 194 §443.



Humilde hogar de los Campidelli, en la paz de los campos, donde el B. Pío recibió su primera iniciación cristiana de labios de su madre.

—'Si hubieras tenido un hijo así, sí que te hubieras sentido contenta', y la abrazaba»⁹.

Otro testigo, el P. Hilario de la Inmaculada, pasionista, escribe: «Leía la Historia Sagrada y se le veía animarse en su lectura. Escuchando el relato repetido por él, tanto la madre como las hermanas se conmovían profundamente y su hermana Teresa decía: —'Nos daba la sensación de que nosotras mismas sufríamos todas las penas del joven José, vendido por los hermanos»¹⁰.

Etapas hacia Dios

El nido familiar de los Campidelli se fue llenando de hijos, uno cada dos años: Atilio, Emilia, fallecida a los 18 meses, una segunda Emilia, Luis (que al hacerse religioso se llamará Pío, protagonista de nuestra historia), Teresa y Adela.

No sin especial Providencia de Dios el pequeño Luis nació el 29 de abril de 1868. Providencia de Dios, efectivamente, porque el año anterior, concretamente el 29 de junio de 1867, fue canonizado S. Pablo de la Cruz, Fundador de los Pasionistas, uno de cuyos hijos más preclaros sería el recién nacido Luis. Por espacio de muchos años, además, la fiesta del Fundador se celebraría el 28 de abril, víspera del día en que había de nacer el pequeño Campidelli.

El autor de una de las biografías del Beato nos lo presenta como una perfumada flor del campo «nacida, crecida y consumada en la humildad». Tiene razón. Desde la infancia hasta la edad de 22 años no cumplidos en que sería trasplantado a los jardines del cielo, Luis será «una flor no menos olorosa que otras, no menos bella, no menos atrayente que con clara y fuerte evidencia nos pone de manifiesto cómo el Señor se complace en derramar un buen cúmulo de su belleza

9. Summ. Positio super Virt. p. 97 §66.

10. Ilario Antinoni. PIO DI S. LUIGI, STUDENTE PASSIONISTA, p. 13, ECO, 1966.

y bondad en la más humilde y escondida florecilla de los campos»¹¹.

La parroquia de Trebbio era tan pobre que carecía de pila bautismal. ¿No tenía, en cierto modo, algún parecido con el portal de Belén en que Jesús vino a nacer? Por este motivo el nuevo retoño de los Campidelli fue llevado el mismo día de su nacimiento a la vecina iglesia parroquial de Poggioberni donde recibió, con el sacramento del bautismo, los nombres de Luis, Nazareno, Francisco.

Como se ve, con los primeros rayos del sol primaveral que le recibían en este mundo comenzaban para Luis, mediante el bautismo, las etapas de su carrera hacia Dios. El bautismo era el comienzo de la carrera de la fe que se desarrollaría a lo largo de toda una vida, larga o breve. En el bautismo recibió Luis Campidelli la semilla de la vida eterna. Caída en su corazoncito como en fértil terreno, esta semilla será acompañada por el riego benéfico de unos ejemplos familiares netamente cristianos y por una educación maternal vigilante y cuidadosa en que la referencia a Dios y a lo trascendente harán de Luis un discípulo predilecto de Jesús.

Una segunda etapa importante sería la confirmación que recibirá Luis el 9 de febrero de 1873 en la misma iglesia de Poggioberni donde hacía cinco años había sido bautizado. Es evidente que un niño de cinco años, por muy precoz que le queramos suponer, es incapaz de captar gran cosa de la densa teología que forma el contenido del sacramento de la confirmación. Pero la gracia del sacramento fue recibida por el niño en toda su plenitud y quedó allí, fuertemente impresa en la blanda cera de su alma inocente. El tiempo y la educación recibida en familia la harían florecer y madurar en mil sazoadísimos frutos de fortaleza y coherencia en la fe.

La tercera etapa del pequeño Campidelli hacia Dios fue la Primera Comunión recibida a los 10 años, el 9 de junio de 1873, domingo de Pentecostés. Aunque escasean las noticias precisas sobre este acontecimiento de la infancia cristiana de

11. Ibid.

Luis, bien podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que fue sin duda un acontecimiento espiritual decisivo para su crecimiento espiritual. Compañero inseparable de su madre en la iglesia, desde que tuvo noción de la grandeza del misterio encerrado en el sagrario y en la comunión, soñó con encendido anhelo en aquella hora feliz en que también él podría albergar al Amor de los Amores en el cálido tabernáculo de su pecho.

Amarga historia de un melón

Intimamente ligada con la Primera Comunión de Luis se nos cuenta la siguiente amarga historia de un melón que ensombreció con negra nube el cielo del alma de Luis y que más tarde, andando los años, haría fruncir el entrecejo del sesudo abogado del diablo en el transcurso de los Procesos de Canonización.

Dejemos que Teresa, la hermana de Luis, que protagonizó al lado de su hermano el episodio, nos refiera la historia. Recogemos íntegramente sus palabras para no mermar en nada su primitivo frescor.

«Recuerdo –nos dice– que una vez, habiendo encargado mamá a Luis que cuidara de nosotros, sentados en la era, divisé yo un melón en la vecina propiedad de un tal Arcángel Macrelli. Deschecha en llanto, dije a gritos que deseaba comer el melón. Luis me respondió que era imposible porque el melón no nos pertenecía. Pero tantas fueron mis instancias y mi llanto que Luis fue a apoderarse del melón que ni siquiera estaba maduro.

La víspera de la Primera Comunión, por la tarde, al regresar de la iglesia, Luis se echó en brazos de mamá bañado en lágrimas diciendo que tenía un pecado que no se había atrevido a manifestar al confesor. Mamá le respondió que se lo contara a ella y que ella se lo diría al sacerdote... Luis le refirió la historia del melón.

Entonces mamá llevó a Luis ante el molinero, dueño del campo de los melones, le llamó y le dijo: 'Luisito hará la

Primera Comunión mañana, pero no se ha atrevido a decir al sacerdote que te habla robado un melón y viene a pedirte perdón'. Le miraron con simpatía, le besaron y le dijeron que le perdonaban y que él rezase por ellos»¹². También lo llevó ante el sacerdote, la misma mañana de la comunión, para que recibiera la absolución que le devolvería la perdida paz.

El episodio no pasa de ser una pequeña nube en el cielo sereno del pequeño comulgante. Una nube que se disipó inmediatamente gracias a la prudente intervención de Filomena que llevó a su hijo ante el dueño del campo para solicitar su perdón y ante el sacerdote para que Luisito ahuyentara de su alma todo temor de culpa.

Pero las cosas se complicaron cuando la historia cayó bajo la lupa investigadora del abogado del diablo que vio proyectarse en el infantil episodio la sombra de un sacrilegio, lo que obstaculizaría sin duda que Luis pudiera ser declarado heroico en la práctica de las virtudes.

«En este hecho –subrayaba– no debe ponderarse tanto la gravedad del hurto en sí mismo sino más bien el temor humano por el que el niño no se atrevió a manifestar la culpa al confesor. Esto, no sólo es contrario a la fortaleza heroica sino que parece revestir también, al menos según la conciencia del niño, la nota de sacrilegio»¹³.

Más de uno se sonreirá seguramente ante el rigor extremado del abogado del diablo. Pero fácilmente comprenderá también el motivo de tanto rigor. Tratándose de elevar al honor de los altares a un fiel cristiano, proponiéndolo a los demás como modelo en el perfecto seguimiento de Cristo, es natural que la Iglesia extreme al máximo toda cautela para probar hasta donde humanamente sea ello posible, que el candidato a la santidad canonizada practicó efectivamente todas las virtudes en grado heroico. Es así como el santo, estudiadas y superadas todas las posibles dificultades, servirá de ejemplo a sus hermanos en su lucha terrena para vencer el mal y practicar el bien.

12. Ibid. p. 205 §478.

13. Summ. Resp. ad Animadv. p. 70, g).



«La amarga historia de un melón ensombreció con negra nube el alma de Luis, precisamente el día de su Primera Comunión».

En resumen, la historia del melón es para el niño Campidelli una historia amarga. Pero, como se desprende de la respuesta dada por la Postulación a la dificultad, el pequeño episodio del melón se convierte en una prueba más de la heroica virtud de Luis, que, «aun en el supuesto de que subjetivamente hubiera cometido una culpa, la expió pronta y eficazmente al sincerarse con su madre deshecho en lágrimas, yendo a pedir perdón a los dueños del campo y volviéndose a confesar a la mañana siguiente, antes de recibir la comunión»¹⁴.

Teresa, que nos ha referido la historia, nos dice también que para su hermano «la primera comunión fue una fiesta de la que hablaba incluso más tarde con frecuencia»¹⁵.

Crecimiento en sabiduría y gracia

En sus etapas hacia Dios el pequeño Campidelli tuvo la suerte de contar con el apoyo de magníficos maestros a quienes en lo humano debe el estilo de atleta de Cristo que demostró desde los primeros años de su vida.

Hablando de sus maestros es de justicia fijar la atención ante todo en su madre, cuya semblanza de mujer fuerte hemos trazado ya, siquiera en sus grandes rasgos. Filomena no había hecho estudios especiales. Era una mujer campesina que apenas sabía echar la firma en ocasiones solemnes. «Mamá no sabía leer», puntualiza Teresa en los Procesos¹⁶. No conocía, por supuesto, los secretos de la psicología tan de moda en la actualidad. Pero tenía un maravilloso corazón de madre y una finísima intuición femenina que le facilitaba el conocimiento de todos y cada uno de sus hijos y le ayudó a situarlos en el punto justo de la vida, valorada en cristiano, haciendo de ellos unos ciudadanos cabales.

En concreto, Filomena se compenetró perfectamente

14. Summ. Positio super Virt.

15. Summ. Positio super Virt. pp. 97 ss.

con el pequeño Luis, su preferido, y supo despertar en él el instinto de Dios en conexión con los estímulos internos que el Espíritu Santo suscitaba en su corazón.

A su madre debe Luis antes que a nadie aquella su devoción infantil, hondamente sentida, de la que es testigo de excepción su propia hermana Emilia, que a la edad de 60 años rememoraba con nostalgia su niñez en el hogar paterno, brindándonos esta sucinta relación acerca de su hermano Luis.

«Conviví con él (era unos años mayor) por espacio de 12 años en familia hasta que ingresó entre los Pasionistas con 13 años de edad... Comenzó a rezar desde niño muy pequeño siendo en esto sus maestros la madre y el párroco. Rezaba a diario y era muy devoto. Creciendo en los años, creció también en la piedad e iba a la iglesia con mamá y también sólo, incluso cuando sus compañeros jugaban en la plaza. Iba a la iglesia todos los días, ayudaba a misa y prolongaba con gusto su presencia en el templo»¹⁷.

Los frutos de la educación que Filomena impartió a su hijo saltaban a la vista de todos y era normal que en el pueblo las mamás propusieran a Luisito como modelo de sus hijos, manifestando a Filomena la sincera admiración que su hijo les merecía; *«Has sido muy desgraciada ciertamente —le decían— al perder tan pronto a tu marido; pero Dios te ha compensado en cambio con un hijo tan excelente. ¿Ves cómo reza en la iglesia? ¡Más que un niño inquieto parece un ángel de verdad!»¹⁸.*

La acción educadora de la madre tuvo su complemento en la parroquia y en la escuela pública. En la parroquia fue su maestro el sacerdote D. Angel Bertozzi quien lo preparó para pasar después con una buena base a la escuela municipal bajo la dirección de la maestra Teresa Amati.

De estos años en que tan aventajadamente aprendió en la parroquia y en la escuela no sólo el catecismo sino también

16. Summ. Positio super Virt. p. 103 §101.

17. Ibid. p. 9 §14 ss.

18. Ibid. p. 97 §70.

los rudimentos básicos del saber humano, nos habla uno de sus compañeros. Adriano Ricci, que recuerda haberle conocido desde los 10 a los 14 años, frecuentando juntos tanto la escuela de D. Angel como la de la maestra Amati.

«Sólo tomaba parte en juegos honestos. Las mujeres solían decir a su madre: 'Tienes un hijo ejemplar que se parece a S. Luis'»¹⁹.

Pero tiene un valor muy particular el testimonio de la maestra Teresa Amati que evoca a su discípulo Luis Campidelli como un alumno bueno, tranquilo, exacto cumplidor de sus deberes escolares.

«Era —dice— de índole muy buena y muy calmoso. Recuerdo que mientras esperaban los alumnos a que empezara la clase se reunían en un pequeño patio contiguo a la escuela, produciendo no poco alboroto. Luisito se mantenía firme con la cartera a la espalda, contemplado cómo jugaban los compañeros y siempre en silencio. Ya en la clase, nunca tuve ocasión de reprimirle, antes al contrario tendría que haberle alabado por su actitud atenta, respetuosa y obediente»²⁰.

En el mismo tono de sincero elogio prosigue todavía la maestra evocando la estampa del inolvidable discípulo:

«No recuerdo bien sus éxitos escolares, pero de él me quedó fuertemente impresa la imagen de su bondad y de la dulzura de su carácter. Fue discípulo mío durante dos cursos, en la clase 2.ª y 3.ª elemental, su madre se dejaba ver frecuentemente en la escuela y me pedía excusa para el niño si a veces llegaba tarde, ya que simultaneaba el estudio del latín con D. Bertozzi, dado que deseaba hacerse religioso»²¹.

Sabiamente guiado por estos maestros se iban pronunciando en el pequeño Campidelli cada vez más acusadas las líneas de fuerza que configurarían su carácter de adolescente y de joven: un gran sentido del deber y un profundo amor a la vida de piedad y a la pureza. Luis sabía que algunas cosas no se debían hacer y no las hacía. Obedecía a los dictámenes

19. Summ. Positio super Virt. p. 22 §70.

20. Ibid. p. 159 §314.

21. Summ. Positio super Virt. p. 185 §415.

de la conciencia con admirable fidelidad y hubiera preferido cualquier cosa antes que contravenirlos.

Por ejemplo, el sacerdote D. Bertozzi deseaba que los niños se formaran sin complejos en el uso gozoso de la libertad. Con este fin, para acostumbrarles al mutuo respeto en la convivencia, dejaba abierta la puerta de su casa confiando en que sus chicos y entre ellos Luis Campidelli, respetarían como suyos los objetos de su uso. El compañero de Luis, Adriano Ricci, nos cuenta estos pormenores interesantes:

«El capellán tenía a veces en su casa mucha fruta, pero Luis nunca se apoderó de la menor cosa. También algo de dinero en la habitación. Nosotros estábamos encargados de limpiar dicha habitación y el capellán, acaso intencionadamente, dejaba a la vista o por el suelo algunas monedas de plata. Cuando Luis encontraba alguna de estas monedas la recogía y la depositaba en la mesa»²².

Un chico como los demás

Las diversiones o juegos clamorosos o de fuerza no eran del gusto del pequeño Campidelli. No iban con su manera de ser. En esta apreciación coinciden tanto sus familiares como sus maestros y condiscípulos al rehacer su vida de niño y adolescente. Era de temperamento tranquilo y nada revoltoso. Pero absolutamente normal, con evidentes manifestaciones de una especial bondad que no dejaba de llamar la atención.

«Se le notaba en la cara —dice la maestra— que era un verdadero ángel. Se distinguía de los demás escolares por un no sé qué de especial y puedo afirmar que en mi larga profesión de maestra nunca tropecé con otro muchacho que se le pudiera comparar»²³.

22. *Ibid.* p. 159 §315.

23. *Summ. Positio super Virt.* p. 187 §417.

Por su parte el sacerdote D. Francisco Campidelli, tío suyo y residente en Trebbio, declara que su sobrino Luis «era alegre», si bien es cierto que no demostraba en los juegos la pasión que ponían en los mismos los compañeros de su misma edad²⁴.

La escuela era mixta y a ella acudían los niños y las niñas de toda la población. Era proverbial el recato de Luis en el trato con las niñas. Una compañera suya, Angela Fabbri, lo recuerda perfectamente y nota que «ningún niño era tan bueno como él, nada callejero y perfecto alumno en la escuela»²⁵.

Completa estas notas la propia hermana de Luis, Teresa, diciendo que su hermano, entre sus bulliciosos condiscípulos, se mostraba siempre «alegre y sonriente y nada propenso a escrúpulos o angustias interiores»²⁶. Esta hermana de Luis, que siendo niña de 5 años protagonizó con él la famosa historia del melón, fue también protagonista de otro episodio que pone de manifiesto que Luis era un chico normal, de carácter vivo y muy capaz de dejarse llevar en ocasiones de ciertos primerísimos impulsos irrefrenables.

Reconstruimos la historia tal como nos la cuentan los Procesos.

Los trabajos en una casa de campesinos se acumulan a veces y no admiten posible dilación. Hay que roturar los campos para la sementera, hay que recoger las mieses y el heno, hay que escardar, hay que podar, hay que atender debidamente a los alborotadores y hambrientos habitantes de la granja y los establos.

En tal cúmulo de trabajos, todos los miembros de la familia, grandes y pequeños, tienen que arrimar el hombro. Para todos hay algo que hacer. Y hay épocas del año, especialmente sobrecargadas y fatigosas, en que las faenas se hacen particularmente urgentes. Puede llover, puede hacer un frío de perros, puede caer del cielo a chorros el

24. *Ibid.* p. 42 §137.

25. *Summ. Positio super Virt.* p. 13 §33.

26. *Ibid.* p. 102 §97.

calor del sol en plena canícula: el campesino ni podrá ni deberá frenar entonces el ritmo de su trabajo.

Un día de particular agobio mandó Filomena a su hijo Luis y a Teresa al prado para que segarán y recogieran la hierba necesaria para el ganado. El sol quemaba a rabiar. La sombra de los árboles vecinos invitaba a sestear.

Luis, obediente al mandato de la madre, recogía la hierba, pero Teresa, menos diligente, descansaba a la sombra del seto. De nada sirvieron los razonamientos de Luis. Teresa se hacía la sorda. ¡Se estaba tan maravillosamente a la sombra viendo cómo volaban las mariposas y cantaban las cigarras! Por fin, Luis no pudo contenerse y propinó a Teresa tres sonoros bofetones, que la indujeron a obedecer el mandato de mamá y a ayudar al hermano en el trabajo²⁷.

Esta anécdota en sí inocente lo mismo que el episodio ya referido del melón, dio pie al abogado del diablo para formular en su día otra objeción. ¿Por qué Teresa, que tantas cosas refiere acerca de su hermano, no nos contó también esta historia? ¿Acaso por temor de perjudicar a la Causa? Pero lo que todavía parece más grave: ¿Cómo se puede concordar este episodio con la afirmación de la misma Teresa cuando asegura que Luis «*fue paciente y resignado... y nos inculcaba la paciencia y la resignación a todos?*».

El abogado del diablo quedó también esta vez contento con la respuesta dada a su objeción: Teresa no adujo este episodio en su testimonio como tampoco adujo otros, que hubieran sido altamente beneficiosos para la Causa y que fueron evocados no por ella sino por otros testigos. Por lo demás, el explicable brote de ira que motivó los tres bofetones en nada oscurece la paciencia y resignación vivida y aconsejada por Luis, ya religioso, y de la que tantas pruebas dio a sus familiares cuando le visitaron antes y después de su enfermedad.

Sabemos además que los tres bofetones fueron para Luis, a lo largo de su vida, motivo de humildad y arrepentimiento como lo fueron para S. Luis Gonzaga las pequeñas

27. *Summ Positio super Virt.* p. 207 §488.

faltas cometidas en su niñez y que tantas lágrimas le costaron cuando se las confesaba a su padre espiritual, S. Roberto Belarmino. Teresa nos informa que su hermano «*pedía perdón de las faltas que cometía contra mí misma o contra los demás*»²⁸. En una carta del P. Hilario, pasionista, en que recoge las confidencias recibidas de la propia Teresa, se asegura que «*este episodio de los bofetones indujo al joven a pedir humildemente perdón a su hermana siempre que ésta iba a visitarle en el convento de Casale*»²⁹.

28. *Ibíd.* p. 41 §136.

29. Carta del 30/9/1937, Arch. Post. Gen.

3

LA ADOLESCENCIA TIEMPO DE PROYECTOS

La edad evolutiva

La psicología moderna llama a la adolescencia «*la edad evolutiva*». Nosotros la llamaríamos también «*la edad de los proyectos*». Por encima del joven y en torno al joven se hacen mil proyectos. Los padres y familiares del muchacho, sus amigos, sus educadores y maestros, la Iglesia de la que el joven es miembro vivo... Son muchos los que proyectan sobre el porvenir del adolescente, su carrera, sus éxitos posibles, su estado de vida. La sociedad a que pertenece se pregunta cómo hacer de él un elemento útil, cómo servirse de él para apuntalar el orden social que se desea. La política intenta atraparlo para sus fines; ideologías diferentes, a veces contradictorias y no siempre bienintencionadas, se esfuerzan por sumirlo en su corriente...

Entre tantos proyectos colaterales o yuxtapuestos más o menos invadentes del derecho de la persona a su propia identidad, al adolescente le queda a veces poco espacio para idear y cristalizar sus propios proyectos en libertad y con honestidad hacia sí mismo y hacia sus miras y objetivos personales.

En su «*edad evolutiva*» el adolescente necesita serenidad, ambiente sano, buenos formadores, equilibrado espíritu de libertad, ambiente de suficiente silencio apto para la necesaria introspección y reflexión, a fin de programar los proyectos, o mejor, el gran proyecto de su vida de cara al bien de sí mismo y también de cara al bien de la sociedad en que está inmerso y de la religión en cuyos dogmas dice creer. Ser uno mismo, he ahí el gran proyecto del adolescente. Pero ser uno mismo, no de cualquier forma sino en un camino existencial determinado, en un estado concreto de vida, en una situación libremente querida y abrazada en que la rica vida del adolescente sea un valor, no sólo para su propia satisfacción personal, sino también para la felicidad y el bien de los demás.

En esta «*edad evolutiva*» del adolescente es cuando surge con fuerza el problema vocacional, fenómeno de llamada y respuesta, que el Santo Padre en su Carta a los jóvenes del mundo entero con motivo del Año Internacional de la Juventud denominaba «*tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del «yo» humano y de las propiedades y capacidades que éste encierra*»¹.

«*A la vista interior de la personalidad en desarrollo de un joven o de una joven se abre gradual y sucesivamente —escribía el Papa— aquella específica —en cierto sentido única e irrepetible— potencialidad de una humanidad concreta, en la que está como inscrito el proyecto completo de la vida futura. La vida se delinea como realización de tal proyecto, como «autorrealización»*»².

Llamada y respuesta

Dios no nos ha hecho sordos. Nos ha dado el oído exterior para percibir la armonía del cosmos en que nos

1. Carta Apostólica de S.S. Juan Pablo II, 31 marzo 1985.

2. L'Osservatore Romano, n.º especial, Viernes 27 abril 1984.

movemos. Y nos ha dado también oídos interiores para conectar con el mundo invisible que nos rodea y sobre todo con Dios, que no nos abandona a la deriva en un universo tantas veces adverso.

Prescindiendo de las llamadas exteriores que son muchas, existen otras llamadas interiores que cada cual escucha y a las que debe responder. Dejarse aturdir por el mundo exterior es grave riesgo que comporta deplorables consecuencias.

Las llamadas del mundo interior en que Dios se deja sentir a través de la voz sutil de la conciencia empiezan muy pronto a hacerse audibles. Coinciden con el despertar de la razón. Son susurros, rumores a veces casi imperceptibles y extremadamente suaves. Son impulsos que parecen triviales, solicitudes que empiezan a jalonar nuestros caminos con multitud de «*porqués*» que esperan respuesta: «¿Por qué no hacer esto? ¿Por qué no acudir a ocupar aquel puesto? ¿Por qué no arremeter con aquella empresa? ¿Por qué no prestarse a ayudar en aquella necesidad, en aquella leprosería, en aquel orfanato, en aquel hospital? ¿Por qué no hacerse religioso o sacerdote? ¿Por qué no enrolarse en el movimiento misionero y acudir al servicio del tercer mundo? ¿Por qué no casarse y formar una familia en que los hijos sean acogidos como un gran regalo de Dios? ¿Por qué... por qué? ...»

Situado en esta línea de las mil y una preguntas existenciales que se le plantean al adolescente en la «*edad evolutiva*», el Papa Juan Pablo II interpellaba a los jóvenes del mundo entero en el mensaje de la XXI Jornada mundial de las vocaciones de 1984:

«*Me dirijo sobre todo a vosotros, chicos y chicas, jóvenes y menos jóvenes, que os encontráis en el momento decisivo de vuestras opciones. Desearía encontrarme uno por uno con vosotros, llamaros por vuestro nombre, hablaros de corazón a corazón de cosas extremadamente importantes, no sólo para vuestras personas sino para la humanidad entera.*

Quisiera preguntaros a cada uno de vosotros: ¿Qué harás de tu vida? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿No has pensado



Iglesia parroquial de Trebbio, testigo del desarrollo de la fe infantil del B. Pío y del nacimiento de su vocación pasionista.

nunca en la posibilidad de comprometer enteramente por Cristo tu existencia? ¿Crees que puede haber algo más grande que ser portador de Jesús a los hombres y de los hombres a Jesús?»³.

En el seno de su familia cristiana y en la paz de sus campos romañolos, el adolescente Campidelli sintió la llamada de Dios y se apresuró a responder con un sí rotundo, gozoso: *'Aquí estoy, Señor. ¿Qué tengo que hacer para ser perfecto y merecer un puesto en tu Reino?'... Estudiándose a sí mismo en sintonía con las suaves sollicitaciones de la gracia, comprendió que su camino hacia Dios era el de los consejos evangélicos, consagrado a Dios en la pobreza, la castidad y la obediencia, y emprendió esa dirección que le llevó al buen puerto de la Congregación Pasionista.*

Desde muy pequeño, gracias sobre todo a la tutela de la madre y al buen ambiente campesino, se desarrolló en él, fuerte y vigoroso, el instinto de Dios.

Manifestaciones de este instinto de Dios eran sus juegos preferidos consistentes en vestirse de sacerdote utilizando algunas prendas domésticas, fabricar altares que adornaba de imágenes y de flores, congregar en torno a estos altares a sus hermanos y compañeros, repetirles lo que había oído en la iglesia de labios de los sacerdotes, improvisar sencillas catequesis al alcance de las mentalidades de sus pequeños oyentes a quienes convocaba por medio de una campanilla que suspendía de la rama de un árbol a modo de espadaña o torre natural...

La Virgen María, de quien desde muy niño se empezó manifestar muy devoto bajo la advocación de Nuestra Señora de Casale, constituía el centro de su piedad infantil. Para ella los más bonitos altares y las más escogidas flores de los campos. En familia solía dirigir el rezo del rosario todas las tardes, nos comenta su hermana Teresa: *«A diario rezaba en casa el rosario de la tarde y nosotros respondíamos»⁴.*

Al lado de la Virgen, como expresión de su precoz y

3. *Ibid.* Positio super Virt. p. 98 §76.

4. *Summ.* Positio super Virt. p. 20 §484.

cálido instinto de Dios, destacaba la Eucaristía. Entre los testigos de los Procesos se reiteran afirmaciones como éstas: «Recibía con frecuencia la comunión e invitaba a su madre para que le acompañara en la sagrada mesa... Recuerdo que no omitía la comunión tampoco en las fiestas de entre semana»⁵.

En sintonía con la Palabra de Dios

Su participación en la Liturgia y el esplendor de la misma colmó de gozo su niñez y adolescencia y fué, sin duda, a una con la educación cristiana que había recibido, el pórtico de entrada en su despertar vocacional hacia el santuario.

Encontramos en la Biblia un personaje que personifica perfectamente a nuestro Luis Campidelli y el camino vocacional que emprendió al servicio de Dios en la Congregación Pasionista. Es el profeta Samuel, todavía adolescente. Permítasenos reconstruir en breves líneas esta página bíblica para apreciar sus coincidencias con el proyecto vocacional de nuestro protagonista Luis Campidelli.

Nos encontramos en un ambiente significativo (1 Sam 3,1-3). Samuel frecuentaba el ambiente del templo, que era por aquel entonces el centro cultural, social y religioso de todo verdadero israelita. También en la vida de Campidelli encontramos que su porvenir se va forjando a base de estos valores significativos que le proporcionan la religión, el templo. En torno al templo se va forjando su propio proyecto existencial.

Samuel se siente llamado por su nombre (1 Sam 3,4-5). Según el lenguaje bíblico de las llamadas proféticas, Samuel se siente interpelado como persona en el interior de su vivir cotidiano. De momento no reconoce al que le llama, a causa de su inexperiencia de Dios y de su Palabra. En realidad hasta entonces aun no había conocido Samuel al Señor ni se

le había revelado su Palabra. También al adolescente Luis Campidelli le interpelaban muchas cosas, más o menos explícitamente: personas significativas, situaciones problemáticas, llamadas interiores... Le interpelaban y le invitaban a convertirse en un tipo determinado de persona, de cara a una determinada misión...

En Samuel descubrimos *la necesidad de una ayuda educativa* (1 Sam 3,9). Pese a responder con prontitud, Samuel no reconocía la procedencia o naturaleza de la voz que le hablaba. La confundía con una de las voces habituales de su vivir cotidiano. Para distinguir las voces verdaderas de las falsas, para reconocer las llamadas decisivas para el provenir es necesario un «discernimiento». Y el adolescente no es capaz, de ordinario, de discernir con seguridad por sí mismo sobre el proyecto de su vida. Necesita un educador amigo, un guía desinteresado que le ayude a dar los pasos convenientes sin demasiado riesgo. Luis Campidelli contó en este caso con la ayuda de su madre y de muy buenos sacerdotes y maestros.

Emociona en Samuel *su disponibilidad como actitud indispensable* (1 Sam 3,10). Aconsejado por Elí, Samuel responde a la voz: 'Habla, Señor, que tu siervo escucha'. Y la voz le comunica el sentido de su vida, de forma que el proyecto aparece claro y nítido. La capacidad de escucha que le ha dado la educación, su disponibilidad para con Dios y los signos de Dios, le abren hacia su porvenir de profeta. Esta fue la actitud del joven Campidelli ante la propia vocación: oyó y se entregó, y su proyecto de vida se fue realizando según los planes de Dios.

Por qué el proyecto existencial de Samuel fue fecundo? (1 Sam 3,19). Porque Samuel se mantuvo atento al querer de Dios y de su plan de salvación. «Samuel no dejó caer en el vacío ninguna palabra del Señor». Dentro de este plan descubrió su propia misión... También para Luis Campidelli Dios y su divino querer y los valores transcendentales de la vida, fueron los elementos constitutivos de su propio proyecto existencial; así su vida, aunque breve, fue extraordinariamente fecunda.

5. Summ. Positio super Virt. p. 206 §480.

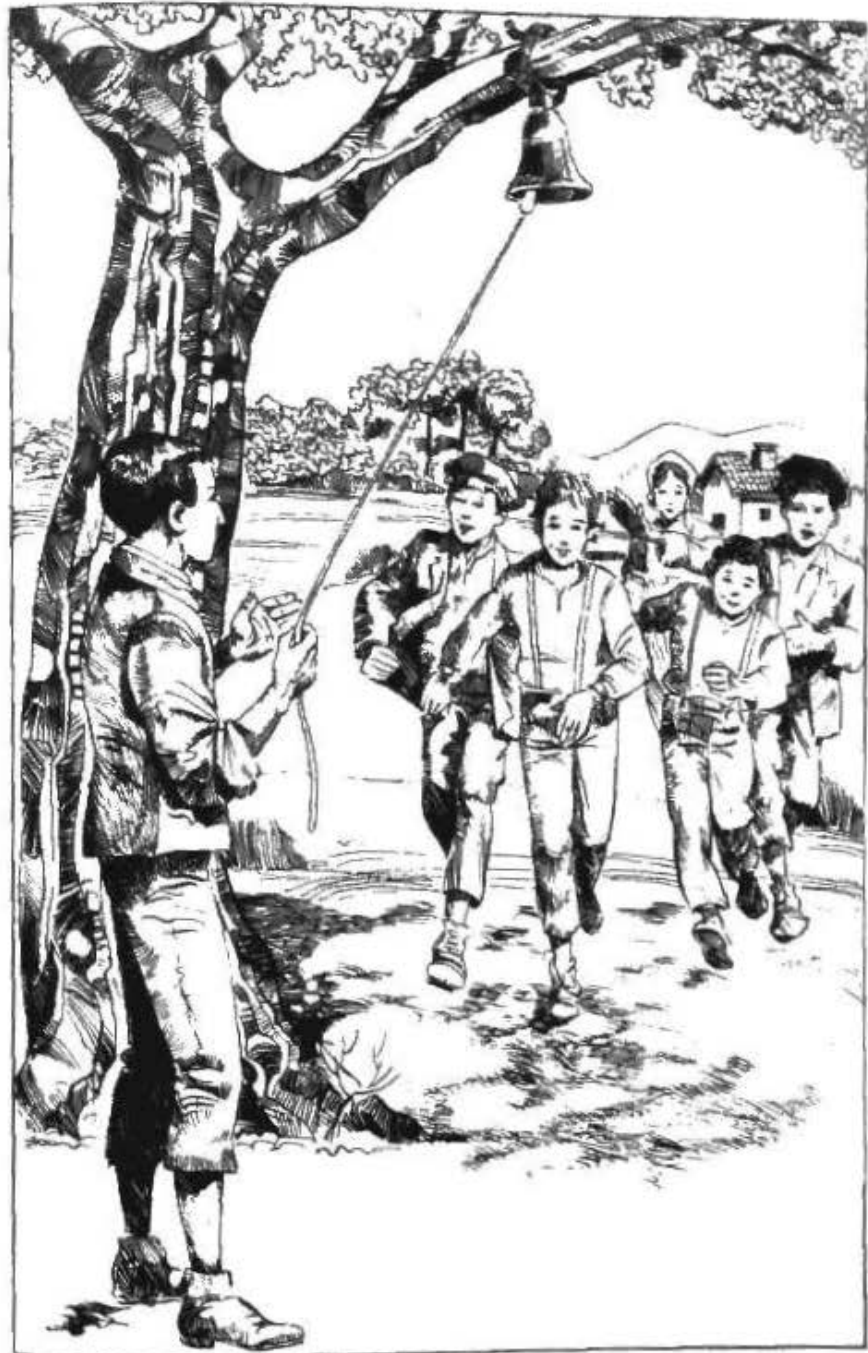
Al niño y adolescente Luis Campidelli su participación en la liturgia, modesta pero siempre devota y no exenta de esplendor de su humilde parroquia, le comunicó una singular capacidad para valorar debidamente las cosas de la tierra y su fugacidad. Puede decirse que desde que tuvo uso de razón su opción por Dios y su servicio empezó a ser clara y no admitía medias tintas ni tergiversaciones: puestos en una misma balanza el cielo y la tierra, no cabía dudar de la elección; no valía la pena perseguir las alegrías terrenales que ponen en peligro el feliz arribo a la vida eterna. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

Contrastes de luz y de sombra

Conservamos una simpática anécdota que no nos resistimos a narrar aun a sabiendas de que más de uno dirá que su valor es muy relativo, como apreciación moral de un niño de corta edad. Vaya por delante que no tenemos la menor dificultad en admitir que, efectivamente, es muy relativo el valor de esta anécdota, mas no por ello deja de contener una buena lección para quien sinceramente la quisiera recibir y entender. En todo caso nos presenta a la luz de toda su radiante belleza la inocencia del pequeño Campidelli.

En Trebbio, como en tantos otros lugares de Italia y de fuera de Italia, se solían organizar por carnaval bailes y fiestas muy concurridas por la juventud. Eran bailes sencillos y arcaicos, muy diferentes de los que ahora se llevan la palma y llenan hasta rebosar, no sólo en carnaval sino también a lo largo de todo el año, las salas de fiestas. Estos bailes disgustaban mucho a Luis que no disimulaba su repugnancia. Los comparaba con el esplendor sereno y limpio de las fiestas litúrgicas que tanto le atraían y decía: *'Estas sí que son fiestas y no los bailes y diversiones de carnaval!'*⁶.

La calificación moral que le merecían estas diversiones era de franco rechazo y suspenso total. «Mamá -hablaba con



«Convocaba a sus compañeros por medio de una campanilla suspendida de la rama de un árbol a manera de espadaña o torre natural, y les hablaba de Dios»...

6. Summ. Positio super Virt. p. 101 §90.

su madre—: *los jóvenes bailan en casa, pero en el tejado baila el diablo y se frota las manos con gusto*⁷. Al decir esto, probablemente no hacía sino repetir lo oído en el templo de labios de algún sacerdote o predicador, fustigando los devaneos de la juventud.

Parecida repulsa le merecía también un vicio que, por desgracia, se presenta demasiado extendido entre las gentes del campo. Gentes buenas y sanas sin duda, pero cuyo lenguaje suele a veces ser demasiado rudo, consecuencia de la dureza del trabajo propio de los campos. ¿Por qué el campesino, hombre de arraigada fe y reconocida bondad de sentimientos, es a veces víctima de la blasfemia? Era la pregunta que, en su mentalidad de adolescente, se formulaba Luis con frecuencia sin encontrar respuesta convincente. Sufría en silencio y confiaba sus penas a su madre.

Cerca de casa estaba el molino. Los campesinos llegaban a él en un continuo flujo y reflujo. No era extraño escuchar alguna que otra blasfemia y entonces Luis se descomponía y corría junto a su madre suplicándole: *«Mamá, dí conmigo 'Bendito sea Dios', pues están blanfemando en el molino»*⁸.

Su hermana Teresa recoge entre sus recuerdos esta pequeña nota: *«Cuando al pasar por el camino encontraba alguna zarza o piedra las retiraba cuidadosamente para evitar que alguien cayera en la tentación de blasfemar»*⁹.

Y ya que tratamos de la delicadeza de conciencia de Luis en contraste con algunas sombras del entorno social en que se movía, merece una alusión particular el tío Bertoldo, así llamado por sobrenombre, pero cuyo verdadero nombre era Miguel. No era malo este tío Bertoldo, pero sí áspero y rudo, amigo del vino, algo violento con la familia en sus horas malas. Sobre todo al estar bebido salpicaba la conversación con alguna que otra blasfemia.

Tío Bertoldo quería sin duda a su sobrino Luis, pero a duras penas toleraba las preferencias de éste por la vida de

piedad y las funciones de la iglesia. Le hubiera gustado verle más aficionado al trabajo del campo. Llamaba a Luis *«pequeño holgazán»* y con evidente abuso de autoridad le obligaba a veces a realizar trabajos superiores a sus fuerzas.

Lo que más desconcertaba a Luis en tío Bertoldo no eran ni sus maneras bruscas ni su escasa comprensión para con él, niño o adolescente todavía. Era más bien su afición al vino y su fea costumbre de blasfemar. En el secreto de su corazón pedía por la conversión del tío. Tío Bertoldo era el blanco de sus pequeños sacrificios y de sus fervorosas plegarias. Incluso cuando emitió su profesión religiosa fue ésta la intención preferente de su vida hasta que finalmente parece haber conseguido de Dios la gracia deseada.

*«Teníamos un tío —nos cuenta Teresa, hermana de Luis— que, aficionado al vino, perdía a veces el control. Nos contaba mamá que al entrar Luis en religión rezaba continuamente por la conversión del tío, hasta que efectivamente el tío cambió de conducta. Cuantas veces íbamos a visitar a mi hermano en el convento preguntaba éste cómo se comportaba el tío, si había mejorado y si había dejado de blasfemar, asegurando que rogaba continuamente por él y recomendándonos a nosotros que hiciéramos lo mismo»*¹⁰.

La voz de Dios se hace clara

Según crecía Luis en edad se iba pronunciando en él la atracción que sentía hacia un género de vida diferente del trabajo o cultivo de los campos. Tío Bertoldo se lamentaba con su cuñada, la madre del pequeño, *«porque Luisito no hacía más que rezar e ir a la iglesia desatendiendo las faenas de la casa»*¹¹. Evidentemente exageraba porque sabemos que Luis jamás desobedeció, y pese a no gustarle aquella clase de trabajos, realizaba lo mandado incluso hasta perder la salud, entregándose a la faena con verdadero ardor.

7. Summ. Positio super Virt. p. 40 §127.
8. Summ. Positio super Virt. p. 94 §56.
9. Summ. Positio super Virt. p. 22 §69.

10. Summ. Positio super Virt. p. 24-24 §73.
11. Summ. Positio super Virt. p. 95 §60-61.

El hermano de Luis, evocando los años de la niñez en que vivieron juntos, asegura que «los parientes reprendían a Luis porque deseaban que trabajara», pero a Luis seguían agradándole más los servicios religiosos de la iglesia y anhelaba hacerse religioso. Calzando incluso unos zapatos que le dañaban los pies, recorría con gusto los dos kilómetros que su casa distaba de la iglesia¹².

Su hermana Teresa recuerda: «La diversión preferida de Luis era asistir a la iglesia y esto le mereció algunas reprimendas del tío y del hermano mayor en cuanto que por ir a la iglesia descuidaba el trabajo del campo. Pero a Luis no le agradaba trabajar en el campo porque era de constitución débil y no soportaba la fatiga de los trabajos agrícolas, particularmente el sol. Se sentía inclinado a la oración y cuando la madre le decía: 'levántate, que hay que ir al campo', se retraía y por el contrario cuando oía sonar la campana que llamaba a misa volaba a la iglesia»¹³.

A la misma Teresa debemos este episodio. «Recuerdo que una vez, teniendo que trabajar en una plantación de cebollas, mamá, presionada por el tío, le obligó a trabajar todo el día y efectivamente lo hizo en silencio a nuestro lado. Por la noche se le inflamó mucho la cara que se le hizo casi deforme y tenía fiebre. Entonces mamá, pese a la resistencia del tío, decidió no mandarle más al campo»¹⁴.

El citado hermano Atilio, de carácter brusco y completamente sordo a consecuencia de la meningitis, lamentaba amargamente antes de morir en 1937 los reproches hechos a Luis a quien llamaba «holgazán». Al mismo tiempo, refiriéndose a la gran fama de santidad que después de muerto rodeaba la memoria de su hermano, decía sin poderse contener: «¡Pero mira a donde ha llegado! ¿Quién iba a pensar que las cosas sucederían así?»¹⁵.

Luis escuchó la voz de Dios muy temprano. Empleando una expresión evangélica, diríamos que a la hora de prima,

12. Summ. Positio super Virt. p. 95 §62.

13. Summ. Positio super Virt. p. 96 §63.

14. Summ. Positio super Virt. p. 10 §19.

15. Summ. Positio super Virt. p. 99 §81.

con el rayar del alba. Este momento solemne se sitúa hacia los 11 años. Fue entonces —nos dice su hermana Emilia— cuando «concibió el deseo de hacerse sacerdote» y «cerca de un año más tarde se enamoró de los Pasionistas»¹⁶.

Los caminos de Dios son misteriosos, sí, pero sencillos. Nosotros los solemos hacer complicados con nuestras elucubraciones humanas. En la vida de Luis todo es sencillo como el brotar del agua de una fuente o como el nacer y crecer de una plantita que termina dando flores y frutos.

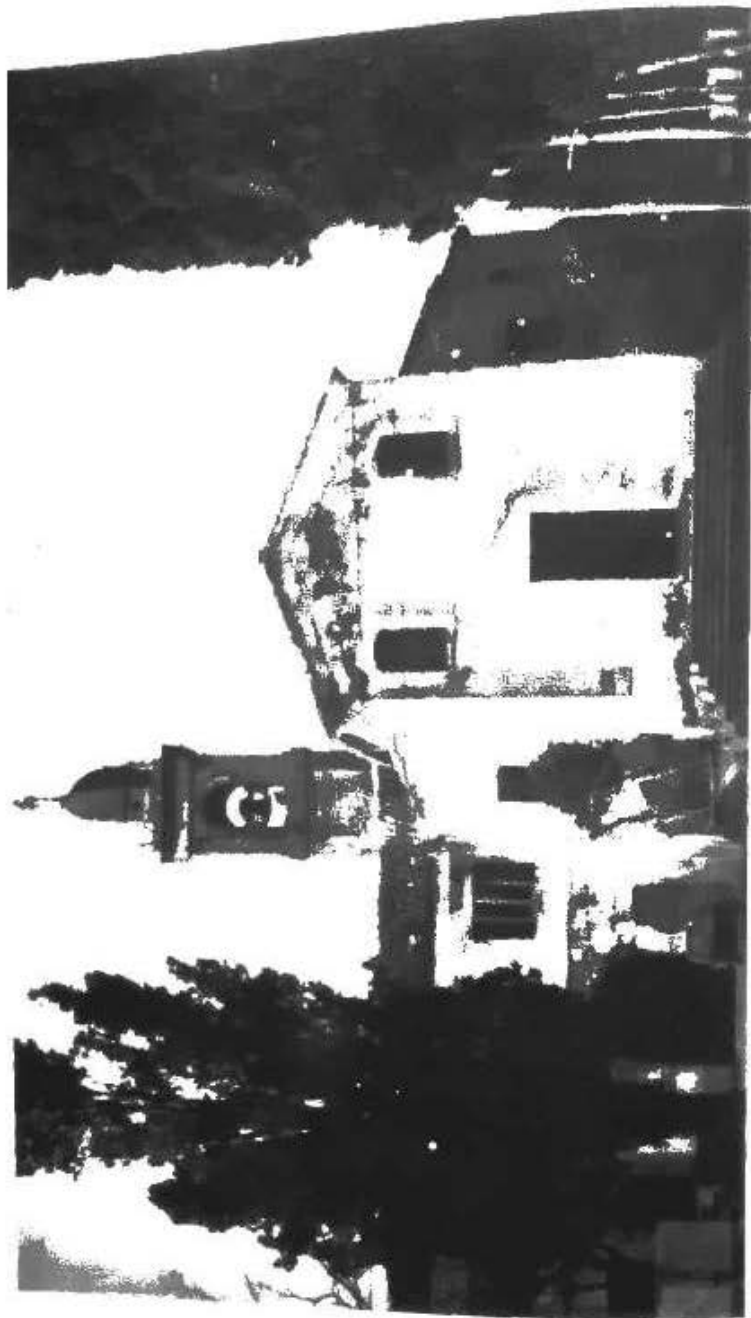
El ambiente familiar de los Campidelli está empapado de la idea de Dios en cuya presencia se trabaja y se ama. El entorno campesino con sus fiestas y sus faenas en contacto con la naturaleza, respira el hálito de la Providencia de Dios. En la escuela, los maestros enseñan a los niños los rudimentos del saber humano, pero partiendo siempre de la idea básica de un Dios creador y providente. La parroquia es el hogar de todos en el pueblo, lugar de encuentro y contacto social. El sacerdote es el padre y consejero de grandes y pequeños. Los niños se sienten particularmente cómodos al lado del sacerdote y aprenden de él, a una con el catecismo, el camino que lleva a Dios y prepara convenientemente para una vida de honradas interrelaciones sociales.

En esta situación ambiental, y dado el instinto de lo divino que muy pronto se despertó en el corazón del pequeño Campidelli, era lo más natural que no tardara en escuchar la voz de Dios que le quería para sí al servicio de la Iglesia y para la salvación de las almas de los hermanos.

¿Sacerdote diocesano o religioso?

A Filomena no le desagradaba la idea de tener un hijo sacerdote. Más bien esta idea le halagaba sobremanera, incluso mirando esta posibilidad como un camino de promoción social. Ser entonces sacerdotes equivalía a subir de

16. Summ. Positio super Virt. p. 98 §78.



Iglesia de Poggio Berni donde el Beato recibió el bautismo y conoció por vez primera a los Misioneros Pasionistas.

rango. Filomena pensaba que, de convertirse este sueño en realidad, su hijo sacerdote le podría aliviar no poco en sus agobios financieros. Viuda muy joven y cargada de hijos, no levantaba cabeza y la situación económica de la familia dejaba mucho que desear. Hambre no se pasaba en casa, ciertamente, ya que el campo daba lo suficiente para cubrir las necesidades más elementales de la vida. Pero tampoco había manera de acumular algún ahorro y salir de apuros.

Cuando Luis le hizo la confidencia de que deseaba ser sacerdote, más de una vez le sugeriría seguramente aquello mismo que siendo ya religioso se atrevió a proponerle: «*Cuando digas misa, ven a casa para ayudarnos*». Pero Luis, que tenía las ideas suficientemente claras y la cabeza bien puesta sobre los hombros, le replicó sin dejar lugar a la menor duda: «*Mamá, soy religioso y lo que me propones no lo haré jamás. ¿Crees que he venido al convento para aprovecharme de los religiosos? ¡Aunque me dieran todo el oro del mundo, jamás abandonaré el convento!*»¹⁷.

Filomena andaba inquieta y se devanaba los sesos buscando una solución para complacer los deseos vocacionales de su hijo. Deseaba secundar estos deseos, pero no veía la forma de sufragar los gastos que su entrada en el seminario y sus consiguientes estudios le habrían ocasionado. Pensó pedir consejo a su hermano D. Felipe Balpani, párroco de S. Juan de Marignano, sospechando incluso que su hermano acaso le echara una mano, tratándose de promover a uno de sus sobrinos al sacerdocio.

Efectivamente, visitó a D. Felipe, pero D. Felipe echó un jarro de agua fría sobre sus ilusiones de madre. Lejos de ayudarle le dijo «*que el pequeño pejugal heredado del padre no podía ni debía emplearse en su totalidad para que estudiara un solo hijo con perjuicio de todos los demás*»¹⁸.

Filomena regresó desconsolada a casa con esta respuesta desalentadora. Pero la solución que las personas mayores no supieron o no pudieron encontrar se le ocurrió al mismo Luis

17. Summ. Positio super Virt. p. 98-99 §79-80.

18. Summ. Positio super Virt. p. 161 §319.

que para entonces había tomado ya sus medidas y precauciones. Dejamos la palabra a su hermana Teresa.

«Luis dijo que prefería hacerse religioso y no sacerdote diocesano, porque los sacerdotes viven inmersos en el mundo con muchas responsabilidades y no pocos peligros, mientras que los religiosos, más retirados en sus conventos, caminan más fácilmente y sin tropiezos hacia el cielo. Decía que le gustaban los religiosos vestidos de negro con un corazón blanco al pecho, y no los vestidos con una túnica color café. Se hizo con un escapulario de la Pasión y lo llevaba puesto con mucha alegría. También se había inscrito en la cofradía de S. Pablo de la Cruz»¹⁹.

¿Cómo llegó Luis a conocer a los Pasionistas y les amó hasta el punto de desear ser como uno de ellos, «vestido de negro y con un corazón blanco al pecho?».

El 8 de octubre de 1880 dos Pasionistas, los PP. Lucas de S. José y Estanislao del Crucifijo, iniciaron una misión de 10 días en la parroquia de Poggioberni, próxima a Trebbio, donde Luis había sido bautizado y confirmado. Día tras día, con admirable constancia, el pequeño Campidelli tomó parte en la misión, acompañado de su madre.

En aquellos misioneros vestidos de negro, que con tan elocuente unción hablaban de las grandes verdades de la fe y de la Pasión y Muerte del Señor, el joven adolescente descubrió la dulce figura del Maestro y escuchó su voz que le llamaba: «¡Ven, sígueme, te quiero misionero pasionista!».

Su buen amigo Adriano Ricci, confidente de los sueños de Luis, nos cuenta refiriéndose a la misión en que Luis empezó a ver claro el camino de su vocación:

«Vi con mis propios ojos cómo estaba Luis constantemente con los Padres Pasionistas escuchándoles con atención. Puedo asegurar que abrazó el estado religioso, no por motivos humanos, por ejemplo para huir del trabajo de los campos, sino para atender mejor a la salvación de su alma. Le oí decir a su madre que un tío sacerdote, hermano de ésta, deseaba llevarlo al seminario, pero Luis parece que respon-

dió: 'No quiero ser sacerdote diocesano, porque los sacerdotes diocesanos están en el mundo sujetos a las cosas de la tierra; quiero ir al convento donde se está más alejado del mundo'»²⁰.

Aspiración cumplida

Hacia tiempo que los Pasionistas, llamados por el obispo de Rímimi, Mons. Zampetti, se habían hecho cargo en S. Arcángelo de Romaña del santuario de la Virgen de Casale, muy venerado en la región.

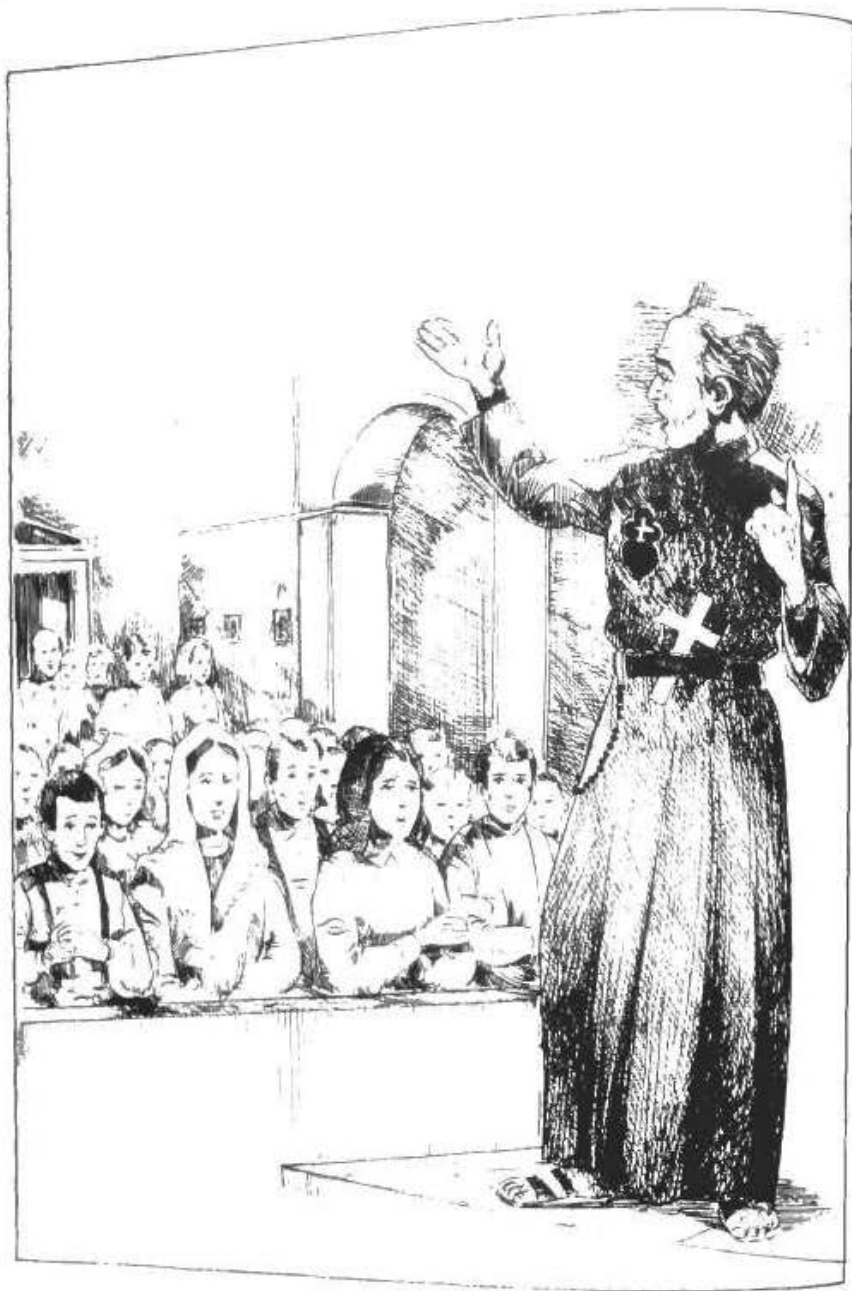
Era por entonces Superior General de la Congregación el famoso noble romano, P. Bernardo M. de Jesús (Silvestrelli), denominado segundo S. Pablo de la Cruz. Urgía reagrupar a los religiosos dispersos por la borrasca napoleónica y las leyes usurpadoras de los bienes de los religiosos, emanadas por el Estado. El Superior General P. Silvestrelli, aludiendo precisamente a la Provincia religiosa de la Piedad, deshecha por la supresión, escribía en estos términos en una circular firmada en Roma el 10 de noviembre de 1878:

«Considerando que nuestros religiosos, pertenecientes a la Provincia de la Piedad en las Marcas, se encuentran ausentes de sus retiros y obligados a vivir en pequeños grupos por los pueblos o a permanecer aislados en escaso número dentro de los retiros suprimidos, debiendo dictar alguna norma de conducta que sirva a quienes van a abrir la casa que se nos ha ofrecido en Rímimi, hemos determinado, para salvar la uniformidad en todos los lugares, ... confeccionar para ellos un programa de dirección práctica y oportuna dentro de las circunstancias, a fin de que en cada uno de los grupos antedichos se conserve un orden estable y una forma de vivir que esté de acuerdo, en lo posible, con nuestra profesión religiosa»²¹.

19. Arch. Gen. C.P., Roma, Carta circ. 10 nov. 1878.

20. Cfr. *Ibid.* Circular cit.

21. *Summ. Positio super Virt.* p. 108 §124.



En aquellos misioneros pasionistas vestidos de negro descubrió el joven adolescente a Jesús que le llamaba: «¡Ven, sígueme, te quiero misionero!».

Así nació, a partir de 1878, la comunidad pasionista ubicada en el santuario de Nuestra Señora de Casale como uno de los núcleos en que la Provincia de la Piedad volvería a recobrar nuevo impulso vital. El mismo P. Bernardo M. Silvestrelli empleó una buena parte de su patrimonio familiar para llevar adelante la reconstrucción de la Provincia y para adquirir en propiedad y edificar de nueva planta el retiro-convento contiguo al santuario de Casale.

Un día, con poco más de 12 años, se presentó Luis Campidelli en la portería del convento acompañado de su madre. Venía a solicitar el ingreso en la Congregación, vencida ya la oposición de quienes le sugerían hacerse sacerdote diocesano con miras un tanto utilitaristas. El desparpajo y la seguridad con que el adolescente expresó su firme voluntad de ser pasionista conmovieron al Superior del convento. Pero de momento se presentaban dos obstáculos insuperables.

Ante todo, la delicada constitución física del postulante. ¿Podría soportar el rigor de la vida conventual aquel muchachito pálido y delicado? Entonces más que ahora la vida pasionista era una vida de gran rigor. El Superior General Silvestrelli acababa de recordárselo a los religiosos dispersos que llegaban de la diáspora napoleónica, en el programa de doce puntos en que sintetizaba con poderoso nervio la ascesis propia de la Congregación²².

El segundo obstáculo era la edad. Doce años eran muy pocos años para tomar una decisión tan grave y emprender un camino de tanta exigencia. Luis, que había emprendido aquel viaje con tantas esperanzas, tuvo que regresar a Trebbio triste y desolado.

Madre e hijo «caminaron a pie cerca de 12 kilómetros de viaje —nos informa Teresa, la hermana de Luis— y mi madre decía que el muchacho caminaba al ir siempre por delante a buen paso, pero al regreso, no habiendo obtenido respuesta favorable, se mostraba afligido y a duras penas podía arrastrarlo a casa»²³.

22. Hilario Antinori, VITA, p. 45.

23. Summ. Positio super Viri. p. 108 §122.

Pero no todo estaba perdido. En realidad, el Superior de Casale dejaba abierta la puerta de la esperanza. Pronto Luis se recuperó de su primera desilusión. Puesto que el Superior le había dicho que esperase, si sólo se trataba de esperar, esperaría cuanto fuera menester, pero no cambiaría de idea. Entre tanto intensificaría la oración urgiendo a S. Pablo de la Cruz que le facilitara el camino hacia la familia de sus hijos: «*Quiero ser hijo tuyo, ayúdame*»²⁴.

De nuevo se presentaron los Pasionistas para predicar una misión en las proximidades de Trebbio, esta vez en la parroquia de Scorticata, hoy conocida con el nombre de Torriana. Era el 26 de diciembre de 1880. Los misioneros eran los Padres Lucas, Estanislao y Gregorio. La misión duró 11 días. Luis fue oyente asiduo, siempre acompañado de su madre, pese a la gran dificultad de los caminos enfiados en plena estación invernal. «*Ibamos juntos por la mañana, levantándonos hacia las cinco (era diciembre) y también por la tarde. El camino era áspero, gran parte en cuesta y de cerca de dos kilómetros, lo que resultaba un verdadero sacrificio, pero lo hacíamos con agrado*»²⁵.

Luis aprovechó la ocasión para manifestar a los misioneros una vez más su firme resolución de ser pasionista y los misioneros le alentaron en su propósito aconsejándole que no cediera en su empeño.

Por fin sonó la hora tan largamente suspirada. En los comienzos de 1882 llamó de nuevo a la puerta de Casale y esta vez el Superior, oído el parecer de la Comunidad, le dijo que quedaba admitido. El voto de la comunidad no admitía nuevas dilaciones: «*Es un verdadero ángel—dijeron los religiosos consultados—: tenemos que recibirle. Probaremos su salud en el noviciado y si más tarde, después de profesar cayera enfermo y muriera, contaríamos con un nuevo S. Luis para interceder por nosotros en el cielo*»²⁶.

Esta vez sí que Luis regresó a casa contento y como si le

hubiera tocado en suerte la mejor de las loterías. Conociendo por la lectura de la vida de S. Pablo de la Cruz el plan de vida diario de los Pasionistas en sus retiros, comenzó a entrenarse en él por iniciativa propia. Incrementó cuanto pudo la vida de piedad, se ingenió por vivir retirado y solitario, se levantaba, incluso, a media noche para rezar y extremaba entre sus familiares la bondad y el espíritu de servicio para con todos.

Un día, cuando recogía leña para el hogar, recibió una carta de Casale. Era la confirmación de que quedaba admitido y se le fijaba la fecha en que debería presentarse en el convento. Luis no cabía en sí de gozo.

Bajo el manto de la Virgen de Casale

El mes de mayo tiene especial encanto en Trebbio y su comarca. Pasados los fríos del invierno y bien empapada la tierra por las lluvias del mes de abril, la campiña es una fiesta de luz y de color. Florecen los árboles frutales, el campo se alfombra de margaritas y campánulas. Anidan los pájaros y cantan gozosos a la vida.

El santuario de Casale es particularmente visitado por los devotos de la Virgen en este mes de las flores. Con los romeros que en mayo acuden a las plantas de la Virgen de Casale vino el 2 de mayo de 1882 Luis Campidelli, pero no para pasar unas horas o un día al lado de aquella Virgen tan amada, sino para fijar a su lado su habitación permanente.

El santuario y su anejo convento de Casale había sido erigido en noviciado de la recientemente reconstruida Provincia pasionista de la Piedad y por especial designio de Dios Luis Campidelli venía a inaugurarlos. El sería el primer novicio en aquella fragua de apóstoles bajo el manto de la Virgen de Casale. Desde el primer momento de su llegada se ofreció en cuerpo y alma al servicio de la Señora y se puso bajo su protección. Con María y por María empezaba a caminar en la vida religiosa. Llevado amorosamente de la mano de la Virgen coronaría en breve la cima de la perfección.

24. Summ. Positio super Virt. p. 91 §43.

25. Summ. Positio super Virt. p. 207 §485.

26. Summ. ibid.

Su madre le había acompañado en ocasiones anteriores cuando inició los primeros contactos con la Congregación pasionista. Con ella hizo el viaje de 12 kilómetros largos a pie hasta el santuario desde Trebbio. Pero ahora Filomena no se sentía con valor para acompañarle. Presentía que su hijo no regresaría más y prefirió llorar su pena a solas en casa dejando a Luis en libertad para que llevara a cabo sus aspiraciones de servir a Dios en el claustro.

Compañeros de este viaje fueron el sacerdote D. Angel Bertozzi y el señor Juan Sapigni, gran admirador de sus colonos los Campidelli y que para la ocasión prestó su coche, acompañando personalmente a Luis hasta Casale.

Teresa, la hermana de Luis, tan ligada a él, recuerda no sin emoción el momento de la despedida, destacando como nota predominante la alegría de su hermano que en cierto modo servía de alivio a la amargura de la familia. «*Cuando se marchó para el convento... llorábamos todos rodeando a mamá. Sólo Luis estaba contento y reía diciendo que no teníamos por qué llorar por su causa, puesto que se sentía verdaderamente feliz*»²⁷.

4

EL GRAN PROYECTO DE CAMPIDELLI SE HACE REALIDAD

La meta ideal en el proyecto de Campidelli

El comportamiento de una persona normal nace de una razón muy concreta que lo determina. Todos actuamos según un motivo bien preciso: realizarnos a nosotros mismos, crecer, afirmarnos, triunfar... Nuestras decisiones, incluidas las más insignificantes y cotidianas (trabajar, estudiar, descansar, divertirnos), así como las más importantes y decisivas (elección de profesión o estado de vida), suponen siempre el intento de llevar a cabo el proyecto que nos hemos forjado sobre nosotros mismos: lo que deseamos ser, el conjunto de valores en que creemos.

Para ser verdaderamente normal, una persona necesita de una 'meta' hacia la que tender, una concreta dirección de la propia vida, una esperanza de victoria... No es necesario que la meta esté desde el principio perfectamente definida y centrada, pero sí es indispensable que cada cual tenga una finalidad, un objetivo por el que luchar. Sin este objetivo, sin esta finalidad, la vida humana se nos muestra carente de sentido: no es ya propiamente hablando una vida humana.

27. Summ. Positjo super Virt.

Este importantísimo aspecto de nuestro «yo» no suele estar presente en los primeros años de la vida, cuando todavía uno es niño. Por supuesto, también el niño «desea» llegar a ser un futbolista, un divo, un «grande», un «superman». No obstante, en esta primera edad no se da propiamente hablando un esfuerzo integrado, no existe una verdadera 'meta', porque el sentido propio del «yo» todavía no está completo hasta que no se comienzan a formular los proyectos.

Sin embargo, es verdad que tropezamos con adolescentes, llamémosle mejor niños todavía, como sería el caso de Luis Campidelli cuando dejó la casa paterna para ir al santuario-retiro de Casale, que prematura y precozmente han previsto y forjado su propio proyecto con una nitidez y clarividencia tal que llena de pasmo a los estudiosos.

Para Luis Campidelli la meta era clara: sería pasionista como aquellos misioneros a quien había oído anunciar el misterio de la Cruz en las misiones; vestiría como ellos de negro llevando un corazón blanco al pecho; formaría con ellos una misma familia y viviría para un ideal común. Puesta la mira en esta meta, deja su casa sin ningún asomo de tristeza y hasta se siente con arrestos para infundir confianza y serenidad en los demás.

El primer novicio de Casale

Para siempre se le reconocerá este título a Luis Campidelli y de ello se sentirá legítimamente orgulloso el santuario de Nuestra Señora de Casale. El es, efectivamente, el primer novicio de este vivero de apóstoles pasionistas y servirá de modelo a cuantos jóvenes, aquí y en otras partes, secundando la llamada de Dios, decidirán consagrarse a Dios y al apostolado en la Congregación pasionista.

Pero Luis no fue solamente el primer novicio que inauguró el noviciado de Casale sino también el primero de la restaurada Provincia de la Piedad. Fue providencia muy particular de Dios que para el período de su primera forma-

ción en la vida pasionista cayera en manos de un religioso ejemplar, el P. Miguel de la Madre de Dios, que años atrás había sido compañero de noviciado del futuro S. Gabriel de la Dolorosa.

«Tuvo por maestro –nos dicen los Procesos– a un íntimo compañero de S. Gabriel de la Dolorosa, el P. Miguel. De este santo varón aprendió tan bien el espíritu del verdadero pasionista que llegó a ser modelo para los novicios que vinieron después. Fue el primer novicio aceptado en esta Provincia de María Santísima de la Piedad, después de la supresión de las órdenes religiosas»¹.

Leído en clave providencial, esto quiere decir que recae sobre Luis una especial misión que cumplir: la de servir de eslabón de enlace en la cadena de aquella juventud fervorosa cuyo más sazonado fruto fue S. Gabriel y la nueva juventud que seguiría llamando sin interrupción a las puertas de la Congregación Pasionista, preparando los nuevos tiempos y cuyo fruto maduro sería el mismo Campidelli.

De hecho, la memoria de S. Gabriel, muerto en las soledades del Gran Sasso hacia 20 años, se conservaba fresca en las comunidades pasionistas y se hablaba de él como de un auténtico santo, digno de ser elevado a la gloria de los altares.

Se daba además la circunstancia de que el citado P. Miguel, maestro de novicios, bajo cuya directa responsabilidad recaería la formación de Luis en la vida pasionista, había sido compañero y amigo inseparable de S. Gabriel por espacio de seis años. Es natural que este Padre propusiera a sus jóvenes alumnos los ejemplos de su santo compañero y amigo como válido ejemplar de vida pasionista. El mismo llegaba a Casale con fama de santo, siguiendo de cerca en el camino de la virtud las huellas de su compañero y amigo.

Sucedió de esta forma que el joven Campidelli, que desde niño había cultivado una gran devoción hacia S. Luis cuyo nombre llevaba, a partir de su ingreso en el noviciado

1. Summ. Positio super Virt. p. 51 §172.

puso también los ojos y el corazón en su ya hermano de familia religiosa, S. Gabriel de la Dolorosa, justamente llamado el S. Luis de los tiempos modernos.

Luis tenía 14 años cuando ingresó novicio en Casale. Casi un niño en cuanto a la edad, se dirá. Sí, es cierto, era casi un niño. Pero dotado de una precoz madurez interior, superior a sus cortos años, fruto sin duda de una particular asistencia del Espíritu Santo que habitaba en él por la gracia. Desde el primer momento quiso ser fiel a la llamada de Dios y se entregó a esta tarea sin cortapisas ni mezquindades.

A la vez que Luis, había ingresado en el noviciado otro joven de Sassofeltrio. Pero éste, al cabo de breves días, se desalentó y prefirió abandonar el camino emprendido. En cambio Luis prosiguió adelante impávido, dispuesto a superar victoriosamente los obstáculos que la nueva vida le iba a plantear.

La partida de su único compañero supuso sin duda para él un fuerte golpe. Aunque lleno de buenos deseos, no dejaba de tener un corazón extremadamente sensible. La carne, también para él, era débil y flaca aunque el espíritu se esforzara por ser fuerte y mantenerse en tensión. Añadida esta prueba a la evidente dureza de la vida pasionista y más en aquellos momentos de restauración y nueva fundación en Casale, los primeros días de Luis en el noviciado tuvieron que ser forzosamente harto difíciles.

De sus luchas interiores en su primera etapa de novicio no nos quedan referencias escritas y es ésta ciertamente una gran laguna, porque si hubiéramos conocido en concreto el duro combate interior que el joven hubo de sostener como buen atleta de Cristo, hubiera resaltado con una luz más brillante el cuadro de su incipiente santidad. Nos basta, sin embargo, conocer algo, muy poco, de la psicología juvenil, para suponer sin equivocarnos que Luis, que acababa de cumplir 14 años, añoraría en más de un momento el amor de su madre y de sus hermanos y el calor de su humilde hogar en los campos de Trebbio.

Pero supo resistir y salió a flote en la prueba. La Virgen de Casale le sonreía y le ayudaba como delicada madre. El

corazón de Luis temblaba de deseo por vestir cuanto antes el hábito de los hijos de S. Pablo de la Cruz.

Esta experiencia feliz tuvo lugar para él el 27 de mayo de 1882, al final de un curso de ejercicios espirituales en que, por diez días, según estaba prescrito en las Constituciones de la Congregación, el postulante, «entregado a piadosas meditaciones, aconsejado por el confesor, hacía confesión general de toda su vida y así, más y mejor dispuesto y unido a Dios, se disponía a consumir su propio sacrificio»².

¿De qué se pudo acusar Luis en esta confesión general? Por supuesto, de sus defectos y faltas que sí los tenía como todo mortal. Pero no dejaría de reiterar sin ninguna duda la humilde confesión del episodio del melón, la historia de los tres bofetones a su hermana Teresa y los frecuentes malos ratos que había hecho pasar a tío Bertoldo y a su irascible hermano Atilio que le llamaban 'holgazán y perezoso' por su escasa disposición para el trabajo de los campos.

Al dejar los vestidos de seglar y recibir el hábito de la Congregación, símbolo de una vida nueva, el novicio cambiaba también por aquel entonces de nombre y apellido. Así el símbolo era perfecto. Se moría efectivamente al mundo y a la familia, pero se nacía a una existencia enteramente nueva. Por voluntad del maestro de novicios, secundada por Luis, en adelante se llamaría *Pío de S. Luis*. *Pío*, reflejando en el nombre su característica bondad y dulzura de carácter, y *de S. Luis*, conservando en el apellido religioso el recuerdo del bautismo y del santo joven que en el bautismo recibió como principal patrón.

Feliz con su librea de misionero pasionista

Aunque cerca de su casa de Trebbio, puede decirse que la única comunicación con su familia, aparte algunas esporádicas visitas, fue la correspondencia epistolar, ciertamente no muy numerosa. La madre de Pío conservaba las cartas de

2. Regula, Cap. VI, n. 34.

su hijo como oro en paño. Eran para ella como un tesoro. Pero cuando murió Filomena, sus hijos, para desgracia nuestra, quemaron estas cartas. Estaban muy lejos de pensar en la gran pérdida que esto iba a suponer para nosotros y la imposibilidad en que nos íbamos a encontrar para reconstruir con palabras propias de Pío sus sentimientos interiores, sus alegrías y sus penas, sus santas aspiraciones y sus encendidos deseos de llegar a la santidad de su estado.

Dando por descontado que Pío no dejaría de sentir el dolor inherente a la separación de sus seres queridos y de su mundo familiar y social, sabemos que, recibido el hábito de la Pasión, se sintió feliz con esta santa librea o uniforme de los misioneros pasionistas. Había acariciado largamente esta aspiración como un sueño lejano difícil de cumplirse. Ahora que el sueño se había hecho realidad se confesaba Pío el más feliz de los mortales.

El autor de su biografía, P. Hilario Antinori, que también actuó de testigo en los Procesos, hace este sabroso comentario que no dudamos en apropiárnoslo. Con su hábito pasionista «Pío se sentía enteramente feliz porque veía apagadas sus largas, ardientes aspiraciones; feliz porque se encontraba en la casa del Señor y podía gozar mayormente de la intimidad de Dios en la oración que sería más prolongada, más ardorosa, más recogida; feliz, sobre todo, porque la misma casa de Dios se le antojaba como un gozoso rincón del cielo»³.

De su alegría no disimulada y desbordante nos quedan preciosos testimonios. Sin duda también él pudiera haber suscrito las palabras que años atrás escribía S. Gabriel de la Dolorosa para disipar las preocupaciones de su padre acerca de su nueva situación en el austero ambiente del noviciado pasionista. Tenemos buenos motivos para pensar que éste, más o menos, sería el lenguaje empleado por Pío en su correspondencia epistolar con su madre y hermanos.

«La alegría que disfruto dentro de estos santos muros es casi indecible y no admite punto de comparación con los

vanos y ligeros pasatiempos que se buscan ávidamente en el mundo. Tranquillízate, papá, y créeme que te hablo con el corazón en los labios: un cuarto de hora a los pies de María, nuestra protectora y consuelo, vale más que un año de placeres y espectáculos en el mundo»⁴.

Evidentemente las experiencias que Pío tenía de la vida mundana fueron muy diferentes, casi diametralmente opuestas, a las de S. Gabriel de la Dolorosa. Pío fue un humilde hijo de labradores y Gabriel el elegante hijo de una familia pudiente; Pío vivió y padeció las estrecheces de una economía familiar tejida de sacrificios y privaciones y Gabriel en cambio se movió entre gentes acomodadas de la buena sociedad, mimado por la fortuna; Pío jamás disfrutó de otro espectáculo que no fuera el de la naturaleza con su magnífica policromía y la infinita variedad cromática del ir y venir de las distintas estaciones; Gabriel supo mucho de los sofisticados espectáculos y devaneos de la alta sociedad...

Pero tanto Pío como Gabriel, procedentes de esferas tan diferentes, unidos ahora por idéntico ideal en la misma Congregación religiosa, pobre y austera, podían decir a una voz que «no cambiarían un cuarto de hora pasado a los pies de Jesús y de María por un año de placeres y espectáculos mundanos».

Temerosa la madre de Pío de que su hijo no pudiera resistir el rigor de la vida pasionista, fue a visitarle y expuso a su hijo sus comprensibles temores de madre. Pero Pío dispuso sus angustias asegurándole convencido: «Estate tranquila, mamá; como bien, lo necesario, y hasta me han obligado por obediencia a beber un poco de vino, del que hasta la fecha me había abstenido siempre»⁵.

Su compañero y amigo Pablo Sapigni, cuyo padre era el dueño de los campos que los Campidelli trabajaban como colonos, destaca en Pío un carácter «serio y jovial», nada inclinado a la tristeza o al abatimiento⁶. Se refería al tiempo

3 P. Hilario Antinori, VIDA, p. 58.

4 S. Gabriel, Carta 23 oct. 1856.

5 Summ. Positio super Virt. p. 99 §83.

6 Summ. Positio super Virt. p. 182 §407.

en que Pío vivía en casa y sus palabras, como bien puede verse, son un mentís contra quienes parecen empeñados en presentarnos al niño y adolescente Campidelli cerrado en sí mismo, envuelto de una seriedad muy poco de acuerdo con sus años. Hablando más tarde de su encuentro con Pío en el convento, recuerda Sapigni la alegría de su amigo, gozoso de vivir en la casa del Señor: «Visitándole en el convento de Casale le vi vestido de religioso y recuerdo que después de saludarle le pregunté: ¿No quieres venir conmigo a casa? Pero él me replicó: ¡Mi casa es ésta!»⁷.

No podía faltar el testimonio de Teresa, la hermana de Pío, quien registra la sensación de júbilo que irradiaba la persona de su hermano Pío, novicio en Casale: «Yendo a visitarle con mamá se mostraba muy contento por el hábito recibido y por la vida abrazada... Le suplicó a mamá que no fuéramos a verle tan a menudo temiendo distraerse y perder algo de su fervor religioso. 'Vive tranquila, mamá, sabiendo que yo vivo contento y estoy bien'»⁸.

El porqué profundo de una vocación

Pío tenía ya una meta hacia la que caminar, un proyecto de vida muy concreto por el que trabajar. Revestido del hábito pasionista, su situación personal era semejante a la de aquel que descubrió un tesoro en el campo o una perla preciosa en el mercado (Mt 13, 44-46).

Para apropiárselos, vendió gozoso cuanto tenía y se los procuró. En comparación con esta adquisición todo lo demás pasaba para él a un segundo plano. La perla preciosa o el tesoro que Pío descubrió fue la vocación pasionista. Preadado de esta vocación dejó alegremente todo y emprendió el camino que le llevó a la realización de su más acariciado proyecto.

Tanto en el descubrimiento de su vocación como en su seguimiento, Pío fue transparente y noble. No hubo en su decisión turbias motivaciones. Sin embargo, alguien pareció dudar de la limpieza de sus móviles y fundándose en la poca inclinación que de niño manifestó hacia el trabajo del campo siendo hijo de familia campesina, concluyó que «éste fue el motivo oculto que le decidió a hacerse religioso»⁹.

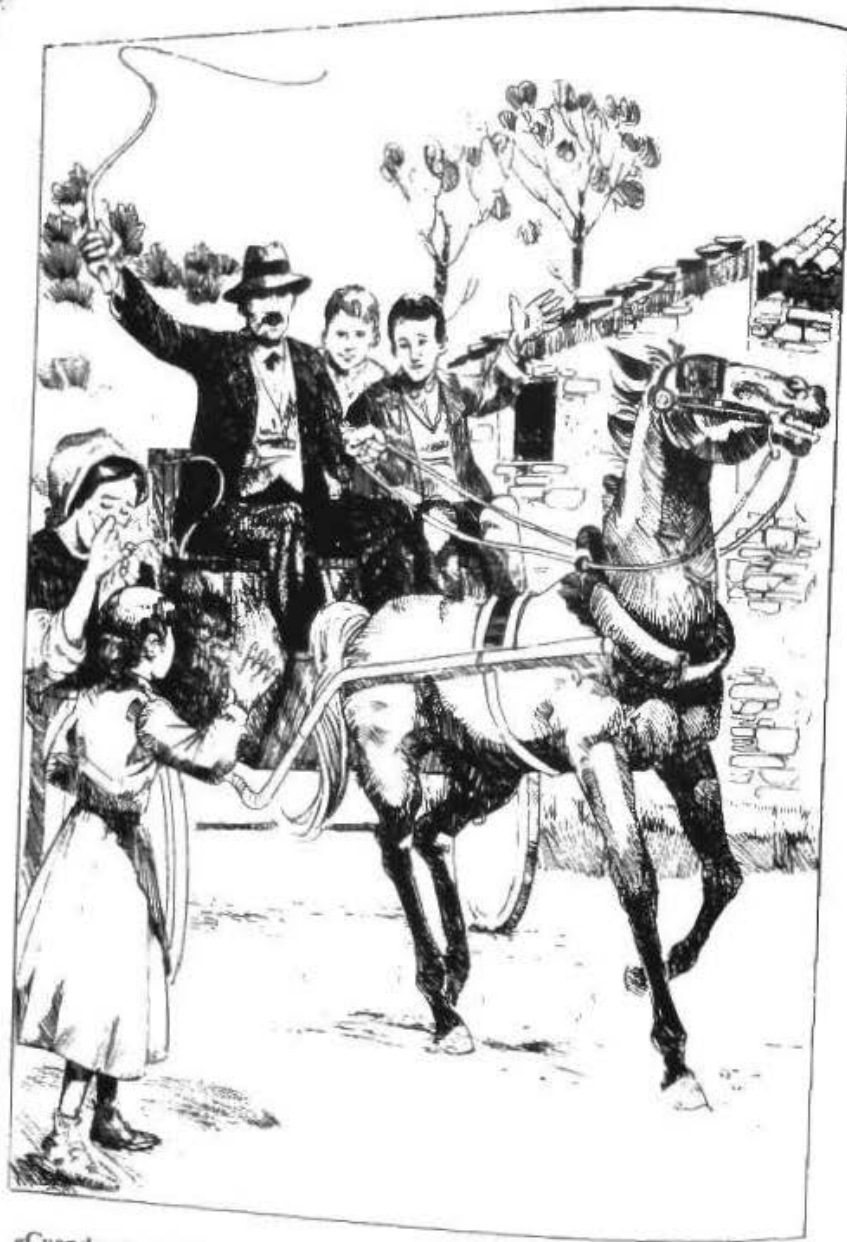
¡Pobre Pío, tan cristalino en sus pensamientos y que de tantas maneras probó la nobleza de su comportamiento! Es verdad que no se sentía inclinado al trabajo de la labranza. Tenía y fomentaba otras aspiraciones. Le agradaba más el estudio, tanto que a veces llevaba los libros al lugar del trabajo¹⁰. Pero le gustaba, sobre todo, mucho más, asistir en la iglesia a las ceremonias del culto y practicar determinados actos o ejercicios de piedad, hasta el punto de romper en llanto cuando algún imprevisto le impedía llevar a la práctica sus deseos¹¹.

No obstante, cuando había que trabajar, pese a lo exíguo de su edad y a lo delicado de su constitución física, trabajaba como el que más, incluso con esfuerzo superior a sus cortos años. Su madre hubo de salir en su defensa para que tío Bertoldo y el hermano mayor, demasiado exigentes, no abusaran de él. Sabemos ya, por haberlo referido anteriormente, cómo en alguna ocasión llegó Pío a enfermar por haberse visto obligado a realizar trabajos demasiado duros y prolongados para sus cortos años.

¿Es correcto acusar a Pío de evasión del trabajo familiar por el hecho de no sentirse inclinado a cierta clase de trabajos? ¿Es sobre todo honesto acusarle de que fuera precisamente éste el motivo de su vocación? Juzgado por cuantos le conocieron un verdadero ángel de bondad, no era Pío ni mucho menos tan retorcido de mente y corazón como para buscar en el camino del convento y del altar una puerta de escape para no trabajar como campesino.

7. Summ. Positio super Virt. p. 180 §396.
8. Summ. Positio super Virt. p. 99 §84.

9. Summ. Animadversiones, p. 13, n.º 21.
10. Summ. Positio super Virt. p. 98 §77.
11. Summ. Positio super Virt. p. 105 §110.



«Cuando se marchó para el convento... llorábamos todos rodeando a mamá. Sólo Luis estaba contento y reía».

La respuesta a esta acusación nos la da el mismo Pío con el equilibrado y siempre coherente testimonio de su vida tanto en familia como en el convento. Y ratifican y confirman hasta la saciedad esta misma prueba cuantos más de cerca vivieron a su lado y le conocieron interna y externamente. «Abrazó el estado religioso para hacerse santo, no por ligereza o temeridad sino por verdadera vocación» -nos asegura el P. Bernardino, pasionista, que conoció muy bien a Pío y escribió una semblanza suya bajo el título de «Una flor del Calvario nacida al pie de la Cruz», Rímíni, 1937.

Teresa, que siguió de cerca la génesis y el desarrollo de la vocación de su hermano, excluye de plano todo resabio de motivaciones dudosas en la opción de Pío por la vida religiosa, proclamando su total limpieza de miras: «Se hizo religioso -dice- por vocación, no por motivos humanos. Al principio mamá se manifestó más bien contraria a que dejara la casa, pero él estaba resuelto a hacerse religioso»¹².

Prolongaríamos demasiado este tema si deseáramos recoger cuantos testimonios abundan sobre este punto en los Procesos. Quede en pie que la vocación de Pío era oro de la más pura y legítima aleación. ¡Deseaba ser santo, eso fue todo! Y para ser santo llamó a las puertas de la Congregación pasionista que le recibió pensando que si, en todo caso, dada la delicadeza de su constitución física, enfermaba y moría después de su profesión religiosa, tendría un santo más para interceder por ella en el cielo. Pío no admitía medias tintas ni sufría pactos de compromiso. Sabía que al hacerse religioso tendría que renunciar a multitud de cosas agradables que la vida ofrece a todo joven. Pero en ningún momento se echó atrás en su camino.

Un día su madre, que sí había pensado en la posibilidad de que Pío, siendo sacerdote, pudiera ayudar económicamente a la familia, le propuso que regresara a casa. Pero Pío le respondió con viveza y sin que quedara la menor duda sobre la irrevocabilidad de su decisión: «¡No mamá, ni por todo el oro del mundo!»¹³. Otro día un tío suyo, Juan Campi-

12. Summ. Positio super Virt. p. 102 §93.

13. Summ. Positio super Virt. p. 39 §122.

delli, pequeño propietario que no había tenido hijos y que fue a visitarle cuando Pío estaba enfermo, le propuso: «Vuelve conmigo a casa. ¿Por qué empeñarte en morir aquí? ¿No ves que has perdido la salud? Ven y te haré heredero de lo que tengo». Pero Pío no titubeó en responderle: «Tío, no saldría de aquí ni aun cuando pudiera llegar a ser el hombre más rico del mundo»¹⁴.

Novicio ejemplar

El tiempo del noviciado es para el novicio lo que el noviazgo para el enamorado. Tiempo de conocimiento mutuo y de recíproco descubrimiento. El novicio, como el enamorado, se esmera por conocer a la mayor perfección la comunidad de que desea formar parte integrante y, viceversa, la comunidad se esmera por conocer al novicio. El novicio trata de descubrir los pros y los contras de la comunidad y la comunidad los intenta descubrir a su vez en el novicio. Todo para llegar a una decisión libérrima de aceptación o rechazo: aceptación de por vida en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte, o rechazo honesto y varonil, con iluminado sentido de libertad, orientando el propio destino por caminos diferentes, sin exponerse a futuros divorcios o dolorosas rupturas.

Aunque tan joven -15 años sin cumplir no son demasiados años- Pío sabía lo que buscaba y lo que el noviciado le podía dar a lo largo del año de prueba, auténtico período de noviazgo con su prometida esposa, la Congregación. Entró de lleno en la dinámica del *conocimiento-descubrimiento-aceptación-o-rechazo*, teniendo la suerte de contar como mentor y maestro en la primera parte de su camino hacia la consagración total a un religioso con fama de santo que había sido compañero y amigo de S. Gabriel de la Dolorosa,

14. Summ. Positio super Virt. p. 128 §205.

según anteriormente dijimos. Bajo su dirección le resultó a Pío sencillo, fácil y agradable el año de noviciado.

Comenzó por hacer suya una virtud humana del todo necesaria en el novicio: la virtud de la sencillez o sinceridad. El novicio debe hacerse y sentirse cual blanda cera en manos de su formador. Su maestro debe poder fabricar con él y en él la imagen del auténtico religioso en el molde de las reglas del instituto en que el novicio desea integrarse. De aquí la necesidad de que en el punto de partida del noviciado el candidato a la vida religiosa descuelle por su sinceridad o sencillez.

Un religioso estudiante de Casale, cuando Pío era novicio, subraya precisamente la sencillez como virtud sobresaliente y llamativa en Pío Campidelli. He aquí el bello retrato que nos da de él: «Puedo decir esto de Pío: era de una simplicidad que yo admiré desde el principio. Era candoroso, sincero, y esta impresión la teníamos tanto yo como los demás compañeros. También el director hablaba de él con veneración, pese a ser un hombre de tanta rigidez... Era uno de los primeros en cumplir las Reglas y se mostraba ansioso por comprenderlas»¹⁵.

El ayudante del maestro en la formación de los novicios, un tal P. Mansueto, no ocultaba la admiración que le merecía el joven Campidelli y decía: «¡Qué bueno es este joven!»¹⁶. Por lo demás, del concepto en que le tenía su propio maestro habla bien claro el siguiente episodio. Terminado el noviciado, habiendo sido trasladado Pío a otro convento, el maestro tuvo que reprender a cierto novicio por una falta cometida y se lamentaba: «¿De manera que se han terminado ya los buenos novicios? ¡Pío sí que era un buen novicio pasionista, humilde, obediente, recogido!... Si vosotros no imitáis a Pío no llegaréis a ser novicios de verdad»¹⁷.

Los mismos novicios, exentos de todo género de envidia o falsa emulación, reconocían a Pío como el mejor y lo

15. Summ. Positio super Virt. p. 27 §82.

16. Summ. Positio super Virt. p. 83 §9.

17. Summ. Positio super Virt. p. 204 §476.

aceptaban como auténtico campeón en la carrera de la virtud en que todos pretendían competir como buenos. «Era tan fervoroso que los demás se lo proponían como modelo a imitar y hasta llegó a decir alguno de ellos haber aprendido la disciplina religiosa gracias a los ejemplos de Pío más y mejor que en virtud de las enseñanzas del maestro»¹⁸.

Uno de los compañeros de Pío llega a decir: «Después del maestro de novicios mi verdadero maestro fue Pío»¹⁹. Completa la estampa ejemplar de Pío Campidelli como novicio en Casale esta página de su ya citado compañero de los años de Casale, el P. Angel Luis, que con el tiempo llegaría a ser cotizado formador de futuros pasionistas: «Odiaba todo defecto y hasta las menores imperfecciones, siendo muy puntual en desear conocer lo que se debía hacer. En el coro, durante el rezo del oficio divino, le observé siempre atento y muy recogido, notándose que su compostura era efecto de su piedad. Tenía en gran estima su vocación. De él he oído hablar con veneración, tanto a sus compañeros como a sus superiores. Por lo que personalmente vi y también por lo que oí decir a los demás, siempre le consideré como uno de los modelos más perfectos de todas las virtudes religiosas y no me sorprendería lo más mínimo si el Señor le quisiera glorificar con signos extraordinarios»²⁰.

En este coro de voces elogiosas la única que parece disentir es la del propio Pío, que humildemente se admira del buen concepto en que era tenido. Con su acostumbrada sencillez manifestaba a uno de sus compañeros: «Oigo decir que soy tan bueno, pero la verdad es que a mí no me lo parece»²¹.

Valor muy particular tiene la opinión que Pío mereció del P. Norberto Cassinelli, director de S. Gabriel de la Dolorosa, encaminado, también él, a la gloria de los altares. Hablaba del joven Campidelli como de «un segundo S. Gabriel de la Dolorosa». De hecho, en el registro del novi-

18. Summ. Positio super Virt. p. 31 §98.

19. Summ. Positio super Virt. p. 93 §52.

20. Summ. Positio super Virt. p. 27 §84.

21. Summ. Positio super Virt. p. 6 §7.

ciado de Nuestra Señora de Casale, que recoge los nombres de los jóvenes recibidos en el noviciado, al lado del nombre de Pío Campidelli hay una nota marginal en que se nos asegura que Pío «falleció como un verdadero santo»²².

Un novicio, compañero de Pío, se veía reprendido con frecuencia por su maestro a causa de las faltas contra la disciplina del noviciado. A juzgar por la reacción que tuvo al ser reprendido se trataba de un muchacho inmaduro al que había que ayudar en su proceso de maduración, incluso con algún que otro castigo medicinal. El joven se quejó al superior estableciendo como punto de comparación la notoria diferencia de trato entre él y su compañero Campidelli.

—¿Por qué a mí todos los castigos y ninguno a Pío?

A lo que el superior respondió sabiamente:

—Pórtate como Pío y habrán terminado los castigos y reproches²³.

El ejemplo de Pío y su actitud recogida y al propio tiempo gozosa y sonriente, era un acicate y un estímulo para los jóvenes que le contemplaban. Algunos de estos jóvenes, viéndole a Pío se sentían como fascinados por la felicidad que parecía rezumarse de su persona. Uno de ellos, futuro sacerdote pasionista, el P. Raimundo de la Anunciación, nos refiere su propia experiencia a este respecto:

«Conocí a Pío de S. Luis cuando era yo todavía seglar, yendo frecuentemente al retiro de Casale, dada la escasa distancia de mi casa al mismo, y también porque me caía de paso al ir a la escuela y tenía inclinación hacia la vida religiosa con casi doce años de edad. Me dijo el director que había en el retiro un romañolo y obtuve permiso para hablar en diferentes ocasiones con Pío. A partir de entonces tengo la impresión de que me inspiraba veneración y que a la vez acrecentaba mi vocación al estado religioso. ¡Tan devota era su actitud, que sólo el verlo inspiraba devoción!»²⁴.

22. Summ. Positio super Virt. p. 30 §91.

23. Summ. Positio super Virt. p. 223 §538.

24. Summ. Positio super Virt. p. 109 §127-128.

Viaje al Calvario en el día de la profesión

Dos meses antes de terminar el año de prueba, decidieron los superiores trasladar los novicios de Casale al vetusto convento de S. Eutiquio en Soriano (Viterbo). Un cambio inesperado y demasiado brusco que, gracias a Dios, no afectó en nada ni a la salud física ni a la salud espiritual de Pío Campidelli. Dejar su querida Romaña y el dulce amparo de la Virgen de Casale tuvo que costarle algún sinsabor, pero de ello no tenemos la menor referencia. Pío acató el orden de los superiores y prosiguió serenamente la obra de su formación en la soledad de S. Eutiquio hasta llegar a la meta. El 20 de enero de 1883 el grupito de novicios, capitaneados por el maestro, P. Vidal, emprendió el incómodo viaje desde la Romaña hasta el Lacio, no lejos de Roma, que Pío nunca llegó a visitar.

Repetimos que el cambio de lugar y de maestro en nada alteró el proceder edificante de Pío. Podemos decir, más bien, que fue un motivo de más para que acentuara el fervor y se mantuviera vigilante sobre sí mismo en su camino de ascensión hacia Dios. En S. Eutiquio como en Casale prosiguió siendo el prototipo del novicio pasionista.

Se acercaba el día más feliz de su vida, el tan soñado día de la profesión. Siguiendo la comparación con que presentábamos el tiempo de noviciado como el del noviazgo para un enamorado, tiempo de mutuo conocimiento y descubrimiento entre el novicio y la Congregación, diremos ahora que el día de la profesión de los votos es como una boda o matrimonio: en este día el novicio y la Congregación se aceptan mutuamente sellando sus compromisos con la emisión y la aceptación de los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Nadie, ni en Casale ni en S. Eutiquio, había tenido la menor queja sobre el comportamiento de Pío. Muy al contrario, todos deseaban que llegara el día en que sería definitivamente aceptado como miembro de pleno derecho en la Congregación.

Cada tres meses, en cumplimiento de la legislación parti-

cular de la Congregación, debía reunirse la comunidad en capítulo para estudiar y evaluar el comportamiento del novicio, previa información del maestro y del personal encargados de la formación del mismo. En los cuatro capítulos celebrados durante el año, tanto en Casale como en S. Eutiquio, la crónica correspondiente registra este dato: «*Reunido el capítulo para tratar sobre la conducta de Pío de S. Luis, todos los Padres Capitulares emitieron voto afirmativo*»²⁵. Es de justicia subrayar que este «*todos emitieron voto afirmativo*» es una afirmación textual que se reitera, reunión tras reunión, hasta la última en que se le enciende a Pío la luz verde en el camino para que pueda emitir la profesión de los votos religiosos. La Congregación le admitía gozosa en sus filas y Pío podía cantar desde el fondo de su alma el «*magnificat*», suspirando porque amaneciera el día de su consagración. Pero surgió un inconveniente canónico que obligó a Pío a frenar sus anhelos en una forzosa espera. Acababa de cumplir 15 años de edad y la ley exigía taxativamente 16 como edad mínima para la validez de la profesión.

Era un contratiempo dolorosamente sensible para el joven Campidelli que «*no veía la hora en que por fin alborearía el día de su consagración a Dios con los santos votos*»²⁶. Pero aceptó resignadamente esta dilación como una nueva oportunidad que le brindaba la Providencia de Dios para una mejor preparación en el camino hacia la meta de su propio holocausto.

El 24 de julio regresó otra vez a Casale y el 29 de abril de 1884, cumplidos por fin los ansiados 16 años exigidos por los sagrados cánones, emitió los votos ante el altar de la Virgen de Casale, testigo de los fervores y ansias de santidad del joven novicio.

El ceremonial pasionista de la profesión es como una guía turística para un viaje al Calvario y está lleno de simbolismo. El Pasionista está llamado por vocación a ser ciudadano del Calvario. En el Calvario deberá fijar su morada. Del

25. Summ. Positio super Virt. p. 304-305.

26. Summ. Positio super Virt. p. 269, Doc. III.



San Pablo de la Cruz. Fundador de la Congregación Pasionista. El Beato Pío Campidelli se sintió muy orgulloso de ser su hijo y trató de seguir sus ejemplos.

Calvario saldrá por los caminos del mundo para anunciar a todos los hombres sus experiencias místicas al pie de la Cruz. Con el fin de que el pasionista viva más intensamente el sentido de su carisma y de su consagración y pueda cumplir con una mayor perfección su misión de misericordioso mensajero del Redentor durante toda su existencia, el día de la profesión se le lee el relato de la Pasión según S. Juan. Así el viaje al Calvario resulta perfecto y conmovedor.

Pío oyó ensimismado este relato, postrado ante las gradas del altar. Cuando se alzó, terminada la lectura, pronunció con voz clara y vibrante la fórmula de su propia consagración. Su transformación era ya completa y podía decir con el apóstol S. Pablo: *«Ya no soy yo quien vive sino que es Cristo el que vive en mí»...* *«lejos de mí gloriarme en otra cosa fuera de la cruz de Cristo»...* *«predicaré a Cristo y éste crucificado»...*

Alegría de la autorrealización

El joven que se ha prefijado una meta y llega a ella, al sentirse realizado, rebosa felicidad. Ninguna satisfacción es comparable en este mundo con la alegría de la autorrealización. Sentirse idéntico a sí mismo, saber que la vida responde en la escala de valores al proyecto largamente estudiado y por el que tanto se ha combatido, es lo que en el corazón de un joven infunde la sensación de mayor dicha, diríamos mejor la sensación de una auténtica victoria. Sin duda fue ésta la sensación de Pío en el día de su consagración a Dios con la emisión de los votos religiosos.

¡Qué lejos vivía Pío, gracias a Dios, de esas corrientes filosóficas modernas que tanta desesperación han sembrado y siguen sembrando entre la juventud! *«Una imagen de mi existencia —escribía Franz Kafka— pudiera ser un varal inútil cubierto de escarcha y nieve, fijo oblicuamente en la tierra, en un campo profundamente revuelto, en el lindero de una gran llanura, en una negra noche invernal. Nada tengo que comunicar a nadie. Mi evolución es más o menos semejante a la de un diente careado que se vacía y se arruina».*

Según el mismo Kafka «*todo es absurdo y vano, y la verdad más inmediata es que estás golpeando la cabeza contra el muro de una celda sin ventanas ni puertas*»: visto el mundo desde los horizontes recortados de la materia, acaso haya alguna razón en estas palabras sembradoras de desconsuelo, hastío y desesperación, sobre todo cuando oímos que Nietzsche, al borde de la locura, martillea sobre el mismo clavo: «*el mundo es una esfera de bronce, un eterno retorno a lo igual, que se nutre de los propios excrementos, en un total repliegue sobre sí mismo, sin otro género de nutrición...*».

Comprendo que los jóvenes que beben de la fuente de estas filosofías de la desesperación se sientan desorientados y terminen por alinearse en las filas de cualquier movimiento terrorista, después de haber matado en sí mismos la capacidad de amar, de confiar y de esperar. ¡Qué diferente fue la filosofía en que se formó la inteligencia de Pío Campidelli! ¡Qué diferente la fuente a la que se acercó a beber para saciar su sed de amor y esperanza! En la Cruz de Jesús encontró la razón de su existencia, en la fe en Jesús la razón profunda de su vida, en su consagración a Dios el gran proyecto existencial por el que vivió gozosamente, deseoso de hacer el mayor bien a cuantos le rodeaban...

DIOS EN EL PROYECTO DE CAMPIDELLI

Entre los libros anda Dios

Jonesco, creador del «teatro del absurdo», confesaba abiertamente que «*el mundo ha perdido la orientación. Y no es que le falten ideologías competentes para marcarle una dirección. El hecho es que estas ideologías no conducen a ninguna parte. Los hombres giran en el vacío dentro de la jaula de su planeta porque han olvidado que debemos alzar la mirada al cielo. Desde el momento en que sólo desean vivir, resulta imposible vivir. ¡Mirad en torno vuestro!*». Nos duele aceptar esta trágica verdad, pero, admitámoslo o no, desde el momento en que miramos demasiado a la tierra como definitiva sede del paraíso y nos olvidamos de mirar al cielo y contemplar la realidad de un Dios, Creador y Padre, caminamos abocados al abismo.

Urge volver a Dios de la manera sencilla como lo hicieron los santos. Ir a Dios como lo hizo nuestro joven Pío Campidelli. Es ya clásico el dicho de Santa Teresa de que entre los pucheros anda Dios. No sólo entre las estrellas y los grandes astros que se mueven en el firmamento. También entre los pucheros. La gran mística, dotada de una colosal fe

y de un enorme sentido práctico, sabía una cosa tan sencilla como ésta y la enseñaba a sus monjitas y a cuantos le querían: que no hay en la vida humana situación o postura posible en que el Dios-Amor en quien creemos los cristianos no pueda tener cabida como en casa propia.

Diríamos que Dios, desde que quiso plantar su tienda entre los humanos, se encuentra cómodo a nuestro lado, lo mismo junto al zapatero remendón con sus leznas y martillos o junto al barrendero con sus cubos y escobas o junto al cocinero con sus sartenes, cacerolas y pucheros. Dios no tiene preferencias. De tenerlas por alguien, las tendría por el pobre y por cuantos se ganan la vida con el sudor de su frente en el trabajo. En realidad se complace en estar al lado del hombre, tanto si éste se dedica a los altos vuelos de la contemplación y de la vida espiritual como si, entregado al trabajo de la mañana a la noche, hace del mismo trabajo una manera concreta de orar.

Para Pio Campidelli, a partir de su profesión, Dios anda sobre todo entre los libros y desde los libros reclama su amor que deberá volcarse un día en las almas por los cauces del apostolado. La principal tarea de Pío, su primera obligación después de haber emitido la profesión, era la de estudiar hora tras hora para prepararse al sacerdocio y al anuncio del misterio salvador de la Cruz como misionero itinerante, supuesto que la Providencia le concediera coronar felizmente sus estudios.

De su casa de Trebbio no había llevado al convento un gran bagage intelectual. Si que había hecho los estudios primarios en la escuela comunal y había recibido algunos rudimentos de latín. Pero nada más. Ahí empezaba y terminaba su escolaridad. Ahora, emitida ya la profesión religiosa, bajo la guía de buenos profesores, tenía que estudiar la filosofía, la teología, la patrología, preparándose para lo que Dios dispusiera de él en el futuro.

Con el mismo empeño con que se entregó desde el primer día del noviciado a la profundización de la vida religiosa y al cultivo del espíritu en la oración, la lectura de los libros santos y la reflexión, se consagró ya profeso a estudiar aquellas asignaturas que le preparaban para el mi-

nisterio sacerdotal y misionero, a sabiendas de que así secundaba los planes de Dios.

Cuantos le trataron de cerca o convivieron con él en esta época dicen que Pío fue tenaz y constante en el estudio como lo había sido también en tantas otras manifestaciones de su vida. Y ésta, que fue una nota característica de su personalidad, la constancia, el tesón, le ayudó sobremanera a seguir los cursos académicos sin tropiezo y con excelentes resultados.

No podemos decir que fuera una inteligencia sobresaliente, pero sí que destacó entre los más aventajados. De sus años de estudiante en Casale afirma un compañero suyo que «*si bien no era de gran inteligencia salió, no obstante, a flote en los estudios*»¹.

El P. Alfonso de S. Luis, compañero de Pío, añadió a su testimonio verbal de los Procesos una relación escrita que contiene preciosas noticias de incalculable valor para nosotros. Refiriéndose a Pío en su vida de estudiante dice: «*Si bien no había recibido un ingenio sublime por naturaleza sino más bien ordinario, merced a su constante aplicación y al aprovechamiento de sus talentos, jamás desmereció entre sus compañeros dotados de mayor ingenio, antes bien, con su continua aplicación, aguzó la inteligencia y consiguió penetrar muy a fondo en la doctrina filosófica y teológica. Pese a no haber vivido en un ambiente propicio para desarrollar sus conocimientos científicos, se fue perfeccionando, sin embargo, cada vez más y acrecentó y amplió su saber hasta el punto de que los superiores pensaban que con el tiempo llegaría a ser un óptimo profesor*»².

Otro compañero suyo sigue contándonos: «*Yo fui compañero suyo de estudio. No era de ingenio extraordinario, pero sí más que mediano. Entregado de lleno al estudio, y de esto soy testigo ocular, no perdía ni un minuto de tiempo, por lo que destacaba entre los mejores*»³. Evidentemente había

1. Summ. Positio super Virt. p. 84 §14.
2. Summ. Positio super Virt. doc. 1, p. 287.
3. Summ. Positio super Virt. p. 112 §134.

una razón profunda para que Pío, sin ser de inteligencia superior, ocupara, sin embargo, en los estudios un puesto entre los más sobresalientes. Esta razón profunda —nos dice el citado compañero— no podía ser otra sino su convencimiento de estar obligado al estudio para cumplir con el deber, con miras a desempeñar eficazmente en el futuro la misión que el Señor tuviera a bien encomendarle.

Clima de serenidad

En el estudio como en el cultivo de la vida interior nada ayuda tanto como un ambiente sereno, sin estrepitosas alteraciones, entre alumnos de la misma edad, dedicados a idénticas tareas y atraídos por iguales ideales. Este fue el caso de Pío en sus años de estudiante en Casale. Nada en aquel retiro le distraía de su principal tarea. La soledad del sitio y la paz del convento le estimulaban al trabajo, como le estimulaba también, y mucho, el grupito de compañeros atraídos, como él, por la idea de llegar a ser un día válidos y esforzados misioneros.

Este clima de serenidad se reflejaba hasta físicamente en Pío que continuó siendo el joven dulce y alegre que anteriormente hemos conocido. «La dulzura y la santa alegría puede decirse que fueron sus notas características. Otra nobilísima virtud muy destacada en él era el candor de sus costumbres, su sinceridad, su sencillez, y como dichas virtudes puedo decir que le adornaron todo el tiempo que le conocí, podría asegurar por ello que la misma diuturnidad y constancia son prueba de su heroicidad y santidad»⁴.

Quien así hablaba, en términos tan precisos, era el P. Salvador, compañero de Pío y más tarde futuro Superior Provincial.

Acá y allá se repite en el Proceso como nota característica de Pío durante su breve existencia que «estaba siempre

4. Summ. Positio super Virt. p. 225 §553.

alegre y sonriente»⁵. «Su virtud más llamativa era la sencillez y el candor»⁶.

La alegría que parecía inundarle y la gran serenidad que emanaba de él como una especie de onda expansiva de su candorosa sencillez le granjeaba la simpatía de los demás, que buscaban su compañía y su amistad. Más de un espíritu agitado recobró a su lado la paz. Más de una vocación vacilante se fortaleció con su ejemplo.

De sí mismo cuenta el P. Raimundo, que recibía algunas lecciones en los Pasionistas de Casale. Era joven y trataba de descubrir su vocación. Recuerda que «deseando ardientemente ver a los estudiantes, no volvía contento a casa si no conseguía estar con Pío quien me impresionaba de manera especial. Con sólo verle sentía una particular fascinación ante la virtud de este joven y decía: 'También yo soy romañolo pues he nacido cerca de Casale, como también él es romañolo'»⁷.

Este testimonio delicadamente humano, al tiempo que nos habla de la bondad serena y gozosa que emanaba de la persona de Pío, nos pone en la pista de su amor a la región en que había nacido y a sus hijos. «Cuando todavía era muchacho seglar —sigue diciéndonos el citado P. Raimundo— el director, P. Felipe, me dejaba estar con Pío en la sacristía; al decirle que también yo aspiraba a ser pasionista, Pío me sonreía y se manifestaba contento porque otro romañolo deseaba hacerse religioso»⁸.

Donde estaba Pío imposible no sentir algo así como el aleteo o la caricia suave de la paz. Si alguna vez surgía alguna discusión entre el grupo de estudiantes y se acaloraban los ánimos más de la cuenta, Pío se las ingeniaba para devolver al ambiente la perdida calma. «Cuando surgía en la recreación alguna pequeña desavenencia entre los compañeros estudiantes él hacía de pacificador»⁹. Utilizaba en estas ocasiones

5. Summ. Positio super Virt. p. 19 §50.
6. Summ. Positio super Virt. p. 64 §230.
7. Summ. Positio super Virt. p. 36 §112.
8. Summ. Positio super Virt. p. 36 §112.
9. Summ. Positio super Virt. p. 18 §49.



«Recibido el hábito de la Pasión se sintió feliz con el uniforme de los misioneros pasionistas».

nes un resorte o procedimiento muy personal para evitar salidas de tono en las conversaciones o en el trato interpersonal del grupo estudiantil: «Tenía una gracia especial para recordar a los compañeros pasajes de las Escrituras evitando así que se hablara de cosas mundanas o de sí mismos»¹⁰.

Un compañero suyo de noviciado, más tarde sacerdote diocesano, D. José Ricci, confiesa que «la sencillez y rectitud informaban sus acciones siendo tan llamativa su ingenuidad que podía decirse de él que en verdad era un alma transparente»¹¹. «Nunca le vi hastiado de la vida comunitaria. Siempre estaba sereno y sonriente»¹².

Nos hubiera gustado poseer una fotografía en directo de Pío en su época de estudiante, después de la profesión, pero habían de pasar todavía muchos años para que las modernas técnicas del retrato alcanzaran el auge de nuestros días. Podían haber hecho de él ciertamente un retrato por lo menos después de la muerte, encomendando este trabajo a un buen pintor. La fama de santo que le había rodeado en vida y que le acompañó cada día más en auge después de la muerte parecían exigir este detalle.

De hecho su director, P. Salvador, que para no olvidarse de él había escrito en su atril del coro un saludo-invocación en que le calificaba de «ángel del paraíso», y se reservó como reliquia el signo o escudo pasionista que llevaba al pecho y el crucifijo de la profesión¹³, murió con la amargura de «no haber dejado a la Congregación el retrato de Pío»¹⁴.

Lo que sí nos dejó fue una detallada descripción de la que nosotros aquí y ahora recogemos estos rasgos, trasladando al pie de la letra el contenido del documento presentado por el P. Salvador en los Procesos.

«Tenía aspecto a la vez amable y angélico. Su rostro era más bien apacible y de forma oblonga, tez blanca, pómulos salientes y un tanto rubicundas las mejillas. Sus ojos eran

10. Summ. ibíd.
11. Summ. Positio super Virt. p. 79 §297.
12. Summ. Positio super Virt. p. 121 §178.
13. Summ. Positio super Virt. p. 30 §90.
14. Summ. Ibíd.

grandes, negros, vivos, y traslucían la inocencia y serenidad de su espíritu. La frente no era espaciosa, la nariz sí bastante grande, aquilina, los labios siempre en disposición de sonreír, los dientes bien proporcionados, el mentón pequeño y bien proporcionado»¹⁵.

El buen Padre, nostálgico de su santo discípulo, termina asegurándonos que la fisonomía de Pío tenía externamente algún parecido con la conocida de S. Luis Gonzaga de quien Pío fue espiritualmente fidelísimo imitador. «Pío se acerca mucho en su fisonomía –nos dice– (como también en sus costumbres y en otros aspectos de su vida) a la fisonomía del angélico joven S. Luis Gonzaga, cuyo nombre, con muy buen acuerdo, se había reservado para su apellido de religión»¹⁶.

La única referencia que conservamos sobre la estatura de Pío en el momento al que se refiere la anterior descripción se remonta al año 1923 en que tuvo lugar su exhumación del cementerio comunal de S. Vito y el traslado a su enterramiento de la iglesia-santuario de Casale. Depone el P. Pío de Nuestra Señora del S. Corazón: «Estaba sepultado en tierra, sin ninguna inscripción, con una pequeña cruz en el suelo, y el corazón, distintivo de nuestra Congregación. No podía haber confusión entre los huesos de Pío y los del cadáver del P. Víctor, éste pequeño de estatura, mientras que Pío medía 1,75 de altura»¹⁷.

Fidelidad en todo

La vida de estudiante de Pío está caracterizada, como se ha dicho ya, por el tesón y la constancia. Igualmente, su vida de religioso profeso a nivel espiritual se caracteriza por la fidelidad, sin alternativas de generosidad menguante o tem-

15. Summ. Positio super Virt. p. 240-41 §31.

16. Summ. Positio super Virt. p. 210 §502.

17. Summ. Positio super Virt. p. 111 §130.

porales altibajos depresivos, tan propios de la psicología juvenil en camino hacia la madurez.

Pío entendió la fidelidad como una actitud espiritual de perseverante magnanimidad, llevada hasta sus últimas consecuencias en las dos vertientes fundamentales de la existencia de un joven que desea prepararse para el sacerdocio misionero en la Congregación Pasionista: el estudio y la piedad.

Aludiendo a esta fidelidad de Pío, los testigos lo recuerdan frecuentemente en los Procesos como un religioso joven en cuanto a los años, pero muy maduro en cuanto a la virtud. Por iniciativa y convencimiento propio y no porque se viera sometido a la vigilancia de los superiores o a las presiones ambientales de la vida comunitaria «estimaba en sumo grado la Regla y las Constituciones de la Congregación cumpliéndolas en todo, de forma irreprochable. Respetuosísimo con los superiores y enteramente dócil, era muy afable, bondadoso y caritativo con sus compañeros, prestándose con gusto a ayudarles, siempre sonriente y rebosando amabilidad. Brillaba por su humildad, y su porte modesto y angelical era fiel reflejo de la pureza de su corazón»¹⁸.

Es del todo natural que siendo el comportamiento de Pío tan ejemplar la comunidad entera se hubiera forjado en torno a él las más halagüeñas esperanzas.

De hecho, todos, superiores y compañeros, le tenían en muy elevado concepto. Remedando lo que se dice de Jesús en el Evangelio y guardando, por supuesto, las debidas distancias, alguien afirma de él en los Procesos que «todo lo hizo bien». «Cumplió con perfección todos los deberes de su estado y trabajó sin descanso en su crecimiento espiritual, dedicado al recogimiento, la oración y la práctica fiel de la observancia religiosa... Nada se diga ya de su diligencia en llevar a la práctica los deberes del buen estudiante religioso... Su esmero por adelantar en las letras era equivalente al que ponía en avanzar espiritualmente»¹⁹.

18. Summ. Positio super Virt. p. 266-27 §82.

19. Summ. Positio super Virt. p. 30 §90.



S. Gabriel de la Dolorosa (Possenti) cuya vida y virtudes emuló, ya pasionista, el Beato Pío Campidelli: estudiantes pasionistas los dos, son un perfecto modelo para nuestros jóvenes de hoy y de siempre.

El director que más largo tiempo le tuvo bajo sus cuidados de guía espiritual fue el P. Salvador de la Inmaculada a quien debemos, muy resumida por desgracia, la mejor semblanza de Pío en sus años de vida religiosa. El P. Salvador fue su director en los cuatro años de la vida religiosa del joven y pudo, por ello, comunicarnos mejor que nadie el punto de madurez espiritual al que había llegado Pío antes de concluir su breve carrera terrenal. El P. Salvador era conocido por su gran austeridad y difícilmente prodigaba elogios a nadie. Pero a Pío, su discípulo, no recelaba de proponerlo *«como modelo de los demás estudiantes llamándolo joven angélico, alma inocentísima, santo joven»*²⁰.

Otro de sus directores, fácilmente irascible y con marcada tendencia a ver y resaltar los defectos de sus discípulos, solía responder con acritud a los estudiantes. Con Pío, sin embargo, se mostraba suave y afable. *«Bastaba que Pío le dijera una palabra para que suavizara su actitud, verificándose así el dicho del Espíritu Santo: 'Una respuesta dulce quebranta la ira'»*²¹.

Ya durante su vida, pero particularmente después de su muerte, los sacerdotes que se dedicaban a la formación de los futuros pasionistas proponían a sus alumnos el ejemplo de Pío en línea de igualdad con el futuro S. Gabriel de la Dolorosa. A un joven que, por lo que se ve, sentía gran dificultad para vencer la tentación del sueño, le solía decir su director: *«Trata de sacudir el sueño imitando el ejemplo que aquí precisamente nos dejó Pío de S. Luis quien, a pesar de estar enfermo, se mantenía en tensión y cantaba con brío a mayor gloria de Dios»*²².

Un estudiante recuerda que su director, un tal P. Fernando, *«hablaba con frecuencia a los estudiantes acerca de Pío y se lo proponía como ejemplo de regularidad, obediencia y devoción a la Virgen. Incluso nos lo proponía como ejemplo más frecuentemente que a S. Gabriel... Entre tantos estudian-*

20. Summ. Positio super Virt. p. 203 §470.

21. Summ. Positio super Virt. p. 210 §500.

22. Summ. Positio super Virt. p. 202 §465.

tes de vida más ejemplar, sólo él era recordado y distinguido en pie de igualdad con S. Gabriel»²³.

Subida al monte santo

Invitados por el Maestro a la perfección, los cristianos de cualquier edad o condición deben fijar su mirada en Dios intentando reflejar su santidad en su propia vida. «*Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial*», proclamaba Jesús. Ya desde muy antiguo, la ascética y la mística cristiana han plasmado gráficamente la perfección a que estamos invitados en el símbolo de una alta montaña, «el monte santo», a cuya cima se nos invita a escalar. Los santos son escaladores afortunados del monte santo de la perfección. Para Pío esta escalada comenzó muy pronto y sabemos que tomó muy en serio su condición de escalador o alpinista hacia la perfección de Dios.

Sobre todo se manifestó esforzado e incansable escalador del monte santo de la perfección a partir del ingreso en el noviciado. Para ello se valió de los abundantes y eficaces medios que le brindaba la Regla pasionista, al igual que el sereno ambiente del retiro en que estaba enclavado el noviciado al amparo de Nuestra Señora de Casale.

Las etapas de su escalada son certeras y seguras. En ningún momento le vemos cansado o descorazonado. Continúa en todo instante la ascensión sin que la fatiga le acobarde ni el vértigo le maree con peligro de rodar en el abismo. A cada hora, a cada día, un paso más, siempre adelante, nunca hacia atrás, bien asido a la roca firme de una confianza ilimitada en la ayuda de Dios. Pío llevaba muy metido en el corazón un principio ascético muy en boga por aquellos días en la formación de los jóvenes novicios: «*Quien no avanza retrocede*». Había que esforzarse entonces por avanzar con paso certero y siempre en colaboración con la gracia por

23. Summ. Positio super Virt. p. 255 §59-62.

aquel camino que llevaba a las altas cumbres del monte de la perfección.

Pío tenía la feliz costumbre de escribir, bien puntualizados, los propósitos que hacía en sus ejercicios espirituales anuales. Aunque desgraciadamente hemos perdido los originales de estas vivencias espirituales del santo estudiante, su director, el P. Salvador, nos ha transmitido copia fiel de algunos apuntes, muy escasos, ciertamente, pero preciosos, que nos permiten conocer, si no todos, sí al menos algunos de los medios que utilizó Pío para ayudarse en su ascensión hacia Dios durante los tres últimos años o etapas de su vida, antes de morir en 1889.

Los recogemos tal cual los registra el P. Salvador, adelantando que de ninguna forma los podemos considerar como una síntesis completa de los medios empleados por Pío para llegar a la perfección, sino más bien como puntos luminosos que señalizan el camino de su bien organizada vida espiritual.

Propósitos de 1887²⁴

1. «*Ayudado por tu gracia propongo, Dios mío, mantenerme durante la jornada unido lo más posible a ti haciendo frecuentes actos de amor e intentando, al realizar cada acción, que sea del agrado de Dios.*
2. *Propongo además, Dios mío, con tu ayuda, no mirar a la cara a las personas de diferente sexo haciendo frente a los asaltos del enemigo, a fin de conservar intacto el voto de castidad. Pero, Dios mío, no me dejes de tu mano porque ¿qué cosa pudiera hacer yo sin tu ayuda? No haría otra cosa sino ofenderte. Tú Dios mío, conoces mi miseria. ¡Ayúdame entonces! Jesús mío, me refugio en tu costado abierto y en él espero verme a buen seguro venciendo las exigencias*

24. Summ. Positio super Virt. p. 257 §63-66.

de la carne. *María Santísima, depósito en tus manos mi voto de castidad y el propósito que ahora formulo. Reina de las vírgenes, ayúdame a conservarlo, ya que si tú no me ayudaras caería ciertamente víctima de mis enemigos. Yo, Madre mía María, pongo mi propósito en tu pecho. Consérvamelo cual preciosísima joya para mí. S. Pablo de la Cruz, ayuda a este tu indignísimo hijo e intercede por mí ante Jesús para que pueda observar exactamente cuanto he prometido.*

3. *Auxiliado por tu gracia, propongo además, Dios mío, obedecer prontamente a mis superiores en todo, como si fueras tú mismo quien me mandas, sin permitirme decir para mis adentros: ¿Por qué yo y no otro? Obedeceré ciega y alegremente».*

Sin la menor intención de hacer un estudio en profundidad sobre estos propósitos, sólo nos permitiremos destacar una circunstancia en esta primera acotación o piedra miliaria de la escalada de Pío hacia la cima del monte santo.

Se ve a las claras que estamos en presencia de un joven absolutamente normal que un día se acostó niño para despertarse hombre con el amanecer, justamente en el momento en que emitía sus votos religiosos. Siente el aguijón de la carne que exige sus derechos. Siente también la dificultad que entraña para él el voto de castidad y el de obediencia.

De aquí el especial énfasis que pone en la modestia de los ojos como medida de salvaguardia de la castidad. Sin duda experimentaba avasallador el instinto sexual, sagrada fuerza que Dios pone en el joven como una invitación a ayudarlo en la obra procreadora y prolongadora de la vida en el mundo. Pero Pío, consciente de lo que hacía, había renunciado por un bien superior a este sagrado impulso natural, para sentirse más libre de todo estorbo en el servicio de Dios y de los hermanos. El sacrificio estaba hecho, pero se le planteaba la lucha de su carne joven, por lo que, deseando mantenerse fiel al compromiso aceptado, puesto que la carne es flaca, su oración se hace grito confiado invocando la ayuda de Dios y de la Virgen, Reina de la Pureza.



Inflamado en amor a Jesús, a María y a la Iglesia, emitió Pío la profesión religiosa en la Congregación Pasionista.

Propósitos de 1888²⁵

Antes de formular los propósitos de este año eleva Pío una súplica en que humildemente se manifiesta deudor ante la bondad de Dios por no haber cumplido cuanto el pasado año había prometido. Quien, como Pío, aspira a una mayor perfección, jamás se conforma con la cota alcanzada. Sus aspiraciones se hacen cada vez más ardientes. Desearía verse siempre más cerca de Dios, más metido en la hoguera de su amor. Y la conciencia de sentirse todavía a tanta distancia de la infinita perfección de Dios, le hace acusarse de culpa allí donde sólo existe una normal limitación, hija de la humana poquedad. Pío había cumplido sus propósitos a juzgar por la tensión espiritual en que siempre vivió según atestiguan cuantos le conocieron, incluidos sus directores y padres espirituales. Lo que pasaba era que en todo momento y cada vez con más ímpetu aspiraba a una santidad más excelsa en la práctica del amor. Escuchemos sus palabras:

«También este año me postro, Dios mío, a tus pies para formular mis propósitos. Pero siendo tan miserable, concédeme la gracia de cumplir los que me dispongo a hacer, no comportándome como el pasado año en que prometí tantas cosas y no las cumplí con la debida perfección. Por lo mismo, Dios mío, renuevo los propósitos del año pasado, esperando llevarlos a la práctica con tu ayuda. Pero hago también los siguientes, y contando con tu auxilio me esforzaré con todas mis fuerzas en cumplirlos.

1. *Seré más caritativo con mis hermanos y siempre interpretaré bien sus acciones, les excusaré, les ayudaré y trataré con ellos con la mayor afabilidad. Ya que esto de no juzgar bien de las acciones de los demás nace de la mucha estima que tengo de mi propio juicio, ayudado de tu gracia me esforzaré, Señor, por someter mi juicio al de los demás, especialmente al de mis superiores.*

25. Summ. Positio super Virt. p. 257 §67.

2. *En segundo lugar, asistido de tu gracia, deseo, Dios mío, mortificar mi curiosidad. No curiosaré entonces sobre quién sale del retiro o quién llega al mismo y sobre muchas otras cosas que bien sé yo. Siendo tanta mi miseria te pido, Dios mío, que me ayudes.*
3. *Puesto que la ejecución de los propósitos depende de hacer bien la oración, me esforzaré por atender con el mayor cuidado a este ejercicio».*

El año anterior Pío cargaba el acento sobre la pureza y la obediencia. Este año lo carga en el amor propio y la curiosidad, defectos muy comunes en el proceso de maduración del joven que, peldaño tras peldaño, sube las gradas de la edad evolutiva hacia la adultez psicológica. El joven virtuoso, imaginativo por joven, corre el riesgo de confiar demasiado en su propia valía y al mismo tiempo el de juzgar con una cierta acritud las acciones de los demás cuando se apartan de sus esquemas mentales. Es lo que Pío parece detectar en sí mismo y se propone vencer esta dificultad connatural a sus años. Trata también de vencer el riesgo de la excesiva curiosidad, por conceptualarla enemiga declarada de la vida de íntima unión con Dios.

Propósitos de 1889²⁶

Los ejercicios de 1889 fueron los últimos de su vida y sus propósitos de este año recogen, por lo mismo, el postrer golpe de buril o la postrera pincelada de la imagen de su propio proyecto existencial y de sus anhelos por responder magnánimamente a las exigencias de su vocación.

Obediencia, mortificación, caridad: es como una especie de triple blanco al que apuntará sin descanso hasta lograr hacer diana. Como base o punto de partida, como inspiración y estímulo en sus esfuerzos para ser caritativo, mortificado y obediente, se compromete a «recordar con frecuencia

26. Summ. Positio super Virt. p. 259 §69.

la *Pasión santísima de Jesús*». Es evidentemente un intento de buscar la unidad inspiradora y carismática de su vida en el punto central que debe inspirar la contemplación y la acción de todo pasionista.

«Jesús —dice— heme aquí una vez más a tus plantas, también este año, para formular mis propósitos, lleno de confusión por no haber llevado a la práctica con la debida diligencia los del año anterior. ¿Qué cosas tendré que hacer, mi buen Jesús? Postrado a tus plantas no se me ocurre hacer otra cosa sino pedirte humildemente perdón por mi pasada negligencia, prometiéndote observar con mayor exactitud los mismos propósitos en el porvenir. Sí, Jesús, renovando mis propósitos de los años anteriores, propongo ahora con tu ayuda ser en adelante:

1. *Más obediente, descubriéndote a ti en la persona del superior.*
2. *Mortificar más intensamente por tu amor la curiosidad, los caprichos, la comida.*
3. *Seré más caritativo con mis hermanos y esperando conseguirlo si mortifico mi juicio y me mantengo humilde, intentaré con tu ayuda, Jesús mío, ser humilde y mortificar mi juicio, sometiéndome al de los demás. Me acordaré, Jesús, con frecuencia, de tu santísima Pasión, ya que considerando tus acerbísimas penas, soportadas por mi amor, me mortificaré con más facilidad a mí mismo y venceré mis pasiones.*
4. *Dado que no he observado bien los propósitos de los años anteriores de los que me he acordado muy poco, haré lo posible, ayudado por tu gracia, por acordarme de los actuales leyéndolos al menos cada dos domingos y examinándome si los he observado o no. ¡Amado Jesús mío! Tú conoces mi miseria y mi tibio amor hacia ti. Vigorízame con tu gracia y fortalece mi voluntad, concediéndome por los méritos de tu Pasión poder cumplir fielmente lo prometido. María, Madre de la Santa Esperanza, Madre de la divina Gracia, ruega por mí».*

Joven de mucha vida interior, Pío era al mismo tiempo un espíritu que sabía ser práctico. No le gustaba vivir de puras fantasías. Puesto que se trataba de llegar a la imitación de Jesús de Nazaret, que le había llamado a seguirle en la Congregación pasionista, repetía machaconamente los mismos propósitos cuantas veces fuera menester para llegar a la meta. Pero no se olvidaba de poner también en práctica aquellos medios que, por vulgares, hubieran pasado a otros desapercibidos. El, en cambio, los tenía muy en cuenta y los consignaba por escrito para no olvidarse y obligarse más en serio en su cumplimiento: *«Para no olvidarme de los propósitos los leeré cada dos domingos y me examinaré sobre su cumplimiento».* ¡Cuánto nos ayudaría a todos en nuestra vida espiritual imitar a Pío, reiterando los mismos propósitos las veces que fuere menester, escribiéndolos con detalle, releyéndolos cada cierto tiempo y haciendo examen de conciencia sobre la observancia de los mismos!

Camino hacia la introspección

Para ayudarse a proseguir sin desmayo la escalada hacia el monte santo, Pío se trazó en una serie de nuevos propósitos un camino básico de examen de conciencia e introspección. Este plan o conjunto de nuevos propósitos nos lo transmitió en dos pequeñas tarjetas redactadas a lápiz, cuya copia se la debemos también a su director espiritual.

Primera tarjeta.—Registra algunos puntos de interés para vivir limpiamente en castidad:

1. *Frenaré la vista, especialmente cuando salgo a pasear e incluso en la iglesia, cuando ciertas personas me hacen alguna pregunta.*
2. *Me mortificaré en las cosas pequeñas, contrariando mis caprichos, curiosidades y cosas por el estilo. También me mortificaré en la comida.*
3. *Cuando me asalte algún mal pensamiento recurriré a Jesús y María, pronunciando sus santísimos nombres y pidiéndoles me socorran y me ayuden.*

4. *Durante el día, en la recreación, haré por no disiparme y con este fin elevaré con frecuencia la mente a Dios, sometiéndome a los demás y mortificándome. De esta forma, al volver a la habitación después del recreo, encontrándome el enemigo recogido, no me tentará y si me tienta lo venceré con facilidad. Leeré con frecuencia este plan de vida y me examinaré sobre el mismo»²⁷.*

Segunda tarjeta.—Acentúa las líneas de fuerza de su plan de vida y apunta hacia nuevas perspectivas de introspección.

1. *Tengo que mantenerme atento para obedecer, sincera y gozosamente.*
2. *Me preocuparé de hacer la preparación remota para la oración mental, guardando con exactitud el silencio...*
3. *Me impondré alguna mortificación en la mesa y purificaré la intención cuando voy a comer.*
4. *Evitaré la curiosidad de saber esto o aquello o de oír esto o lo de más allá.*
5. *Soportaré pacientemente los desplantes que se me hagan.*
6. *Me mantendré en guardia para no secundar las apatencias de la carne, me mortificaré y no prestaré oídos a las sugerencias del enemigo a favor de mi cuerpo.*
7. *Repetiré con frecuencia actos de amor a Dios.*
8. *Evitaré amar con exceso mi propio juicio.*
9. *Procuraré someterme con mayor perfección a mis superiores.*
10. *Cumpliré con alegría lo que se me manda y contrararé mis gustos.*
11. *Me mantendré vigilante para observar perfecto silencio durante las horas establecidas.*
12. *Durante el recreo me esforzaré por mantenerme jovial con mi compañero y me someteré al mismo.*

27. Summ. Positio super Virt. p. 260 §70-73.



Convento de S. Eutiquio donde el Beato completó en su última etapa el año del noviciado: fue su única salida de la Romaña en toda su corta vida.

13. *Me retiraré a la habitación apenas suene la señal del descanso»²⁸.*

Sin duda Pío tuvo que luchar generosamente para mantenerse fiel a estos compromisos, precioso ramillete de propósitos y resoluciones en que, al tiempo que se observa su deseo de santificarse más y más, se echa de ver que no nació santo sino que se santificó a base de un esfuerzo continuado y una gran magnanimidad en estrecha colaboración con la divina gracia. Dios, que le había llamado a su servicio, no dejó de ayudarle en la subida al monte santo. Tampoco él, que tan tempranamente había respondido a la divina invitación, dejó de secundar con ánimo esforzado las solicitudes del divino querer hasta el último instante de su vida.

28. Summ. Positio super Virt. p. 260 § 70-73.

6

Y EL CAMINO DEL PROYECTO SE HIZO AL ANDAR

Hacia el yo ideal

Todo joven, mirado como proyecto de vida desde el plano de la familia, la sociedad o la religión, partiendo de lo que es (el yo real), proyecta lo que quiere o debe ser (el yo ideal) y emprende el camino hacia su realización, ayudado u obstaculizado por el medio ambiente en que vive, con las naturales connotaciones de pros y de contras.

El choque es a veces brutal y traumático porque son casi infinitos los caminos que se le brindan al joven-proyecto tratando de arrastrarle: ideologías, partidos, experiencias diferentes, luchas, contraposiciones... ¡una auténtica torre de Babel!

¿Cuál será el camino más seguro? —se pregunta no sin angustia el joven-proyecto. Pero nadie o muy pocos saben o quieren responder a ciertas preguntas fundamentales que el joven, como todo ser inteligente, se plantea sobre la vida, el dolor, la muerte, el sentido último de la persona y del mundo.

Inspiradamente habló el Concilio Vaticano II de esta

situación en su Constitución sobre la presencia de la Iglesia en el mundo. «¿Qué es el hombre? ¿Cuál el significado del dolor, del mal, de la muerte, que pese al progreso continúan subsistiendo? ¿Qué hay después de esta vida?»¹.

Hubo un Hombre-Dios, Jesús de Nazaret, que dio respuestas seguras a estas preguntas y que históricamente ha venido arrastrando sin interrupción a millares de hombres, jóvenes y viejos, hacia la realización de un proyecto de vida en libertad y autenticidad, tratando de hacer del mundo una gran familia de hermanos. Es el proyecto cristiano en que cada uno de los seguidores de Jesús tiene una misión importante que cumplir siendo luz que ilumina y sal que preserva.

Pío Campidelli, llamado por Jesús a pertenecerle en la Congregación de los Pasionistas, se entregó a El sin cortapisas como proyecto personal, para contribuir a la realización del gran proyecto evangélico de un mundo mejor en que todas las preguntas fundamentales de la vida tuvieran respuesta cabal.

Pío sabía una cosa tan sencilla como ésta: que ante el hombre-proyecto se abre un camino que debe hacerlo él mismo, por supuesto con la amable compañía de Dios y la asistencia de los hermanos. No es un camino que pueda ni deba hacerse en solitario. Es un camino para hacerlo en compañía. Como el camino en que a los discípulos de Emaús se les unió el misterioso desconocido en quien reconocieron al Maestro Resucitado en la fracción del pan. Un camino maravilloso lleno de inédita novedad que se debe hacer a cada momento y a cada hora del día. Como diría el poeta Machado «un camino que se hace al andar»:

*«Caminante, no hay camino,
se hace el camino al andar.
Al andar se hace el camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.»*

1. Gaudium et Spes, n.º 10.

*Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar»².*

Como todo camino, el de Pío tuvo sus piedras miliarias que lo fueron señalizando desde su punto de partida hasta la meta. Piedras miliarias que fueron al propio tiempo puntos de referencia para seguir con ojo atento, sin desviarse, el proceso de maduración en medio de los muchos condicionamientos biológicos, psicológicos, genéticos o sociales que atentan de continuo contra la realización adecuada del propio yo como proyecto vocacional.

En este capítulo intentaremos detectar y acotar, en el camino de la realización vocacional de Pío Campidelli, una tras otra, las principales piedras miliarias que no sólo señalaron su carrera existencial sino que le ayudaron a realizarse gozosamente en su vocación.

Dios: cercanía y confianza

Le hemos visto a Pío crecer desde niño orientando su vida hacia Dios, conducido por una especie de instinto que aumentó y fue afirmándose en él con el correr de los años. Sin duda Dios, por una especie de misteriosa elección, tenía sobre Pío su propio proyecto, y suave y fuertemente lo condujo hasta su conveniente realización.

A Pío, todavía niño, le complacía todo cuanto supiera de forma particular a Dios, su culto, su presencia entre los hombres, su amorosa donación. Hay en su niñez y primera adolescencia mil detalles que avalan y prueban hasta la saciedad esta afirmación.

Su gusto por la oración, su afición hacia las ceremonias sagradas, su constante asistencia al templo, su afán y arte para improvisar ornamentos emulando a los sacerdotes, sus pasatiempos erigiendo altares en que remedaba sagradas funciones ante sus pequeños compañeros, sus aficiones ora-

2. A. Machado, Poesías completas, p. 223, XXIX, Madrid 1981.

torias repitiendo los sermones escuchados en la iglesia y las lecciones del catecismo... Eran sin duda cosas de niño, es cierto, y no seremos nosotros quienes les demos mayor importancia.

Pero en Pío estas cosas fueron cosas que rezumaban sentido de la cercanía de Dios y no cosas que rezumaran amor al dinero, la vida fácil o la vida heroica de los caudillos de la guerra o de los ídolos del arte o del deporte. Entonces como ahora los niños jugaban a papás y a matrimonios, a negocios y a guerras. Pero Pío prefería jugar a amigo y representante de Dios.

La idea de Dios en la vida de Pío fue tan fuerte desde niño que predominó sobre cualquier otra idea. Con particular insistencia se repite en los Procesos que, más que jugar, le gustaba retirarse a la iglesia cuando los demás niños se entregaban a sus diversiones preferidas; permanecía largo rato en el templo cuando sus compañeros salían al atrio para solazarse al aire libre, no bien concluía la función sagrada, y de la escuela iba directamente a casa sin detenerse a jugar...

Ante estas noticias y la insistencia con que se repiten una y otra vez, pudiera pensar alguien que se trataba de un niño fuera de serie, una especie de monstruito psicológico. Pero no: ¡Pío distaba mucho de ser un anormal! Abundan los testimonios que nos lo presentan como un chico jovial y extrovertido. Sólo que el instinto de Dios le había empezado a llevar tempranamente por otros caminos y él, dócilmente, se dejaba conducir. Su proyecto de vida según la Providencia le estaba preparando para ocupar un puesto en el santuario, al servicio de la religión.

En esta clave nos resultará fácil entender la especie de alergia que Pío sentía hacia el trabajo de los campos. No es que no le gustara trabajar. Es más bien que ante el binomio: trabajo en el campo o asistencia y servicio al templo (que también es trabajo), se sentía llamado y escogía el servicio del altar.

Al poner en práctica su vocación a la vida religiosa Pío vivirá con particular intensidad la recomendación de la Regla de S. Pablo de la Cruz que pide a los religiosos que «vivan



El mejor recuerdo para su madre, un crucifijo elaborado por él con tanto amor.

sólo para Dios y tengan a Dios presente en todas las cosas». Efectivamente vivió inmerso en la presencia de Dios con filial confianza y esto se reflejaba de manera muy particular en la compostura con que se entregaba al rezo o recitaba el Oficio divino, y en la forma como se le veía sumido en la oración mental o vocal.

En el terreno de la fe y de la coherencia de su vida con las exigencias de la fe fue absolutamente irreprochable y esto lo evidenciaba con meridiana claridad a través de «*la actitud con que realizaba los diferentes actos de observancia regular diurna y nocturna, la salmodia y la oración mental*»³.

Jesús: Maestro y centro de la vida espiritual

Jesús es el principio y el fin de la vida cristiana: camino que hemos de recorrer, puerta por la que tenemos que entrar, verdad en la que tenemos que creer, vida de la que nos tenemos que llenar. Imitar a Jesús es la aspiración suprema del corazón cristiano, siempre orientado hacia Él mediante el cumplimiento y la vivencia de su mandamiento primero y fundamental, que no es otro sino el del amor a Dios y al prójimo por Dios.

Llevado de la mano por Jesús, divino modelo, el cristiano trata de servir al prójimo y al mundo en solidaridad con los pobres y los débiles y deja que su vida se llene de luz para irradiarla en el mundo escuchando con atención la palabra de Dios, dócilmente abierto a la voluntad de Dios. Es así como Pío Campidelli, en su experiencia de Dios, escogió a Jesús como maestro y centro de su vida.

Pero dos aspectos de la vida de Jesús forman como la clave en que se apoyó el proyecto vocacional de Pío, imprimiéndole fuerza y contenido. Estos dos aspectos fueron la Eucaristía y la Pasión y Muerte del Redentor.

Recibida la Primera Comunión, el mejor regalo que le

3. Summ. Positio super Virt. p. 223 §539.

podían hacer era permitirle acercarse con frecuencia al festín eucarístico. Faltaban todavía muchos años para que la Iglesia, no sólo tolerara sino que impulsara y fomentara la comunión frecuente y la participación de los niños de corta edad en la recepción de la Eucaristía. Pero Pío tuvo la inmensa suerte de encontrarse con sacerdotes que nunca opusieron el menor freno a sus ansias de comulgar. Su misma madre, aunque mujer de pueblo sin mayor instrucción, pero profundamente creyente, se mostró en este aspecto inspiradamente complaciente.

Se da además el caso llamativo de que él mismo, pese a sus escasos años, se erigió en apóstol de la comunión frecuente. De hecho incitaba a su madre a que le acompañara en la comunión⁴.

Expresión de su amor a la Eucaristía eran sus repetidas visitas al templo interrumpiendo los juegos infantiles o aprovechando cualquier otro momento en que, al salir de la escuela o pasar por las proximidades de la iglesia, le fuera posible acercarse unos momentos al altar para hacer compañía y saludar al Maestro, presente en el Sacramento del Amor. Reminiscencia lejana de estas visitas es aquel simpático rasgo que se cuenta de él, ya religioso, cuando, enfermo e imposibilitado para ir a la capilla con la comunidad, deseó que su celda estuviera lo más cerca posible de la capilla a fin de vivir en íntimo contacto con Jesús, presente en el sagrario.

«*Deseó ardientemente –se nos dice– ser trasladado a una habitación próxima al ábside de la iglesia... para poder estar, como él mismo decía, más cerca de Jesús sacramentado, oír mayor número de misas y participar en la medida de lo posible en las sagradas funciones*»⁵.

Muy niño aprendió a hacer de acólito, y ayudar a misa era para él una auténtica fiesta. Había gran diferencia entre su comportamiento en el altar y el de los demás monaguillos. Era serio y devoto. Se sentía como un sacerdote en ciernes y

4. Summ. Positio super Virt. p. 98 §76.

5. Summ. Positio super Virt. p. 242 §35.

su recogimiento impresionaba a las personas mayores que asistían al templo. «Ayudaba a misa con gran fervor, con angélica compostura y tal devoción que desde entonces se granjeó de todos el apelativo de «ángel»⁶.

En la contradicción es donde mejor se conoce la autenticidad de la virtud. Fue precisamente en la contradicción cuando Pío manifestó su gran amor a la Eucaristía, saliendo airosamente vencedor en la dificultad. Sabía que en su casa, pese al notorio cristianismo de cuño tradicional de la familia, no todos estaban conformes con sus frecuentes visitas al templo. Quien más se oponía era tío Bertoldo quien le hubiera querido menos devoto y más aficionado al trabajo del campo. Pío, sin embargo, no decayó en su fervor.

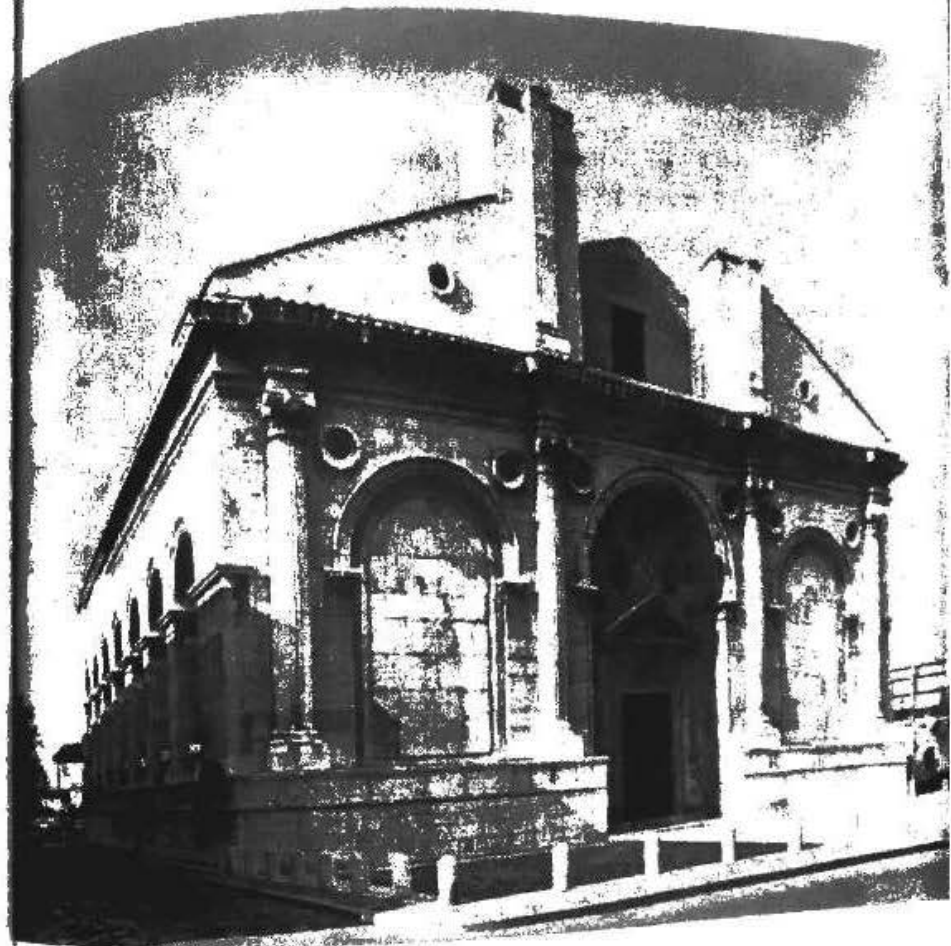
Entre sus mismos compañeros, y esto le resultaba más doloroso, había algunos que se reían de él y le motejaban de santurrón. Pero Pío seguía impertérrito su camino. «Todas las mañanas iba a misa con su madre sin detenerse a jugar con los demás niños que por ello se le burlaban a veces: él proseguía su camino sin hacerles caso»⁷.

Como pasionista, y habiendo emitido un voto por el que se comprometía a vivir él mismo la memoria de la Pasión del Señor y a hacerse propagandista de la misma entre los fieles con la palabra y el testimonio de su vida, se distinguió por una particular devoción a Jesús Crucificado y a los dolores de María.

Desde niño le venía esta devoción, centrada en el misterio de la Pasión y Muerte del Redentor. «Cuando oía sonar la campana de la agonía los viernes (era por aquella época una piadosa costumbre) invitaba a su madre a que rezara cinco padrenuestros. Mientras los demás niños salían de la iglesia, él continuaba en la misma, practicando el ejercicio del viacrucis por su difunto padre»⁸.

En relación con su vida de religioso se registra repetidamente este recuerdo: «Cuanto a su devoción a la Pasión de

6. Summ. Positio super Virt. p. 49 §166.
7. Summ. Positio super Virt. p. 125 §190.
8. Summ. Positio super Virt. p. 38 §120.



Catedral de Rimini en que el Beato recibió las llamadas órdenes menores, primera grada de la subida a la ordenación sacerdotal.

Jesucristo era un apóstol. Siempre hablaba con su compañero de cosas religiosas, especialmente de la Pasión y Muerte de Jesús»⁹.

Símbolo del sentido pasionista que imprimió a su vida y del interés con que se esforzaba porque también los demás conservaran vivo el recuerdo de la Pasión y Muerte del Redentor, es éste pequeño episodio: «Había encontrado un crucifijo al que él mismo le hizo una cruz y se lo donó a su madre diciéndole: 'Lo he hecho yo mismo con mis manos: tómalo, mamá, y guárdalo como recuerdo!' A la muerte de la madre — cuenta el P. Hilario en su deposición— este crucifijo pasó a su hermana Teresa quien me lo regaló a mí»¹⁰.

¿Miedo a ser sacerdote?

A Pío, niño de los campos de Trebbio, le hemos visto «jugando a sacerdote». Este era su sueño. Otros soñaban en tantas otras cosas: él acariciaba la idea de ser ministro del altar y en esa dirección se empezó a preparar muy pronto por el estudio y la oración bajo la protección y mirada maternal de la Virgen en el retiro-santuario de Casale.

Su suerte estaba echada y nada le removería un ápice de su decisión: Quería ser sacerdote misionero y en la meditación de la Pasión de Cristo y en la Eucaristía, que es el memorial perenne de la misma Pasión, encontraría la fuerza diaria para continuar adelante en su camino hacia la realización de su idea de ser un día administrador fiel de los tesoros de Dios. Pero inesperadamente le nació un gran temor. Según pasaban los días y se acercaba la hora de la ordenación sacerdotal se empezó a preguntar: '¿No será para mí el sacerdocio una altura demasiado elevada? ¿No será para mí exceso de atrevimiento aceptar la tremenda responsabilidad que el sacerdocio supone ante Dios y la Iglesia?'...

Las altas cumbres atraen con gozo e infunden miedo al

9. Summ. Positio super Virt. p. 18 §47.

10. Summ. Positio super Virt. p. 207 §486.

mismo tiempo. Es la sensación que un joven puede experimentar ante el sacerdocio cristiano, participación directa de los poderes de Jesús, Salvador del mundo. Hay cumbres a las que, como Moisés en el Sinaí, sólo se puede acercar a pies descalzos y con suma reverencia. Una de estas cumbres sería la del sacerdocio en que arde sin consumirse la zarza siempre viva de la presencia soberana de Dios con su gratificante y soberana santidad.

No es que las renunciaciones que impone el sacerdocio cristiano y que a veces dependen de leyes históricas de la Iglesia constituyan para el joven candidato una barrera imposible de salvar. Esas renunciaciones son carga ligera y suave yugo para quien ama. Lo que puede espantar en mayor grado a un candidato al altar es la naturaleza del mismo sacerdocio, el trato directo con las cosas y los intereses de Dios, el contacto diario con el misterio y el arcano, la santidad que exige al sacerdote la cercanía de Dios.

Pío deseaba ardientemente ser sacerdote. Siempre lo había deseado. Pero tenía miedo. Era una situación dolorosamente paradójica. Porque deseaba ser sacerdote estudiaba y se preparaba a ello con el mayor esmero. Pero nos dice un testigo: «Por más que estudiaba para ser útil a la Congregación y a las almas, le espantaba, sin embargo, el pensamiento de ser un día sacerdote»¹¹. El P. Salvador, su director, nos explica la razón de este miedo: «Había oído decir cosas tremendas sobre la santidad de que debe estar revestido el sacerdote de Cristo; recordaba sobre todo algunos pasajes de S. Juan Crisóstomo, S. Gregorio, S. Jerónimo, S. Bernardoy tenía presente también a S. Francisco, que, pese a ser tan puro y lleno de celestial amor, se turbó ante el pensamiento de verse marcado con semejante carácter sagrado. A Pío le parecía que él, con mayor razón, debía temer por sí mismo... por lo que conjuró ardientemente a la Virgen pidiéndole que no permitiera por ningún motivo que fuera ordenado si no había de llegar a ser un sacerdote capaz de contentar por entero al Corazón de Dios»¹².

11. Summ. Positio super Virt. p. 267 §83.

12. Summ. Positio super Virt. p. 234 §16.

«Tan alta era la idea que se había formado de la santidad del estado sacerdotal —se nos cuenta en la necrología— que, temeroso de no poderla alcanzar, rogó fervorosamente a Nuestra Señora que le concediera la gracia de morir antes de escalar las gradas hacia las Ordenes sagradas»¹³.

Llegado el momento, veremos que su oración fue escuchada. Pío falleció prematuramente antes de recibir la consagración sacerdotal.

La Virgen María: amor de hijo

La familia pasionista de la que Pío se hizo miembro con la profesión religiosa se gloria de contar entre sus hijos más preclaros a un santo joven, S. Gabriel de la Dolorosa, cuya nota más saliente es sin duda su ardiente y filial devoción a la Virgen Nuestra Señora. En una especie de tratadito de condensadas esencias marianas, llamado el Credo de María, plasmó S. Gabriel el fuego de su amor a Nuestra Señora. Al llegar a la Congregación, Pío Campidelli oyó hablar mucho de S. Gabriel, muerto pocos años antes, y de su gran devoción a la Virgen.

Prendado de la santidad jovial y mariana de S. Gabriel, deseó imitarle y resultó un fiel discípulo de tan autorizado maestro. En el proyecto de santificación de Pío el matiz mariano, al igual que en S. Gabriel, es un elemento por así decirlo constitutivo y esencial. La semilla de la devoción mariana cayó en el blando surco de su alma desde la más tierna infancia. La familia de Pío era particularmente devota de María bajo la advocación de Nuestra Señora de Casale; una familia que rezaba diariamente el rosario y cuyos muros se adornaban con imágenes de Nuestra Señora.

Una de las más queridas costumbres de la familia Campidelli era peregrinar varias veces al año al vecino santuario de Casale donde grandes y pequeños se confesaban y comulga-

13. Summ. Positio super Virt. p. 267 §84.

ban regresando después a sus campos de Trebbio con la fe fortalecida y un renovado deseo de proseguir la vida de trabajo bajo la mirada de Dios y la protección de la Virgen.

Refiriéndose a la vida religiosa de Pío, recuerda un testigo que *«fue devotísimo de la Virgen. La solía honrar con toda clase de obsequios y rezaba con mucha atención el rosario y la corona de los siete dolores. Era muy fiel en el cumplimiento de la florecilla semanal que cada sábado se solía sortear entre los estudiantes. En el mes de mayo ofrecía a María con igual empeño florecillas y obsequios y cuando le era encomendado el oficio de florero de los altares de la iglesia, adornaba el de la Virgen con flores frescas disponiéndolas con particular diligencia. Se mantuvo siempre fiel a la costumbre de privarse de la fruta la vigilia de las fiestas de Nuestra Señora. Hablaba con mucha frecuencia de la Virgen con sus compañeros durante los paseos y en los tiempos de recreación. Cuando le correspondía dirigir alguna pequeña reflexión o sentimiento espiritual antes de las recreaciones, hablaba con gran frecuencia de la Santísima Virgen. Los libros que leía con más gusto eran los que trataban de María»¹⁴.*

Registraba en un cuadernito de su uso los obsequios que ofrecía a María componiendo con ellos una guirnalda de flores con que ambicionaba coronar las sienes de María a la hora de su muerte¹⁵. Su director espiritual recuerda explícitamente que Pío registraba estos obsequios marianos *«en un pequeño cuaderno titulado «Guirnalda de flores seleccionadas por mí, Pío de S. Luis, indignísimo pecador, para ofrecérsela a la Santísima Virgen en la hora de mi muerte». Se inicia este cuaderno el 13 de mayo de 1886 y siguen por orden los días de los meses consecutivos marcados con signos convencionales, sólo de él conocidos, registrando a diario los actos de virtud»¹⁶.*

Su amor a la Virgen le hacía sentirse ante Nuestra Señora

14. Summ. Positio super Virt. p. 51 §174.

15. Summ. Positio super Virt. p. 33 §106.

16. Summ. Positio super Virt. p. 246 §42.

como un niño pequeño y desvalido ante su madre. Su confianza en ella era ilimitada y a ella acudía en sus cuitas y necesidades. «Había puesto en la Virgen gran confianza y una ilimitada esperanza»¹⁷.

La Virgen respondió como Madre cariñosa y buena a tanto amor. Quienes tuvieron el privilegio de asistirle en sus últimos momentos antes de morir nos cuentan que la Virgen le premió con su presencia visible los obsequios con que le había honrado a lo largo de toda su vida¹⁸. Sabemos, de hecho, que antes de producirse su muerte Pío mantuvo constantemente entre sus manos una imagen de la Virgen de Casale, cubriéndola de besos, cantándole piadosas canciones o endechas de amor y recitándole fervorosas oraciones y jaculatorias¹⁹.

«Poco antes de morir exclamó: '¡Mirad que viene la Virgen!', y señalaba con la mano hacia la altura, sonriendo»²⁰. Así, en un estrecho abrazo y éxtasis de amor, se unía definitivamente el hijo con la Madre. La Madre acudía a la cita que tantas veces el hijo fiel le había invitado cuando rezaba: 'Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de la muerte'... acudía la Madre a recibir la preciosa guirnalda de virtudes que con tanto amor le había preparado él como hijo bueno y cariñoso.

La Congregación pasionista: familia de buenos hermanos

En su proyecto vocacional y en su cabal realización mucho ayudó a Pío la Congregación Pasionista como familia de hermanos.

Es horrible que el hombre, ser social por excelencia, viva o se sienta solo. Pío ambicionó para sí la compañía de

17. Summ. Positio super Virt. p. 52 §175.

18. Summ. Positio super Virt. p. 90 §39.

19. Summ. Positio super Virt. p. 246 §42.

20. Summ. Positio super Virt. p. 44 §148.



No llegó al sacerdocio, pero sí recibió del Obispo las llamadas órdenes menores. Era el 17 de diciembre de 1887.

muchos buenos hermanos y la obtuvo en cada uno de los miembros de la Congregación pasionista. A la verdad se encontró rodeado de verdaderos santos y se confesó enormemente feliz entre aquellos hermanos que, en compensación de su familia terrena, le había dado el Señor.

Amó la belleza y santidad de la Congregación y trató de acrecentarla con una fidelidad escrupulosísima a la Regla de S. Pablo de la Cruz que fue para él, desde el primer momento en que la abrazó como camino de vida, la expresión concreta de la voluntad de Dios. «Era exactísimo y delicadísimo en la observancia de la Regla» —se nos dice²¹. «Era muy diligente en el cumplimiento de las más pequeñas reglas y odiaba toda transgresión; era muy delicado en la modestia de los ojos y de toda su persona, pero con naturalidad, sin afectación, con jovialidad»²².

Sintiéndose hermano de todos en la comunidad era como connatural en él tratar a cada uno en particular y a todos en general con delicada afabilidad y gran caridad. Un compañero suyo reconoce que abundan las pruebas de la bondad de Pío hacia sus hermanos de comunidad: «Bastaba recurrir a él —dice— para ser ayudados... A nadie sabía decir que no»²³.

Desde muy pequeño empezó a llamar la atención de familiares y conocidos por su agrado en el trato, la dulzura de sus maneras y su amabilidad para con todos. Era de natural complaciente y dispuesto a secundar todo legítimo deseo. Un compañero y amigo de su infancia confiesa que «andaba en perfecto acuerdo con todos y no recuerda que ofendiera a nadie de palabra o de obra; cuando, al jugar con sus compañeros, notaba algo que no andaba bien, se alejaba prudentemente e iba a la iglesia a rezar»²⁴.

Esta virtud de la complacencia fue su compañera inseparable hasta el fin de su vida. Perfectamente inserto en la

21. Summ. Positio super Virt. p. 270 §89.
22. Summ. Positio super Virt. p. 19 §51.
23. Summ. Positio super Virt. p. 272 §95.
24. Summ. Positio super Virt. p. 162 §325.

comunidad y buen conocedor de sus hermanos, contribuyó como el que más a que el clima de interrelaciones comunitarias se mantuviera en perfecta calma. Aceptó a los demás como eran, con sus virtudes y defectos. «Nunca respondía resentido, con palabras poco delicadas; nunca le vi disgustado en la vida comunitaria sino siempre sereno y sonriente»²⁵.

«Estaba lleno de bondad para con todos y se mantenía al margen de toda murmuración» —se nos dice de él²⁶. E igualmente: «Cuando notaba algún defecto o falta en los demás les excusaba y se ingeniaba por evitarles cualquier castigo»²⁷.

Dada su índole tan afable y condescendiente, exacto en el cumplimiento de sus deberes, atento para colaborar con los demás, luchador acérrimo contra el amor propio y la cerrazón de juicio, amante del diálogo y extremadamente comprensivo con la comunidad, resultaba entre todos y particularmente entre sus jóvenes compañeros un precioso elemento de cohesión y compañerismo. Con justicia se le llama «apóstol de la convivencia comunitaria». «Siempre oí que tanto sus compañeros como los superiores hablaban de él con veneración. Por lo que personalmente vi como por lo que oí decir a los demás, siempre le consideré uno de los modelos más perfectos de todas las virtudes religiosas (comunitarias)»²⁸.

La comunidad era para él como el espacio de familia en que, no sólo se podía santificar en unión con unos hermanos que cultivaban las mismas aspiraciones, sino que podía trabajar también con esfuerzo, «animado de verdadero espíritu de apóstol»²⁹. Hasta en la recreación solía trabajar al servicio de la comunidad. «Recuerdo que en la recreación encuadernaba libros. Nunca estaba ocioso»³⁰.

Acariciaba la ilusión de que la Congregación en general, a la que amaba con toda su alma, y la comunidad de Casale en

25. Summ. Positio super Virt. p. 121 §172.
26. Summ. Positio super Virt. p. 78 §296.
27. Summ. Positio super Virt. p. 20 §58.
28. Summ. Positio super Virt. p. 28 §85.
29. Summ. Positio super Virt. p. 191 §427.
30. Summ. Positio super Virt. p. 121 §179.

particular, con la que se sentía perfectamente identificado, se mantuvieran fieles al modelo de S. Pablo de la Cruz. A S. Pablo de la Cruz le complacía la soledad y el silencio de los retiros, como clima y espacio de oración y de trabajo.

Esto mismo deseaba Pío para su comunidad de Casale. No podía ocultar su disgusto cuando se alteraba en la comunidad el silencio que propicia el trabajo y la oración. «Se mostraba muy contrariado cuando por los ruidos, el golpear de las puertas o ciertas charlas extemporáneas no se cuidaba suficientemente la guarda del santo silencio»³¹. «Soy testigo ocular—dice un religioso—de que si al ausentarse el director, algún compañero un tanto vivaz faltaba al silencio, Pío no dejaba de corregirle y le decía ruborizándose: ¡Silencio, por caridad!»³².

Los votos: camino de libertad

Dios ha creado al hombre para la libertad de cualquier esclavitud interior o exterior. Entendida la libertad en su sentido más alto, Jesús vino a mostrarnos en la verdad el camino hacia la misma: «La verdad os hará libres», nos dijo. Porque no es bueno que el hombre sea esclavo, Jesús nos quiere libres. Recogiendo la doctrina del Maestro, S. Pablo apóstol proponía este programa de libertad a los primitivos cristianos: «Habéis sido llamados a la libertad; pero no toméis de esta libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros»³³.

Desgraciadamente, después de tantos siglos de haber sido proclamado el evangelio de la libertad, muchas cosas, demasiadas, siguen esclavizando a los hombres, impidiéndoles amar limpiamente sin que se enturbien las aguas claras del amor. Hay amores que matan porque nos esclavizan. Entre estos amores que esclavizan al hombre de nuestra

31. Summ. Positio super Virt. p. 241 §33.

32. Summ. Positio super Virt. p. 121 §177.

33. Gal 5, 13.

época baste citar el dinero, la carne, el propio yo, es decir, las llamadas tres concupiscencias con su cortejo de vicios y escapismos hacia el egoísmo.

En el camino hacia la libertad, Jesús nos propone los consejos evangélicos para ser y mantenernos verdaderamente libres. Son los votos de pobreza (liberación del dinero), castidad (liberación de la carne), obediencia (liberación del propio yo, del poder, de la gloria). Quienes tienen la valentía de aceptar estos consejos, son por antonomasia los cristianos auténticamente libres. ¡Libres gozosamente para amar sin trabas ni fronteras!

Pío apostó por la libertad y emitió los votos religiosos. ¿Cómo entendió esos votos? ¿Cómo los cumplió? En breves pinceladas reconstruiremos el cuadro de su consagración con la mayor exactitud posible, siguiendo siempre, como lo hemos hecho hasta el presente, los testimonios jurados de los Procesos.

Pobreza

Pío procedía de un ambiente humilde y austero. Su experiencia familiar fue para él una buena escuela de pobreza. «Nació en condición de campesino. La comida no le faltó»... —nos dice su hermana Teresa³⁴. El ambiente campesino, hecho de austeridad y trabajo le sirvió de magnífica palestra de adiestramiento en la pobreza que siendo religioso aceptaría libremente con todas sus consecuencias.

De todos es conocido el rigor con que la Congregación pasionista entendía la pobreza cuando Pío abrazó la Regla de S. Pablo de la Cruz. Era, sin glosas, la pobreza de Belén y Nazaret, la pobreza de la total desnudez en el Calvario. El pasionista, enteramente pobre, alcanza la máxima cota de libertad para entender y vivir el amor de Cristo que voluntariamente se hizo pobre para redimir al hombre. Es éste el

34. Summ. Positio super Virt. p. 102 §97.

espíritu de la Muerte Mística que S. Pablo de la Cruz deseaba ver realizado en sus hijos para salir por el mundo anunciando el Evangelio de la Cruz, con la libertad de quien nada teme porque nada tiene.

Pío, buen pasionista, *«amaba ciertamente su estado de pobreza –nos dice el P. Raimundo, su compañero–, y pude notar que no daba importancia a las apariencias de las cosas de su uso, sobre todo cuando se trataba del hábito»*³⁵. A su vez el P. Salvador, tantas veces citado, declara que era perfecto cumplidor del voto de pobreza. *«En su habitación, siempre muy ordenada, nada había de superfluo, teniendo únicamente los libros necesarios. Llevaba el hábito siempre limpio, pero remendado por él mismo»*³⁶.

En actitud de verdadero pobre, pedía humildemente permiso para hacer uso de las cosas de la comunidad. Lo pedía incluso –se nos dice– *«para hacer uso de un poco de hilo»*³⁷. De este espíritu de pobreza le nacía un extremado cuidado para no desperdiciar ociosamente el tiempo, que en su criterio no era suyo sino de la comunidad. El pobre sabe por experiencia que tiene que trabajar para comer. Convencido de que su tiempo era de la comunidad antes que suyo, Pío lo aprovechaba al máximo. Hasta en la recreación, mientras sus compañeros conversaban, hacía algo útil en beneficio de la comunidad³⁸.

Castidad

La formación recibida por Pío en cuanto a la modestia de los ojos acaso fuera excesiva. Se nos dice repetidamente que no miraba a la cara a sus interlocutores tratándose, sobre todo, de personas de distinto sexo. Un tío suyo refiere que siendo ya religioso regresó a casa en cierta ocasión vestido

35. Summ. Positio super Virt. p. 115 §156.

36. Summ. Positio super Virt. p. 225 §548.

37. Summ. Positio super Virt. p. 192 §437.

38. Summ. Positio super Virt. p. 121 §179.

de hábito. *«Se mantuvo con la cabeza baja –dice– y su hermano le advirtió: 'Levanta la cabeza, que quiero verte', pero él siguió con la cabeza inclinada»*³⁹.

No miraba ni siquiera a su madre que un día lloraba desolada porque, habiéndole visitado en el convento, Pío ni siquiera le había mirado. El arcipreste D. Berardi, que le vio tan afligida, le consoló diciéndole: *«Consuélate, Filomena, pues eres madre de un nuevo S. Luis al que acaso veremos un día en los altares»*⁴⁰.

Estamos convencidos de que esta formación adolece de excesivo rigor y choca fuertemente con nuestra sensibilidad. En realidad, entre lo que antes se enseñaba en relación con este aspecto de la disciplina de los sentidos y la libertad que ahora nos permitimos en el mirar, hay evidentemente un justo término medio exigido por la mortificación cristiana, entendida como dominio y control de los ojos para facilitar-nos la guarda de la castidad en pensamientos, deseos y acciones. Precisamente es esto lo que Pío nos enseña con su ejemplo, acaso un tanto extremo: *«Era un modelo de modestia en cuanto a la vista»*⁴¹. *«Todos decían que era admirable por su castidad, un verdadero ángel al que le caía perfectamente el nombre de Luis y más tarde el de Pío de S. Luis»*⁴².

Como la castidad es una flor tan fácil de ajar o un espejo tan fácil de empañarse, cualquier gesto o palabra menos conforme con la modestia o la pureza ruborizaba al buen Pío. Un compañero suyo nos refiere: *«Cierta día, ignorando que Pío pudiera entender su sentido, me permití pronunciar una palabra un tanto vulgar. Vi que Pío se ruborizó mucho, señal evidente de su delicadísima conciencia»*⁴³.

«Por su talante externo semejava un ángel a causa de su gran modestia. Si alguna vez oía alguna palabra alusiva a cosas menos honestas, se ruborizaba y de esto soy testigo

39. Summ. Positio super Virt. p. 170 §353.

40. Summ. Positio super Virt. p. 57 §196.

41. Summ. Positio super Virt. p. 79 §300.

42. Summ. Positio super Virt. p. 141 §260.

43. Summ. Positio super Virt. p. 221 §532.

ocular»⁴⁴. Su director espiritual dejó escrito que la pureza que practicó con tal perfección hacía a Pío en todo semejante a S. Luis y de él se podía decir con toda justicia que «vivió y murió conservando intacto de todo hálito de contaminación el lirio de la santa pureza y de su inocencia bautismal»⁴⁵.

Sabiéndole tan inocente, no nos puede extrañar ya su actitud frente al servicio militar que se avecinaba. Probablemente fue ésta la prueba más sensible que hubo de soportar en su vida religiosa. Un auténtico trauma que le robó más de una hora de sueño. Se le atribuye una carta escrita a su tío sacerdote, párroco de Marigno, en que le hacía esta confidencia:

*«Tengo necesidad de sus oraciones y de las de la abuela y de la tía, porque el próximo año me tocará el servicio militar. Me encomiendo ardientemente a sus oraciones para que el Señor, si ésta es su voluntad, se digne librarme de que me vea en medio del mundo donde son tantos los peligros de ofenderle»*⁴⁶.

En esta circunstancia lo que más temía Pío y le horrorizaba era tener que exponer su cuerpo desnudo a miradas ajenas en la revisión militar. Esto le hacía sufrir horriblemente. Un compañero suyo, que estaba en las mismas circunstancias, nos cuenta que ambos, él y Pío, habían sido convocados a pasar revista. *«Me acuerdo —dice— que aquella mañana, mientras vestidos de civil paseábamos ambos por la plaza de Rimini esperando que nos llegara el turno para la revisión, Pío manifestaba gran temor y suspiraba pensando que iba a verse expuesto al desnudo a las miradas de tantos jovencuelos. Habría dado todo el oro del mundo para verse dispensado de este trance»*⁴⁷. *«Se hubiera dejado matar antes que faltar ni siquiera ligeramente al voto de castidad que había profesado»*⁴⁸.

44. Summ. Positio super Virt. p. 115 §155.

45. Summ. Positio super Virt. p. 250 §46.

46. Summ. Positio super Virt. p. 250 §50.

47. Summ. Positio super Virt. p. 271 §91.

48. Summ. ibíd.

Obediencia

En su camino hacia la libertad total, la libertad de los hijos de Dios, Pío aceptó ser obediente a imitación de Jesús que quiso ser obediente hasta la muerte. Sabía que así llegaría a entonar el himno de la victoria sobre los condicionamientos generadores de esclavitud a que nos somete el egoísmo, déspota acaparador de la libertad de las personas. Obediente a Dios, fue también obediente a los superiores en quienes descubría y veneraba a los representantes de Dios. La obediencia fue para él condición imprescindible, voluntariamente aceptada, para avanzar sin el impedimento del amor propio por el camino de la verdad hacia la conquista de la libertad.

Es magnífico el retrato de Pío obediente que nos ha transmitido su compañero el P. Alfonso. *«La obediencia de Pío fue perfecta porque fue pronta. Obedeció con sencillez de niño. Obedeció con alegría porque todo lo hizo por amor de Dios y a Dios descubría en todo. Obedeció incluso en lo arduo y fatigoso y nunca se echó atrás»*⁴⁹.

Los quilates de la obediencia del religioso se miden por su escrupulosidad y exactitud en el cumplimiento de las Reglas propias de la Congregación o Instituto a que pertenece. Sabemos ya cuánta era la fidelidad de Pío en este aspecto, aun tratándose de los puntos más insignificantes de la disciplina conventual. Sólo en una ocasión se recuerda que manifestara alguna dificultad en cuanto a la obediencia. Pero aun entonces tuvo suficiente confianza y libertad de espíritu para expresar al superior el motivo de su repugnancia. Recibida la oportuna explicación, Pío guardó comedido silencio y se sometió sin rechistar, ruborizándose levemente. El superior, no obstante, le invitó todavía a proseguir el diálogo con mayor calma en la habitación y cuando volvieron a tratar el asunto *«reconoció el superior su error y le dio la razón»*⁵⁰.

49. Summ. Positio super Virt. p. 387, doc. 1.

50. Summ. Positio super Virt. p. 225 §550.



Santuario y convento de los Pasionistas de Casale donde el Beato emitió sus votos religiosos, se santificó como pasionista y murió santamente. Sus muchos devotos le visitan a diario en su sepulcro del Santuario.

Si en alguna ocasión recibía Pio alguna orden que contrariaba su amor propio no por ello se alteraba lo más mínimo. Obedecía jovialmente y musitaba: 'Padre, sí', y volaba sin más a cumplir lo mandado. Su director subraya: «En los cuatro años en que lo tuve bajo mi dirección no recuerdo ningún caso en que opusiera la menor dificultad a la obediencia, ni que exteriorizara señal alguna de desagrado»⁵¹.

El camino, decíamos al principio, se hace al andar. Efectivamente, andando siempre adelante hizo Pio su camino hacia la realización plena de su proyecto vocacional pasionista. Un camino de dura aunque gozosa escalada ascética, acompañado de Dios Padre, siempre cercano, de Jesús y María, cálidamente presentes en su vida, y dentro de la Congregación Pasionista, verdadera familia de hermanos; camino en la verdad, claro y luminoso, que le permitió respirar a pleno pulmón purísimos aires de libertad cristiana; camino juiciosamente acotado por los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia en que encontró y gustó el supremo goce de un ilimitado amor sin trabas al mundo entero, lejos de la esclavitud del dinero, la carne y la adoración idolátrica del propio yo.

51 Summ. Positio super Virt. p. 247-43

LLEGADA A LA META

Hacia la terminal

Todos somos viajeros a bordo del tren expreso de la vida, ¡y qué rápido se desliza nuestro tren sobre los rieles del tiempo! A veces nos da la engañosa sensación de que se detiene en algunas de las estaciones del trayecto: infancia, adolescencia, juventud... Pero no: el tren sigue inexorablemente su curso hacia la estación terminal donde nos tendremos que apejar sin posible retorno, con el bagaje acumulado durante los años de nuestra existencia, larga o corta. ¡Y entonces... el secreto del feliz arribo será haber llegado a la estación terminal con el bagaje cargado hasta los topes de preciosos lingotes de oro de buen Amor! ¡En el atardecer de nuestra vida seremos juzgados de amor... qué bien lo dijiste, hermano y amigo, Juan de la Cruz!

Los horarios del expreso en cuyo departamento viajó Pío Campidelli fueron muy breves y se ciñeron al arco de 21 años de vida nada más. Pero el trayecto recorrido bien podemos decir que fue alucinantemente largo, medido desde el nivel de la eternidad. Diríamos que Pío viajó en un tren de velocidades supersónicas. Niño... adolescente... joven... siempre

con la vista, la mente y el corazón en la meta, acumulando preciosa carga de amor.

Cuando vemos a Pío, joven ya maduro, a punto de entrar en la estación terminal de su vida, se nos ocurre pensar por legítima y casi inevitable asociación de ideas, en el joven del evangelio a quien la excesiva riqueza de la tierra le impidió cargarse de buen amor. Pío fue uno de tantos jóvenes sabios que corrigieron oportunamente la plana mal pergeñada del joven del evangelio, falto de coraje para dejarlo todo y apostar su vida por el Reino. Pío, al revés de este joven, comprendió una cosa tan sencilla como ésta: que cuando se parte para un viaje cualquiera hay que dejar algo no necesario y hay que tomar, en cambio, algo indispensable. En el viaje del amor perfecto a Dios y a los hombres hay que dejar el dinero, la carne, el propio yo, llenándose hasta los bordes de Dios mismo, amado sobre todas las cosas, y de la presencia de los hermanos, aceptados y servidos con sacrificada abnegación.

Es lo que no comprendió el joven del evangelio y que en cambio sí entendió perfectamente Pío Campidelli.

«Maestro bueno, ¿qué he de hacer para merecer en herencia la vida eterna?» (Mc 10, 17-22). Y Jesús le respondió invitándole a dar el primer salto de calidad en la vida cristiana, primer nivel del hombre nuevo según el mismo Jesús. Tenía que cumplir los mandamientos, y esto suponía honestidad, bondad de ánimo, rectitud moral. «*Todo eso lo he guardado desde mi juventud*» —respondió el muchacho— *¿me falta algo todavía?* Entonces Jesús, fijando en él su mirada, le amó y dijo: «*Sí que te falta algo todavía: vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme*». Era el segundo salto de calidad, segundo nivel del proyecto cristiano, el nivel de los consejos evangélicos en el espíritu de las Bienaventuranzas. Jesús invita al joven a apostar todo por el Reino, a dejarlo todo, compartiendo a su lado, en total desnudez, la aventura maravillosa del Amor perfecto.

Pero el joven no tuvo valor para despojarse de todo y terminó alejándose de Jesús entristecido, mientras que el

Maestro, se sintió en él como fracasado: «*¡Hijos, qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios!*». Pedro, Santiago, Juan, todos los discípulos, estaban fuertemente impresionados. «*¿Quién podrá salvarse entonces?*» —decían. A lo que les replicó Jesús: «*Para los hombres es imposible, mas no para Dios, porque todo es posible para Dios*» (Mc 10, 23-27).

Con decidido ademán de campeón, Pío Campidelli dio por su parte los dos saltos de calidad: cumplió a la perfección los mandamientos y lo dejó todo para seguir el camino de los consejos evangélicos en el espíritu de las bienaventuranzas. Al llegar con 22 años sin cumplir todavía a la estación terminal de su vida, encontró que su bagaje estaba repleto de Amor...

Alegría y calma en la prueba

El 17 de diciembre de 1887 recibió Pío las llamadas órdenes menores, paso previo para llegar a la ordenación sacerdotal. Actuó de obispo ordenante Mons. Chiaruzzi y la ceremonia tuvo lugar en la catedral de Rimini. Pero a Pío le torturaba ya entonces la pregunta que mil veces se repetía a sí mismo sin que encontrara una respuesta plenamente satisfactoria: ¿Seré digno de llegar al sacerdocio? ¿No será mejor retirarse a tiempo suplicando a la Virgen me consiga de Dios una muerte serena antes que exponerme a responder deficientemente a la gracia del sacerdocio?...

Los superiores opinaban unánimemente que Pío no sólo estaba ya maduro para acceder a las gradas del altar sino que se forjaban en torno a él las más halagüeñas esperanzas. Pío sería en su criterio un magnífico formador de futuros misi-neros pasionistas. De aquí que se apresuraran a admitirle, no sólo a las órdenes menores, sino que le aprobaron también para pasar de inmediato a recibir la primera de las órdenes mayores, el subdiaconado.

Pío dejaba a los superiores que actuaran libremente

sobre su persona. Pero continuaba interiormente inquieto y desasogado. Tanto era su desasosiego que acudió a la Virgen, su Madre y Protectora, y le hizo la súplica que ya conocemos, pidiéndole que le consiguiera una muerte santa «si juzgaba que no había de ser un sacerdote capaz de contentar por entero al Corazón de Dios»¹.

Su director espiritual pone esta nota explicativa al temor y a la oración de Pío: «Esta plegaria tan puesta en razón a la luz de la fe y tan fervientemente salida del corazón de Pío fue escuchada por la Virgen; las cartas postulatorias fueron presentadas al Obispo pidiendo la ordenación, pero no tuvieron efecto porque al día siguiente Pío cayó en cama para no levantarse más»².

Ignoramos mayores detalles sobre la génesis de la enfermedad y su fulminante primera manifestación. Sólo sabemos que se trataba de una tisis galopante, enfermedad que entonces era absolutamente infausta. Los cementerios de la época están llenos de epitafios de jóvenes muertos de tuberculosis. Estaba lejos todavía la hora de los grandes avances en la medicina y de los grandes descubrimientos en el campo extensísimo de los remedios antibióticos. Taxativamente se nos dice que no era una enfermedad hereditaria, sino un mal adquirido en la vida del convento. Como sea, Pío, de delicada constitución física, debió de sentir más de un síntoma alarmante antes de que se declarara el mal terrible. Pero todo lo sufrió en silencio y calma, como era su estilo, y a nadie se lo reveló, sin sopesar las trágicas consecuencias de su silencio. Así, cuando se declaró el mal, el desenlace fue rápido y sin remedio. Todo concluyó en el término de tres meses.

Pero si es cierto que no podemos ofrecer mayores pormenores sobre la aparición de la enfermedad, sí, en cambio, conocemos suficientemente las reacciones de Pío, su estado de ánimo y su envidiable paz y alegría a lo largo de toda su dolencia: «Acogió la enfermedad con gozo, la soportó con

1. Summ. Positio super Virt. p. 234 § 16.
2. Summ. Positio super Virt. p. 235 § 16.

entera resignación al divino querer y jamás se le oyó lamentarse de las pequeñas desatenciones que ciertamente no le faltaron»³.

La fuente de su alegría en la enfermedad estaba para Pío en su ardiente aspiración de merecer cuanto antes la dicha de ver a Dios. Este había sido el móvil de toda su vida. Este era también en el lecho del dolor su más encendido anhelo. Entre los testimonios que iluminan el período de su enfermedad encontramos éste, altamente elocuente: «Soportó serenamente los sufrimientos de la enfermedad que le llevó a la muerte; se acercó a la misma muerte con ánimo gozoso, no porque con la muerte hubieran de cesar sus dolores, sino porque la muerte le llevaría al gozo del cielo»⁴.

Teresa, la hermana de Pío, de quien tantas preciosas noticias hemos ido recogiendo a lo largo de estas páginas, nos cuenta sus impresiones personales sobre la paz inalterable de Pío durante la enfermedad. Aparte de cuanto oyó referir a los religiosos de Casale sobre la serena actitud de Pío, ella misma «fue a verle varias veces durante la enfermedad y nunca oyó de sus labios el menor lamento»⁵. Fue imborrable para Teresa la impresión que recibió la última vez que vio a su hermano. «Recuerdo —refiere— que la última vez que le vi, pocos días antes de su muerte, nos lo presentaron sostenido por dos religiosos, y era como un esqueleto; pero él sonreía y nos dijo: 'Id contentas, pues nos volveremos a ver en el cielo'»⁶.

Con Teresa estaba también la madre de Pío, Filomena. ¡Qué no hubiera hecho ella para devolver la salud a aquel hijo querido, sin duda el mejor heredero de sus sentimientos de madre y de cristiana! Mujer de acendrada fe, no nos cabe la menor duda de que ante el hijo irremediablemente condenado a morir, adoptaría la actitud de María, la Virgen, cuando al pie de la cruz ofreció a Dios el sacrificio de su hijo. También ella ofreció el suyo a Dios, que se lo exigía, cons-

3. Summ. Positio super Virt. p. 53 § 180.
4. Summ. Positio super Virt. p. 75 § 278.
5. Summ. Positio super Virt. 106 § 115.
6. Summ. ibid.



Ayudado por dos religiosos, despide a mamá antes de morir: Pío ha llegado al fin de su carrera y espera la corona del cielo.

ciente de que no volvería a verle más hasta el cielo. Pío, efectivamente, le citaba para volverse a ver, no en la tierra, sino en la casa del Padre celestial: «¡Adiós, mamá! ¡Nos volveremos a ver en el cielo!».

En la última etapa

Para Pío la última etapa de su vida en la tierra fue muy corta: desde finales de julio hasta el comienzo del mes de noviembre. Tres meses nada más. Pío sabía que su fin estaba cercano y aprovechó los últimos días para afinar al máximo la obra de su perfeccionamiento interior, cuyos principales puntos de apoyo y de despegue hacia el Amor infinito son los siguientes, como aparece estudiando siquiera someramente los Procesos.

Disponibilidad generosa. Pío siempre se manifestó dispuesto a cumplir en todo y por todo la voluntad de Dios, visto y descubierto como Padre y Amigo en las personas y en los acontecimientos. Como Jesús en Getsemaní, pudo hacer suya la súplica angustiada: «Pase de mi este cáliz», pero al igual que Jesús terminó diciendo: «Pero, Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya». Dispuesto a cumplir la divina voluntad, no sólo estaba resignado sino contento en su soledad de enfermo tuberculoso. De aquí su inalterable paz y alegría. Leemos en la necrología publicada a raíz de su muerte estas palabras que resumen la voz de muchos testigos en los Procesos: «Disimuló virtuosamente las desatenciones de quienes le servían, sin lamentarse jamás, y fue modelo de perfecta resignación en el holocausto doloroso que el Señor le pedía en la flor de sus años»⁷.

Unido íntimamente a Jesús y María. Como pasionista había hecho Pío el llamado cuarto voto de la Congregación,

7. Summ. Positio super Virt. p. 267 §84.

consistente en vivir en sí mismo la memoria y la realidad de la Pasión de Cristo. A esta íntima y fuerte vivencia de la Pasión del Señor el Pasionista une el recuerdo delicado de María al pie de la Cruz. Un recuerdo que es compañía amorosa y gozosa imitación. Cosido Pío a su lecho de dolor, como Jesús a la Cruz, aprovechó su enfermedad para vivir en sí mismo con sentido redentor la memoria de la Pasión de Cristo, prolongada en él y en los hermanos que sufren. Hizo de su enfermedad un verdadero apostolado, completando en sus miembros, por amor a la Iglesia, lo que faltaba a la Pasión del Redentor. Pero siempre en compañía de la Virgen a la que no dejó de mirarla como a Madre cariñosa y buena.

Fieles a la verdad, bien podemos decir que, si gozando de buena salud se mantuvo perfectamente unido a Jesús Crucificado, en cuya Pasión y Muerte encontró fuerza para cumplir sus deberes religiosos; si la presencia de María le sirvió igualmente de estímulo y acicate en la práctica de todas las virtudes, al verse ahora incurablemente enfermo se valió de la contemplación amorosa de Jesús y de María para disponerse a consumir el holocausto de su vida con sentido auténticamente corredentor. «En el lecho de muerte —se nos dice— estrechaba el crucifijo y la imagen de María y los besaba devotamente desahogando así los afectos de su corazón»⁸. Y cuando se preveía ya próximo el fin «pasó dos horas en santos afectos hacia el Crucifijo y la imagen de la Virgen que tenía entre las manos y cubría de besos»⁹.

Aceptó la muerte por amor. El verdadero sentido de la vida en el proyecto de Pío fue mantenerse y crecer en el amor, servir por amor, terminar la carrera terrena mereciendo el supremo galardón del amor. De hecho los tres meses de enfermedad le sirvieron para perfeccionarse al máximo en el amor.

Aceptado con espíritu de entrega a la voluntad de Dios el «mal terrible» que le tenía postrado en el lecho, nadie escu-

8. Summ. Positio super Virt. p. 32 §105.

9. Summ. Positio super Virt. p. 268 §84.

chó la menor queja salida de sus labios. La obra que se realiza por amor es fuente inextinguible de alegría. Eso fue para Pío la enfermedad que le llevó al sepulcro. Así se explica que nunca perdiera la calma y que la jovialidad fuera una de las notas salientes durante el tiempo que duró su enfermedad.

Pero esta calma, esta jovialidad, le exigieron sacrificios a veces heroicos, sólo comprensibles teniendo en cuenta la perfecta identificación de Pío con Jesús en la Cruz y con la Virgen Dolorosa en el Calvario, al pie de la misma Cruz. No es fácil callar cuando se sufre y es menos fácil sonreír cuando en la copa de la amargura caen gotas y más gotas acibaradas con peligro de hacer que la copa termine por rebosar. Ejemplo de esto nos da Pío en aquella ocasión en que consumido por la fiebre y solo en su habitación, hubo de soportar los cantos del grupo de jóvenes estudiantes que se pusieron a ensayar en una sala contigua. «De un canto pasaban a otro —se nos cuenta—... por espacio de hora y media, sin pensar en el pobre enfermo o creyendo incluso que al enfermo poco le debía de importar, puesto que no se quejaba... Terminado el ensayo, habiéndole preguntado si le habían hecho sufrir los cantos, demasiado largos y molestos incluso para los sanos, ... obligado por el superior a decir la verdad, confesó con sencillez: 'Padre, ya no podía más'»¹⁰.

La Virgen fiel acudió a la cita

La preparación de Pío para el gran momento podía decirse ya perfecta. Su confesor, P. Salvador, se mantuvo a su lado pegado a la cabecera de su lecho de enfermo y varias veces le impartió la absolución. Recibió la comunión en forma de Viático en distintas ocasiones y secundando su voluntad le fueron administrados todos los auxilios de la religión en pleno estado de lucidez.

Nada turbaba la paz del enfermo. No obstante, momen-

10. Summ. Positio super Virt. p. 243 §35.

tos antes de expirar pareció inquietarse peligrosamente. ¿Era un último asalto del enemigo o se trataba tan sólo del delirio producido por la fiebre que le devoraba? Los circunstantes no pudieron menos de conmoverse ante el aspecto de congoja del enfermo. Un testigo nos cuenta: «En el último instante de su vida tuvo una tentación, acaso contra la salvación eterna y decía: '¿Pero qué es lo que he hecho yo?'. Recobró no obstante su serenidad gracias a las palabras del confesor y preguntándole más tarde si se sentía tranquilo replicó: 'Sí, tranquilísimo'»¹¹.

El director espiritual completa el cuadro ofreciéndonos así su propia versión: «Por un instante se detuvo Pío, fijos los ojos en un ángulo del lecho, cual si hablara con alguien que le amenazara con un castigo y en este ademán formuló esta pregunta: '¿Pero qué es lo que he hecho yo?'. Quizá se le había acercado el tentador, pero venturosamente ésta fue la única vez ya que, interrogado, siempre respondía que no sentía la menor turbación, cual si la Virgen le estuviera defendiendo con su maternal protección»¹².

La alusión del director a la protección de la Virgen nos pone en la pista de una preciosa noticia que en torno a la muerte de Pío se recoge en la tradición del santuario de Casale y de la que varios testigos presenciales y de oídas deponen en los Procesos, referente a la visión de Nuestra Señora con que el enfermo fue agraciado en sus últimos momentos. Efectivamente, parece ser cierto que la Virgen, a quien tan entrañablemente amaba Pío, acudió a la cita de amor a que éste la había invitado millares de veces durante su vida al rezar: «Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de la muerte». «Poco antes de que se produjera su feliz tránsito exclamó —se nos cuenta—: 'Mirad que llega la Virgen', y señalaba al mismo tiempo hacia la altura mientras sonreía»¹³. Muy razonablemente el P. Mariano asegura convencido «que tanto la vida como la muerte del santo joven

11. Summ. Positio super Virt. p. 56 §193.
12. Summ. Positio super Virt. p. 245 §38.
13. Summ. Positio super Virt. p. 44 §148.

fueron un regalo que la Virgen decidió hacer al santuario de Casale»¹⁴.

Al amparo de María los deseos de Pío se estaban cumpliendo uno por uno. El P. Salvador, confidente de Pío, nos los enumera asegurándonos que la postrera aspiración de Pío consistía en obtener la gracia de morir:

- pronunciando los nombres de Jesús y María;
- el día de difuntos para participar más abundantemente de los sufragios de la santa Iglesia;
- en un momento en que toda la comunidad de Casale estuviera presente en el retiro;
- en una hora oportuna para empezar a gozar cuanto antes de los sufragios de la comunidad;
- después de haber recibido todos los auxilios de la religión con entera lucidez¹⁵.

Todavía manifestó Pío un nuevo deseo al que la comunidad accedió gustosa. Aunque en el transcurso de la última semana se le había administrado dos veces consecutivas el santo Viático, pidió insistentemente que se lo administraran todavía una vez más antes de morir. Deseaba despedirse solemnemente de sus hermanos en la presencia de Jesús Sacramentado. Deseaba, al propio tiempo, pedir perdón a todos de las faltas y deficiencias cometidas por él contra la convivencia en caridad. Así, con el perdón de los hermanos en el alma y la presencia de Jesús en el sagrario de su pecho, mientras los religiosos, vencidos por la emoción lloraban mansamente, se entregó él a la acción de gracias más fervorosa de su vida, cayendo al poco tiempo en las delicias del éxtasis que brevemente nos disponemos a reseñar. Pío estaba ya con un pie en el umbral del Reino en la paz de la eternidad.

14. Summ. Positio super Virt. p. 136 §236.
15. Summ. Possitio super Virt. p. 245 §41.

Historia deliciosa de un éxtasis de amor

A lo largo de los Procesos se reitera a los testigos la pregunta sobre si en la vida de Pío Campidelli conocían o no carismas, dones o fenómenos de apariencia sobrenatural. Pero la vida de Pío, dentro del marco de la gran pureza y bondad que la había caracterizado, había sido una vida enteramente sencilla, diríamos incluso vulgar y anodina. Una vida de grande y constante amor, pero dentro de una absoluta y monótona normalidad. De aquí que los testigos, uno tras otro, respondieran que desconocían en la vida de Pío esta clase de manifestaciones.

Al final de su carrera mortal, cuando Pío estaba a punto de dar el salto a la eternidad, se registra, sin embargo, una posible visión de la Virgen, que con su sonrisa de madre venía a iluminar la habitación y el alma de Pío en su agonía. Fue un éxtasis en que Pío, ante el pasmo de todos los presentes, pareció derretirse en celestiales deliquios amorosos. Por nuestra parte intentaremos reconstruir este éxtasis haciéndonos eco de los testimonios de los procesos, como lo hemos venido haciendo también con los demás aspectos de la vida de Pío.

Pío había llegado al punto de madurez necesario para entregar su vida en manos de Dios. Todo hacía prever que el momento decisivo no tardaría en llegar. Tres días antes, el jueves, había predicho con mal disimulada alegría su tránsito feliz. A un Padre de la comunidad que le asistía y se resistía a dejarle solo le aseguró: «Vaya tranquilo, Padre, pues hoy no moriré todavía».

«Predijo que moriría el día de la conmemoración de los fieles difuntos —nos dice un testigo— y esto se cumplió puntualmente, verificándose todos los deseos de Pío, tales como recibir los sacramentos con entera lucidez y verse asistido por la comunidad y por su Padre espiritual»¹⁶.

Nadie tiene la menor duda sobre la veracidad de la predicción de su muerte. Nadie duda tampoco de la autenti-

16. Summ. Positio super Virt. p. 42 §141.

idad del éxtasis con que Pío fue agraciado una hora antes de expirar, después de haber recibido el Viático por última vez y de haber pedido perdón de sus posibles faltas a la comunidad. Todas las versiones coinciden en lo sustancial. Pero la que parece recoger con mayor fidelidad las características del éxtasis de Pío y las palabras que durante el deliquio amoroso pronunció, es la del P. Salvador, el Padre espiritual de Pío, presente en aquella memorable circunstancia.

El P. Salvador sitúa el éxtasis después del Viático y cuando ya la comunidad se había retirado para el descanso nocturno. En el retiro reinaba el silencio más profundo. Pío continuaba recogido en profunda oración de acción de gracias.

«Casi una hora antes de su preciosa muerte (murió a las 10,30 de la noche), entró como en dulce éxtasis... Fijos los ojos en el cielo, comenzó a alabar con bellas, sublimes, afectuosas y enfáticas palabras (cosa del todo nueva, dado su natural más bien frío) las grandezas de Dios, diciendo y repitiendo por espacio de casi tres cuartos de hora continuos, en voz alta y clara... poco más o menos estos sentimientos»¹⁷...

El P. Salvador, para darnos mejor a entender lo espectacular y novedoso del hecho y el fervor elocuente con que Pío se expresaba «en voz alta y clara» durante el éxtasis, recoge el dato curioso de que «tuvieron que cerrar cuidadosamente la puerta de la habitación del enfermo para no despertar a la comunidad que dormía»¹⁸.

Otra circunstancia que destaca el P. Salvador en su relato es que las alusiones de Pío a la caridad, bondad y misericordia de Dios llevaban una tal carga de fervor enfático que parecía tal como si Dios, en aquella hora suprema, a punto de dar el salto a la eternidad, le hubiera manifestado el favor que le hacía librándole de la cárcel de este destierro.

«¡Oh grandeza infinita de Dios! —exclamaba Pío— ¡Oh infinita bondad, oh sabiduría, oh misericordia de Dios, gran-

17. Summ. Positio super Virt. p. 53 §181.

18. Summ. Positio super Virt. p. 236 §21.

de e incomprendible! ¡Oh gran caridad! ¡Sí, Dios es caridad!... ¿Cómo podrán los malos ofender a una tan excelsa y tremenda caridad?»¹⁹

En el silencio de la noche y en el escenario de aquella humilde habitación, la escena fue sin duda para los presentes impresionante y patética en grado sumo. Pío proseguía sin descanso y en un constante crescendo de fervor sus amorosas efusiones aludiendo ahora al misterio de la Encarnación, la Eucaristía, la belleza insondable del cielo... El P. Salvador, temiendo que el esfuerzo pudiera acelerar el fatal y temido desenlace, intentó frenar aquellos transportes amorosos, pero en vano. El enfermo, enajenado, no parecía prestarle atención, ajeno por entero a las cosas y personas que le rodeaban. Por fin, un violento vómito de sangre le devolvió a la realidad. En el ahogo de la hemoptisis, Pío sonreía plácidamente a los circunstantes, mientras el director le sugería y él repetía entrecordadamente los dulcísimos nombres de Jesús y de María.

La comunidad fue convocada con urgencia. Eran las 10,30 de la noche del 2 de noviembre de 1889 cuando Pío Campidelli terminó su carrera terrena en este mundo, pronunciando los nombres de Jesús y María y con una dulce y serena sonrisa en los labios, cual si se despidiera de sus hermanos «hasta pronto», «hasta que se volvieron a juntar en la gloria del cielo». Pío tenía 21 años, 6 meses y 4 días. Había vivido en la Congregación Pasionista 7 años y 6 meses, los suficientes, como bien lo hemos podido apreciar, para escalar las más altas cimas de la perfección en el amor.

No hay amor más grande que dar la vida

Conscientemente hemos dejado para este momento destacar en la muerte de Pío una nota de profundo contenido humano que caracteriza la espiritualidad de este joven por

¹⁹. *Summ. Ibid.*

tantos conceptos extraordinario en la perfección lograda, aunque ordinario y sencillo en el marco de su breve vida sin relieve social. Es la nota de su amor a la Romaña, su patria chica. Un amor tan fuerte, varonil y vibrante que le arrastró a ofrecer su vida en holocausto por el bien de su patria chica romana.

Pío, sencillo e ingenuo, dulce y bondadoso, escondido en el silencio del retiro pasionista, fue capaz de amores heroicos que vencieran el poder de la muerte. Quien empuñando las armas que matan sale a defender a la patria y muere bañado en sangre, no es más héroe que quien silenciosamente y sin aspavientos o espectaculares golpes de escena ofrece su vida a Dios desde el nivel de su fe y acepta morir para salvar a su patria chica. Puestos a escoger entre uno y otro héroe nos quedamos con Pío, héroe pacífico, que entregó a Dios su vida para que bendijera a su tierra romana y salvara a sus hijos.

La vida religiosa no mata los sentimientos naturales del corazón. Si la vida religiosa matara estos legítimos sentimientos no sería válida ni aceptable. El religioso no sólo puede sino que debe seguir amando a su propia familia originaria. Y entendemos por familia el hogar en que se nace: abuelos, padres, hermanos, sobrinos, pero también entendemos por familia la patria grande o chica que nos acoge al nacer y plasma en nosotros ciertos rasgos característicos de cultura, ambiente, raza... ¿Es que Jesús, el Maestro, no amó su patria terrena? No es justo olvidar el amor a nuestra propia tierra so pretexto de un amor primordial a Dios y a las realidades de la vida eterna. Lo uno no excluye a lo otro: más bien lo complementa, perfecciona y sublima.

Los santos amaron a su patria con exquisito y cálido afecto, lo cual no fue obstáculo para que sin renegar de este amor se entregaran también a otros amores, siempre puros, a otras tierras y a otras gentes. El corazón humano es grande como el mundo. En él cabe amar universalmente a todo el planeta con las gentes que lo pueblan.

Pío Campidelli amó su tierra. La amó con sus muchas virtudes y sus defectos evidentes. Diríamos mejor que la amó más entrañablemente todavía porque la veía marcada



Desde niño tuvo el B. Pío gran devoción a la Virgen de Casale. A sus plantas oró y se santificó como religioso. Al morir, parece ser que recibió la visita de la Santísima Virgen.

por ciertos defectos que a él, tan sensible y fervoroso cristiano, le hacían sufrir. Por eso ofreció su vida a Dios, para que su tierra romana se viera libre de defectos, para que sus hijos recuperaran en plenitud el sentido cristiano de la vida, para que todos en la Romaña, ricos y pobres, ancianos y jóvenes, libres de prejuicios ancestrales y agradecidos a Dios por haber recibido como hogar una región tan polifacética y hermosa, orientaran sus vidas por el camino de la verdad y la justicia hacia la libertad que nace del auténtico amor cristiano.

Todo lo romaño lo hacía temblar de emoción. A nivel religioso le hubiera complacido mucho que en la Congregación Pasionista abundaran y se multiplicaran las vocaciones romañas. Expresamente nos dice el romaño P. Raimundo, pasionista, que hablando con Pío y habiéndole manifestado su deseo de entrar en la Congregación, «Pío me sonreía y se revelaba contento porque otro romaño deseaba hacerse religioso pasionista»²⁰.

El P. Salvador evoca el holocausto que Pío hizo de su vida con estas palabras: «Con plena conciencia de lo que hacía ofrecía de continuo el sacrificio de su vida conformándose con la voluntad de Dios. Ofrecía este sacrificio de continuo por la Iglesia, por el Sumo Pontífice, por la Congregación, por la conversión de los pecadores y especialmente por el bien de su querida Romaña»²¹.

El P. Marino de Jesús y María, que fue Superior Provincial, al deponer en el Proceso atestigua haber «oído decir que Pío ofrecía sacrificios por el bien de la Iglesia, de la Congregación y de la Romaña»²². Quiso Dios que, a excepción del breve tiempo en que Pío fue destinado a S. Eutiquio en tierras del Lacio para completar el noviciado, toda su vida, desde niño hasta la muerte a los 21 años, se deslizara en la Romaña nativa, concretamente en las cercanías de Rimini entre el pueblo de Trebbio y el Santuario de Casale. Llenas

20. Summ. Ibid.

21. Summ. Positio super Virt. p. 210 §500.

22. Summ. Positio super Virt. p. 230 §4.

sus pupilas y su corazón de las personas, los paisajes y el ambiente de la Romaña, oró constantemente por su tierra, se sacrificó por ella y por ella murió.

«Había ofrecido su vida a Dios por el bien de la Iglesia y el Sumo Pontífice, por la conversión de los pecadores y especialmente por la Romaña»²³, nos dice el P. Pablo Antonio que también fue Superior Provincial, y el P. Alfonso María, que convivió con Pío en Casale, añade: «Pedía por el triunfo de la Iglesia, por la conversión de los pecadores y particularmente por su Romaña, ofreciendo su vida al Señor con esta finalidad»²⁴.

En la Biblia se le llama a Jeremías el hombre que mucho oraba por el pueblo de Isarel». Parodiando estas palabras afirmaba el P. Salvador acerca de su discípulo Pío y el poder intercesor de éste sobre la Romaña: «He aquí el hombre que mucho intercede por la Romaña»²⁵.

Séanos a nosotros permitido emitir nuestro juicio de valor y nuestro deseo augural en torno a este aspecto de la vida de Pío. El amó sin duda a su tierra romañola y dió la prueba más cabal de su amor ofreciendo su vida por su patria chica. Es un dato, como lo acabamos de ver, plenamente histórico y comprobable. ¡Quiera Dios disponer ahora las cosas de tal manera que Pío pueda ser proclamado un día, con méritos propios, Patrono y Protector de la Romaña, como en su día fue proclamado S. Gabril de la Dolorosa, también pasionista, celestial Patrono de la región de los Abruzos!

Elocuencia salvífica de una muerte santa

Fallecido el sábado día 2 de noviembre, la tarde del 3, domingo, fue inhumado Pío en el cementerio de San Vito, acompañado de un concurso extraordinario de pueblo,

23. Summ. Positio super Virt. p. 136 §141.

24. Summ. Positio super Virt. p. 33 §105.

25. Summ. Positio super Virt. p. 52 §178.

atraído por la fama de santidad de que el santo estudiante gozaba incluso fuera del convento²⁶. El P. Salvador ve en la muerte de Pío, hijo de Romaña, un verdadero signo providencial. Hacía casi 11 años que la comunidad pasionista se había establecido en Casale y todavía no se había producido ninguna baja en sus filas. Entre la gente del pueblo se decía que los religiosos ocultaban o trasladaban a otro lugar a sus muertos. Por ello, cuando sucedió la muerte de Pío, el más joven de la comunidad, y romañolo para más señas, los habitantes de la comarca se conmovieron profundamente y participaron en masa en su funeral. El P. Salvador concluye: «Bien podemos creer que Dios escogió un romañolo y precisamente de estos alrededores, para que todos conocieran antecedentes su enfermedad y se interesaran por su salud; quiso además el Señor que la enfermedad fuera un verdadero holocausto, consumado en muy breve intervalo de tiempo (cerca de tres meses y medio)... por el bien de la querida Romaña»²⁷.

El desenlace fue tan rápido que la familia Campidelli, incomprensiblemente, no fue avisada del deceso. Nos lo dice así Teresa que añade haberse enterado de la triste nueva por una mendiga que ocasionalmente pasó por casa pidiendo limosna y les informó que había estado «en Casale y participado en el solemne funeral de un frailecito»²⁸, de lo que dedujeron que Pío había pasado a mejor vida. A renglón seguido añade Teresa: «Pero si no fuimos al funeral de Casale, lo celebramos en Trebbio, aunque los frailes nos dijeron que Pío era un santo y no necesitaba sufragios»²⁹.

El P. Alberto, pasionista, nos dice que llegó a Casale «un par de meses después de la muerte de Pío, residiendo allí por espacio de casi dos años. Con frecuencia se hablaba de Pío como de otro S. Gabriel de la Dolorosa y era propuesto como modelo a imitar»³¹.

26. Summ. Positio super Virt. p. 230 §4.

27. Summ. Positio super Virt. p. 210 §501.

28. Summ. Positio super Virt. p. 230 §2-3.

29. Summ. Ibid.

30. Summ. Positio super Virt. p. 67 §244.

31. P. Hilario, Vida, p. 1169.

La fama de santidad de Pío fue creciendo más y más dentro y fuera de la Congregación. Los fieles recurrían a Pío en sus necesidades y se proclamaban agraciados por la intercesión del santo estudiante. Pronto la voz del milagro empezó a llenar el ambiente. Se decía que Pío Campidelli, el joven romañolo, conseguía de Dios abundantes favores a quienes confiadamente le invocaban.

Treinta y cuatro años reposaron los restos de Pío en el cementerio comunal de San Vito hasta que el 16 de junio de 1923 fueron solemnemente trasladados al Santuario de Casale, bajo la mirada protectora de la Virgen Nuestra Señora. La crónica del tiempo nos refiere que el acto de la traslación revistió especial solemnidad. *«Parecía que el corazón de toda la Romaña palpitara en torno al féretro, como palpita el corazón de todo pueblo en las horas más solemnes de su vida».*

La Romaña saludaba en Pío al hijo bueno, al hermano, al amigo que había ofrecido su vida por su patria chica. Cuatro jóvenes de Acción Católica llevaron en hombros la caja. Todos decían *«¡Es un romañolo! ¡Nos pertenece! ¡Es nuestro!».* En 1924 se inició el Proceso informativo concluido en 1928. Introducida oficialmente la Causa en 1938, el 21 de marzo de 1983 se publicó el solemne decreto en que el Santo Padre Juan Pablo II proclamaba públicamente la heroicidad de las virtudes del joven estudiante pasionista romañolo, Pío Campidelli.

Pero entre el traslado de 1923 y la proclamación de la heroicidad de las virtudes en 1983 un acontecimiento de lúgubre recuerdo pudo haber destruido por siempre los preciosos restos de Pío. Sólo que la Providencia de Dios velaba por nuestro santo estudiante y no permitió tan irremediable desventura. En 1944 el ejército alemán, que ocupaba el país, minó y destruyó en su retirada el santuario de Casale, salvándose providencialmente el muro en que estaba erigido el monumento funerario de Pío Campidelli. Reconstruido el nuevo santuario en su forma actual, se procedió en 1964 al nuevo reconocimiento de los restos de Pío, siendo trasladados a su actual enterramiento en el muro



«...he aquí la Virgen que llega...» -y Pío expira en un dulce éxtasis de amor.

derecho de la capilla, que está a la izquierda del altar principal del santuario.

Heroico en la práctica de la virtud

Previo a la beatificación y canonización de todo santo hay un acto de suma importancia en que, después de prolongados años de búsqueda y estudio, decide la Iglesia con solemne decreto, leído ante el Papa, la heroicidad de las virtudes de un determinado Siervo de Dios. Respecto de Pío, este acto tuvo lugar en la biblioteca privada del Papa Juan Pablo II el 21 de marzo de 1983, presentes los Card. Palazzini y Ciappi, Prefecto de la S. Congregación para las Causas de los Santos y Ponente de la Causa respectivamente, el Arzobispo-Secretario de la misma S. Congregación, Mons. Crissan y el P. Carlos Lizarraga, Postulador general de la Congregación pasionista.

He aquí en síntesis el retrato que se nos ofrece en el decreto sobre la vida heroicamente virtuosa de Pío. El texto completo lo encontrará el lector en el apéndice primero de este mismo libro.

Abrazó con gran fervor y magnanimidad no común la austera vida de los Pasionistas. Modelo de verdadero pasionista, trabajó denodadamente por llegar a la perfección de su estado. Humilde e inmerso en Dios, fiel al coro diurno y nocturno, asiduo a la meditación a la Pasión del Señor y a los Dolores de La Virgen, amante de la Eucaristía, recibida y adorada con angélico fervor, cumplió fielmente los consejos evangélicos, destacándose por su pureza y gozosa modestia, por lo que fue comparado con S. Luis Gonzaga, S. Juan Berchmans y S. Gabriel de la Dolorosa.

Obediente a imitación de Jesús, que obedeció hasta la muerte de cruz, vivió con alegría la pobreza y sus efectos en la austera vida pasionista. Anhelando seguir a Cristo Crucificado según el espíritu del cuarto voto, específico de los Pasionistas, se distinguió por un gran amor a la vida mortifi-

cada. Destacó entre sus hermanos en la práctica de la fe, la esperanza y la caridad. Recibidas fervorosamente las órdenes menores, se preparaba para el subdiaconado cuando cayó víctima de la enfermedad que en breve tiempo le llevó al sepulcro. Murió el 2 de noviembre de 1889, dando evidente prueba de gozosa paciencia y ofreciendo su vida por la Iglesia, por el Papa León XIII, por la conversión de los pecadores, por la Congregación pasionista y por «la querida Romana», su patria chica. De esta forma, uniendo su sacrificio al de Cristo en la Cruz, alcanzó la cima de la perfección cristiana y religiosa.

Cuidadosamente estudiadas las virtudes de Pío Campidelli, tanto los teólogos consultores como los eminentísimos Cardenales reunidos en asamblea plenaria, se pronunciaron con voto afirmativo, por lo que se leyó y promulgó ante el Papa Juan Pablo II el decreto en que públicamente Pío Campidelli, estudiante pasionista, fue proclamado HEROICO en la práctica de todas las virtudes cristianas, tanto teológicas como cardinales y anejas.

Era el 21 de marzo de 1983. Una fecha que pasará a la historia del joven pasionista y de su Congregación. En este día fue proclamada oficialmente ante el mundo la heroicidad de las virtudes del joven Campidelli. Quedaba abierto así el camino para que, previa la aprobación del milagro necesario, fuera Pío solemnemente beatificado, como lo fue efectivamente el día 17 de noviembre de 1985, cuando finalizaba el Año Internacional de la Juventud, en presencia de millares de peregrinos llegados de Italia y del mundo entero.

El milagro de la Beatificación

Nos complacemos en dar aquí, por fin, muy resumida, la historia del milagro de la Beatificación, aprobado unánimemente por la Comisión Médica de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Es una bella historia de confiada fe en el poder intercesor de los santos que sin duda estimulará a los amigos y devotos del nuevo Beato Pío

Campidelli, a recurrir a él en momentos de particular necesidad.

Corría el año 1926. Sor María Foschi, que entonces tenía 22 años de edad y era todavía novicia de la Congregación de las Pías Maestras de la Dolorosa en la casa de Coriano, cerca de Rímìni, cayó una mañana de una empinada escalera de 15 peldaños hasta el último, golpeándose peligrosamente la rodilla izquierda sobre el pavimento. Soportó en silencio el dolor y, mal que bien, pudo seguir con normalidad la vida común. Pero pasado un año, en 1927, la rodilla izquierda se le empezó a inflamar acusando fuertes dolores, hasta el punto de no poder articular la pierna. Se le presentaron además en torno a la rodilla dos heridas cutáneas de unos 5 centímetros de diámetro cada una, que emanaban una mucosidad amarillenta, no demasiado densa.

Nada de esto reveló la buena religiosa a la superiora, quizá esperando que todo ello fuera transitorio. Pero como persistiera el dolor y las llagas presentaran cada vez peor aspecto, no tuvo más remedio que manifestar su mal a la superiora comenzando a recibir las primeras curas, primero del Dr. Passanante y después del Dr. De Rubertis. El diagnóstico fue de artrosinovitis tuberculosa y el pronóstico grave y poco esperanzador.

Los remedios que le fueron aplicados de nada parecían servir. El mal no cesaba. Tampoco los dolores. La hinchazón de la pierna, lejos de remitir, parecía ir en aumento y las heridas seguían purulentas sin el menor atisbo de cicatrización. Sor María caminaba con extrema dificultad y los médicos hablaban ya de que, en vista de la ineficacia de la terapia usada hasta entonces, debería ser enyesada la pierna con peligro de que perdiera para siempre el movimiento.

«El médico –nos cuenta Sor María Foschi– me prescribió un unguento que de nada me sirvió, ya que el dolor, en vez de disminuir, aumentaba más y más y la rodilla seguía perdiendo vigor. Nuevamente llamamos al médico quien declaró se trataba de sinovitis tuberculosa, ordenándome que ungiera la rodilla con un bálsamo y lo expusieron al sol; en caso de no experimentar mejoría la pierna debería ser enyesada, advir-

tiéndome que, supuesto que curara, podría perder para siempre el movimiento»³².

Refiriéndose a las llagas que se le habían formado dice la misma Sor María que eran dos y que manaban «agua y sangre, presentando la rodilla un aspecto rojizo y negro». Evidentemente la cosa era seria. Visto que los remedios de la medicina de nada servían, la enferma pensó en buscarse un buen intercesor ante Dios. «Se me ocurrió –refiere– encomendarme a Pío Campidelli, estudiante pasionista, paisano mío, de cuya vida santa y dichosa muerte había oído hablar muchas veces y me puse bajo su protección esperando recibir la gracia deseada»³³.

Muy impresionada la superiora ante el grave estado de la enferma, le procuró una entrevista con el cirujano Director del hospital de Rímìni, Dr. Silvestrini. Este –cuenta Sor María– «cuando vió la pierna enferma exclamó: ¡Oh qué ruina!», y al escuchar yo esta exclamación tan poco alentadora recé mentalmente: ¡Hermano Pío, ven pronto en mi ayuda; ay de ti si no me concedes la gracia; tú bien sabes cuánto se sufre en una comunidad estando enferma!»³⁴.

El milagro se hizo. El hermano Pío, con tanta confianza invocado por Sor María Foschi, acudió en su auxilio y le consiguió de Dios el favor que solicitaba. Terminada la visita al Dr. Silvestrini y ya de vuelta en el convento, la enferma quiso controlar el estado de la rodilla, dado que durante el viaje de regreso se le había aflojado extrañamente las venidas y había notado la sensación de que la hinchazón estaba desapareciendo sin que, por lo demás, notara ya ningún síntoma doloroso o funcional. Sor María comprobó maravillosamente que, efectivamente, la rodilla se había deshinchado, y que de las dos lesiones existentes, la menor se había cerrado y secado enteramente y estaba recubierta de piel nueva y fresca, mientras que la mayor estaba a punto de cerrarse.

Aquella noche, por primera vez desde hacía tanto tiem-

32. Pos. Super Miraculo, fattisp. p. 4.
33. Pos. Super Miraculo, fattisp. p. 8.
34. Ibis, p. 8.

po, Sor María pudo dormir tranquilamente sin la menor molestia y al amanecer del día siguiente, apenas despierta, constató que la rodilla izquierda presentaba un aspecto salu-
dable en todo igual a la derecha sin que ni siquiera se notara la menor cicatriz.

Informado de la inesperada curación, el médico de cabe-
cera Dr. Passanante, no salía de su asombro. «Esta curación
-nos informa- sucedió real e inmediatamente y de manera
sobrenatural sin ayuda de las medicinas que la enferma había
dejado de lado puesto que no le merecían la menor
confianza»³⁵. Y dice en otro lugar: «Fue de verdad una
curación milagrosa cuando se preveía un empeoramiento de
las condiciones locales, y de forma inesperada, por la brevedad
de tiempo con que aconteció»³⁶.

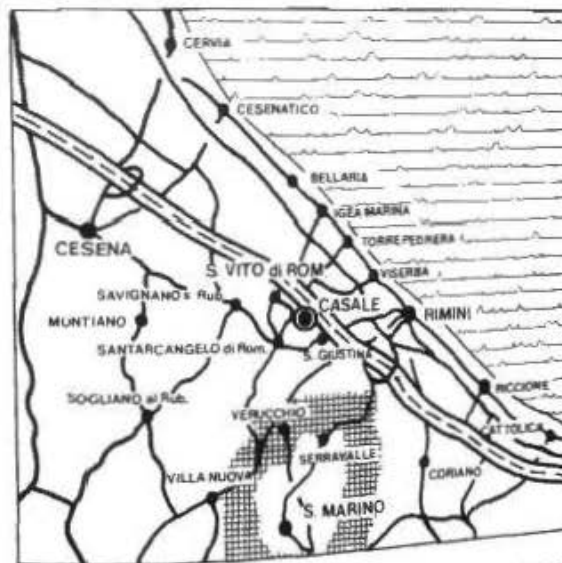
No sin agradecido gracejo confiesa la enferma: «Nada
quise saber ya de medicinas y dije al hermano Pío: «¡Mira que
prescindo de todo y sólo confío en ti: ¡haz lo que quieras...
trabaja bien!»...»³⁷. La misma enferma, cuando la dolencia
no parecía tener ya humano remedio, antes de consultarse
en Rímini con el Dr. Silvestrini, hizo la promesa de visitar a
pie, desde Rímini, el sepulcro de su santo bienhechor en el
caso de que le consiguiera la curación, y se preocupó de
conseguir de su superiora la conveniente autorización. Se
comprende por ello la alegría con que la buena religiosa, que
antes a duras penas podía viajar en coche, ya curada, em-
prendió el 3 de noviembre de 1928 el camino hacia el santua-
rio de Casale para cumplir su promesa ante la tumba de su
compaisano Pío Campidelli. Desde Coriano a Casale hay 18
kilómetros de distancia. Hasta Rímini cubrió la distancia de
8 kilómetros a pie y rezando devotamente hasta el Santuario
de Casale.

Los doctores de la Comisión médica que estudiaron este
caso con vistas a la posible Beatificación de Pío Campidelli,
previo meticuloso y detallado estudio, decidieron que se

35. Pos. Super Miraculo, fattisp. p. 11.

36. Ibid.

37. Pos. super Miraculo, fattisp. p. 12.



Cerca de la Ciudad de Rímini, en Casale, al lado del mar Adriático y con
vistas a la Rep. de S. Marino, está el Santuario de la Virgen de Casale,
donde reposa el Beato Pío, Estudiante Pasionista.

trataba evidentemente de una curación «no explicable naturalmente ya que toda la sintomatología patológica había desaparecido de manera completa y definitiva en el espacio de pocas horas»³⁸.

De hecho la curación fue completa y duradera. Sor María Foschi, que vive todavía en 1985 y goza de envidiable salud, pudo desempeñar en su Congregación todos los trabajos, a veces pesados, exigidos por su profesión. Después de 56 años de sucedida la milagrosa curación, sometida a nuevos exámenes clínicos para comprobar si quedaban todavía restos de la pasada dolencia, recibió este certificado médico: «El infrascrito Dr. Pomes Cristóforo confirma que la religiosa Sor María Foschi, de la Comunidad de las Pías Maestras de la Dolorosa de Rimini, en este momento, pasados 56 años de su curación en 1927, no presenta ya ninguna secuela de artrosinovitis tuberculosa a la rodilla izquierda como tampoco llagas de ninguna especie»³⁹.

38. Pos. Super Miraculo, Relaz. Cons. medica, p. 6.
39. Pos Super Miraculo, p. 60.

Apéndice 1.º

DECRETO LEIDO EN PRESENCIA DE S.S. JUAN PABLO II, EN QUE SOLEMNEMENTE SE DECLARA QUE EL JOVEN PIO CAMPIDELLI, PASIONISTA, PRACTICO EN GRADO HEROICO LAS VIRTUDES CRISTIANAS Y LOS DEBERES DE ESTADO COMO RELIGIOSO

Desde su alto y universal magisterio enseña así el Concilio Vaticano II: «La profesión de los consejos evangélicos aparece como un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana. Y como el pueblo de Dios no tiene aquí ciudad permanente sino que busca la futura, el estado religioso, por liberar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor, sea la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en el mundo, sea la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo, sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial» (LG, n. 44).

Cuando este «símbolo» se encarna en un joven de poco más que veinte años, todavía aparece mejor su eficacia, por haber acertado este joven a imitar precozmente «el género de vida que el Hijo de Dios tomó cuando vino a este mundo para cumplir la voluntad del Padre y que propuso a los discípulos que le seguían» (Ibid). También ante la juvenil

edad del Siervo de Dios PIO DE S. LUIS, clérigo profeso de la Congregación de la Pasión, el mundo de hoy debiera prestar atención a la advertencia del Apóstol: «Que nadie menosprecie tu juventud. Procura, en cambio, ser para los creyentes modelo en las palabras, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza» (1 Tim. 4, 12).

Nació el Siervo de Dios el 29 de abril de 1863 en Trebbio, fracción de Poggio Berni, diócesis de Rímini, cuarto de los seis hijos de los esposos José Campidelli y Filomena Belpani, siendo bautizado el mismo día con los nombres de Luis Nazareno Francisco en la iglesia parroquial de S. Andrés Apóstol de Poggio Berni. El 9 de febrero de 1873 recibió el sacramento de la confirmación y el 9 de junio de 1878, solemnidad de Pentecostés, se acercó por vez primera a la Eucaristía. Huérfano de padre a los seis años, fue educado cristianamente por la madre, mujer fuerte y piadosa, que para sacar a flote la familia continuó dedicándose a las faenas del campo que había iniciado su marido en calidad de colono. Recibida la primera instrucción del capellán de Trebbio, don A. Bertozzi, frecuentó más adelante la escuela elemental pública, distinguiéndose por su bondad y diligencia. Aunque no le disgustaban los juegos de la niñez, prefería asistir a la iglesia en calidad de diligente monaguillo y disfrutaba repitiendo en casa entre sus compañeros lo que había escuchado sobre la palabra de Dios. Desde aquéllos sus primeros años fue notable por su oración en pro de la conversión de los pecadores y su ardiente deseo de imitar al angélico S. Luis Gonzaga cuyo nombre compartía.

Aspirando al sacerdocio se resistió a secundar el deseo de sus familiares que deseaban su ingreso en el seminario diocesano. Habiendo conocido a los Pasionistas con ocasión de una misión popular, se sintió llamado por Dios a ser uno de ellos. Superadas con ejemplar fortaleza no pocas dificultades, con 14 años apenas cumplidos fue recibido en el vecino convento pasionista de Nuestra Señora de Casale, S. Arcángel de Romana, donde inició el noviciado, vistiendo el hábito religioso el 27 de mayo de 1882 con el nombre de PIO DE S. LUIS. Fue el primer novicio de la restaurada Provincia pasionista denominada de S. María de la Piedad

(con sede central en Recanati), que había dado ya a la Iglesia a S. Gabriel de la Dolorosa. Emprendida con fervor y entrega no común la austera vida pasionista, el Siervo de Dios terminó el noviciado en el convento de S. Eutiquio, fundado por S. Pablo de la Cruz en Soriano (Viterbo), pero no pudo emitir la profesión religiosa por falta de edad. Vuelto al convento de Casale, hizo la profesión de los votos religiosos el 30 de abril de 1884, añadiendo a los tres comunes el que es propio de los Pasionistas, consistente en «promover según las propias fuerzas la devoción a la Pasión del Señor como lo prescriben las Reglas y Constituciones de la Congregación».

Iniciado el «curriculum» de estudios literarios, filosóficos y teológicos entonces prescrito, el Siervo de Dios mantuvo el ritmo de virtudes religiosas emprendido en el noviciado. Modelo entre sus cohermanos de auténtica vida pasionista según la entonces íntegra Regla de S. Pablo de la Cruz, aspiró únicamente con alegría y transporte a la perfección de su estado. Humilde y recogido en Dios, asiduo al coro diurno y nocturno donde se deleitaba en el canto, favorecido por una preciosa voz, amante de la meditación sobre la Pasión y los Dolores de Nuestra Señora, hallaba su fuerza y sus delicias en la Eucaristía, recibida y adorada con angélico fervor. Se entregó a la observancia de los consejos evangélicos con sano realismo sin ceder a debilidades. La castidad le hizo «angélico» en la modestia gozosa y convencida, por lo que frecuentemente se le comparó con S. Luis Gonzaga, su patrono de bautismo, con S. Juan Berchmans y con su cohermano S. Gabriel de la Dolorosa. La obediencia le asemejó a Cristo «que se hizo obediente hasta la muerte de cruz» (Fil. 2,8), reconociendo con sencillez en los superiores la autoridad de Dios. Vivió con serenidad y sin complejos la pobreza, soportando sus consecuencias en la austeridad de la vida pasionista de entonces, incluso con la falta algunas veces de lo necesario, soportando el rigor de las estaciones, contentándose con hábitos gastados y remendados, afrontando los frecuentes ayunos y las largas abstinencias de Regla, como también las demás penitencias comunitarias, con el deseo de parecerse a Jesús Crucificado dentro del espíritu del llamado Cuarto Voto. Llevó coherentemente

una vida teologal de auténtica excepción, tanto en relación con la fe trinitaria, eucarística, pasiológica y mariana, como en relación con la esperanza vivida con desprendimiento de todo buscando de continuo a Dios, e igualmente en relación con la caridad más ardiente hacia el sumo Bien y con su disponibilidad hacia el prójimo, concretada en los oficios más humildes y en la amable corrección fraterna. El comportamiento habitual del Siervo de Dios, bien que en el ámbito de la vida regular de cada día propia de un clérigo pasionista de su tiempo, evidencia brillantemente un ejercicio de las virtudes habitual y constante que lo destacaba netamente sobre todos los demás, incluso ejemplares cohermanos, dentro del ambiente conventual de reconocida observancia y austeridad. Esta destacada eminencia de su virtud fue evidente en él durante sus cerca siete años y medio de vida pasionista, conduciéndolo al ápice de la perfección religiosa. Lleno de este fervor virtuoso se había preparado para subir al altar de su futuro sacerdocio, si bien estimándose indigno de ello en su sincera humildad. El 17 de diciembre de 1887, sábado de las sagradas témporas de Adviento, recibió las cuatro órdenes menores en la catedral de Rímini.

Estaba preparándose para recibir el subdiaconado cuando la primera manifestación de la violenta enfermedad de la tuberculosis pulmonar ofreció al Siervo de Dios nuevas y más heroicas ocasiones de virtud. Pese a su delicada compleción física, había podido abrazarse a la rígida vida de observancia pasionista perseverando en la misma durante los años de su formación. Al revelársele la enfermedad, cuya fase aguda se inició hacia la mitad del año 1889, el Siervo de Dios demostró la más invicta paciencia y resignación, perfectamente consciente del sacrificio de su vida que Dios le pedía. Encontraba su fuerza en la oración y sobre todo en la Eucaristía recibida con frecuencia, logrando mantener su habitual serenidad, sin el menor lamento, disimulando virtuosamente las inevitables desatenciones de cuantos le cuidaban. En la violencia del mal y en el ardor de la fiebre, cuando sintió acercarse el fin, tuvo fuerza para llevar a cabo la voluntaria oferta de su vida joven por la Iglesia, por el sumo pontífice León XIII, por la conversión de los pecadores, por



Con 81 años de edad, después de 56 años de su milagrosa curación, Sor María Foschi, reconstruye agradecida la historia del milagro.

su Congregación y, de manera muy particular, por el bien de su región de origen, la querida Romana. Llegaba así el Siervo de Dios al ápice de la perfección cristiana y religiosa, uniendo al sacrificio de Cristo el de su propia vida.

Después de haber recibido muchas veces los auxilios de la religión, la noche del 2 de noviembre de 1889, todavía confortado una vez más por el santo Viático, pasó casi dos horas en santos afectos con el Crucifijo y con una imagen de la Virgen, que tenía entre las manos, entrando después en un celestial deliquio con ardientes exclamaciones sobre la grandeza de Dios, su belleza y bondad, su amor y la ingratitude de los pecadores. Después de casi tres cuartos de hora en estos abrasados afectos, expiró dulcemente, habiéndole acometido un nuevo acceso del mal y pronunciando por última vez los nombres de Jesús y de María. Era sábado y recurría la Conmemoración de los Difuntos, justamente como lo había deseado él mismo para gozar de más abundantes sufragios. Sus despojos mortales recibieron sepultura primero en el cementerio local y sucesivamente, el 18 de junio de 1923, fueron trasladados a la iglesia de los Pasionistas en S. Maria de Casale, donde el Siervo de Dios había vivido y había muerto.

Su memoria se conservó siempre fresca y viva como también el sugestivo ejemplo de su vida piadosa e inmaculada en el siglo, de su pronta y generosa respuesta a la vocación religiosa, de su total y abnegada adhesión al espíritu propio de la Familia Pasionista, a ejemplo del Fundador, y de su continuo y perseverante anhelo de una mayor perfección hasta el último instante de su existencia.

La extraordinaria afluencia de fieles en la traslación de los restos mortales del Siervo de Dios fue una deslumbradora manifestación de su fama de santidad, bendecida también por insignes favores y presuntos milagros. Como creciera esta fama, fueron instruidos los Procesos ordinarios sobre la misma, sobre los escritos y el «non cuóltu» en las curias diocesanas de Rímini, Oria y Ostuni durante los años 1924-1928. El 18 de julio de 1928 se publicó el decreto «de nulla scriptorum repetitione» y el 5 de enero de 1938 se celebró la acostumbrada Introducción de la Causa. Los Procesos apos-

tólicos se tuvieron en las curias de Rímini, Taranto y Fermo durante los años 1939-1941. El decreto de validez de todos los Procesos lleva la fecha de 13 de abril de 1945 y fue publicado por la entonces Sagrada Congregación de Ritos. Preparada entre tanto la «Positio super virtutibus», el 4 de mayo de 1982 se tuvo el Congreso peculiar de la actual S. Congregación para las Causas de los Santos en que dieron su voto sobre la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios seis consultores y un Prelado oficial de la misma S. Congregación. El 26 de enero de 1983 se celebró la Congregación Plenaria de los Cardenales en que, haciendo de ponente o relator el Em. mo Mario Luis Ciappi, se volvió a discutir si el Siervo de Dios había practicado las virtudes heroicamente. Informado el sumo pontífice Juan Pablo II del éxito favorable de ambos congresos el 8 del siguiente mes de febrero. Su Santidad dio su conformidad y mandó se preparara debidamente el Decreto sobre las virtudes heroicas del dicho Siervo de Dios.

Habiéndose hecho así, el mismo sumo pontífice, ante el infrascripto cardenal Prefecto y Mario Luis Ciappi, ponente o relator de la Causa, ante mi, secretario obispo de la S. Congregación, y demás miembros convocados según costumbre, promulgó en el día de hoy: QUE CONSTA QUE EL SIERVO DE DIOS PIO DE S. LUIS, CLERIGO PROFESO DE LA CONGREGACION DE LA PASION DE JESUCRISTO, PRACTICO EN GRADO HEROICO LAS VIRTUDES TEOLOGALES DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD TANTO HACIA DIOS COMO HACIA EL PROJIMO, Y TAMBIEN LAS VIRTUDES CARDINALES DE LA PRUDENCIA, LA JUSTICIA, LA TEMPLANZA Y LA FORTALEZA Y SUS ENEJAS.

Este Decreto mandó que se promulgara convenientemente y se publicara en las actas de la Sagrada Congregación.

Dado en Roma el 21 de marzo de 1983.

- Pedro, Card. Palazzini, Prefecto.
- Trajano Crisan, arzobispo tit. Drivastensis, secretario.

Apéndice 2.º

DESDE LIMA (Perú) A LOS JOVENES DEL MUNDO:
«PREPARAD EL NUEVO MILENIO QUE SE ACERCA
DESDE EL ESPIRITU DE LAS BIENAVENTURANZAS»

Amadísimos jóvenes:

1. En este encuentro, que tanto he deseado y al que vosotros os habéis preparado gozosamente con numerosas iniciativas, *nos ha hablado Jesús*. Acabamos de escuchar uno de los pasajes del Evangelio que más ha conmovido al mundo a lo largo de los siglos: *las ocho bienaventuranzas del sermón de la montaña*.

Con expresivas palabras se refirió el Papa Pablo VI a este pasaje presentándolo como «uno de los textos más sorprendentes y más positivamente revolucionarios: ¿Quién se habría atrevido en el curso de la historia a proclamar 'felices' a los pobres de espíritu, a los afligidos, a los mansos, a los hambrientos, a los sedientos de justicia, a los misericordiosos, a los puros de corazón, a los artífices de la paz, a los perseguidos, a los insultados...? Aquellas palabras, sembradas en una sociedad basada en la fuerza, en el poder, en la riqueza, en la violencia, en el atropello, podían interpretarse como un programa de vileza y abulia indignas del hombre; y en cambio, eran proclamas de una nueva 'civilización del amor'» (Homilía en la Misa del 29 de enero, 1978).

2. Queridos amigos: El programa evangélico de las bienaventuranzas es trascendental para la vida del cristiano y para la trayectoria de todos los hombres. Para los jóvenes y para las jóvenes es sencillamente un programa fascinante. Bien se puede decir que quien ha comprendido y se propone practicar *las ocho bienaventuranzas* propuestas por Jesús, ha comprendido y puede hacer realidad *todo el Evangelio*. En efecto, para sintonizar plena y certeramente con las bienaventuranzas, hay que captar en profundidad y en todas sus dimensiones las esencias del mensaje de Cristo, hay que aceptar sin reserva alguna el Evangelio entero.

Ciertamente el ideal que el Señor propone en las bienaventuranzas es elevado y exigente. Pero por eso mismo resulta un programa de vida *hecho a la medida de los jóvenes*, ya que la característica fundamental de la juventud es la *generosidad*, la apertura a lo sublime y a lo arduo, el compromiso concreto y decidido en *cosas que valgan la pena*, humana y sobrenaturalmente. La juventud está siempre en actitud de búsqueda, en marcha hacia las cumbres, hacia los ideales nobles, tratando de encontrar respuestas a los interrogantes que continuamente plantea la existencia humana y la vida espiritual. Pues bien, ¿hay acaso ideal más alto que el que nos propone Jesucristo?

Por eso yo, Peregrino de la Evangelización, siento el deber de proclamar esta tarde ante vosotros, jóvenes del Perú, que *sólo en Cristo* está la respuesta a las ansias más profundas de vuestro corazón, a la plenitud de todas vuestras aspiraciones; sólo en el *Evangelio de las bienaventuranzas* encontraréis el sentido de la vida y la luz plena sobre la dignidad y el misterio del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22).

3. Jesús de Nazaret comenzó su misión mesiánica predicando *la conversión en el nombre del reino de Dios*. Las bienaventuranzas son precisamente el programa concreto de esa conversión. Con la venida de Cristo, Hijo de Dios, *el reino se hace presente en medio de nosotros*: «Está dentro de nosotros», y al mismo tiempo ese reino constituye la escatología, es decir, *la meta definitiva de la existencia humana*. Pues bien, cada una de las ocho bienaventuranzas señala esa

meta ultratemporal. Pero al mismo tiempo cada una de las bienaventuranzas afecta directa y plenamente al hombre en su *existencia terrena* y temporal. Todas las situaciones que forman el conjunto del *destino humano* y del *comportamiento del hombre* están comprendidas de forma concreta, con su propio nombre, en las bienaventuranzas. Estas señalan y orientan en particular el comportamiento de los discípulos de Cristo, de sus testigos. Por eso las ocho bienaventuranzas constituyen el *código* más conciso de la *moral evangélica*, del estilo de vida del cristiano.

Las palabras que Jesús pronunció hace dos mil años en el sermón de la montaña, son siempre de vital actualidad. Iluminando la historia han llegado hasta nosotros. La Iglesia las ha repetido siempre y lo hace también ahora, dirigiéndolas sobre todo a los jóvenes de *corazón generosos y abiertos al bien*. Escuchad.

4. Jesús proclama: *Bienaventurados los que lloran*: es decir, los afligidos, los que sienten sufrimiento físico o pesadumbre moral: *porque ellos serán consolados* (Mt 5, 5).

El sufrimiento es en cierto modo el destino del hombre, que nace sufriendo, pasa su vida en aflicciones y llega a su fin, a la eternidad, a través de la muerte, que es una gran purificación por la que todos hemos de pasar. De ahí la importancia de descubrir el *sentido cristiano del sufrimiento humano*. Es éste el tema de mi Carta Apostólica *Salvifici doloris* que, va a hacer pronto un año, dirigí a todo el Pueblo de Dios. En ella traté de describir lo que es el mundo del sufrimiento humano con sus mil rostros y sus terribles consecuencias; y en ella, a la luz del Evangelio, traté de dar respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento. Con la mirada fija «en todas las cruces del hombre de hoy» (n. 31), afirmé que «en el sufrimiento se esconde una particular fuerza que acerca interiormente el hombre a Cristo» (n. 26). Este es el *consuelo de los que lloran*.

Los jóvenes, poniendo en juego su generosidad, no han de tener nunca miedo al sufrimiento visto a la luz de las bienaventuranzas. Han de *estar siempre cerca de los que sufren* y han de saber descubrir en las propias aflicciones y en

las de los hermanos el valor salvífico del dolor, la fuerza evangelizadora de todo sufrimiento.

5. *Bienaventurados los limpios de corazón.* Jesús asegura que los que practican esta bienaventuranza verán a Dios (cf. Mt 5, 81). Los hombres de alma limpia y transparente, ya en esta vida, ven en Dios, ven a la luz del Evangelio todos los problemas que exigen una pureza especial: así, el amor y el matrimonio. Sobre estos temas la Iglesia ha hablado siempre, y sobre todo en nuestro tiempo, con mucha claridad e insistencia, proyectando la luz de su doctrina particularmente sobre la juventud.

Qué importante es educar a los jóvenes y a las jóvenes para el «amor hermoso», con el fin de alejarles de todas las asechanzas que tratan de destruir el tesoro de su juventud: de la dorga, la violencia, el pecado en general; y orientarles por el camino que lleva a Dios: en el matrimonio cristiano, camino real para la realización humana y santificación de la mayoría de las mujeres y hombres; y también, cuando Cristo llama, en la entrega radical exigida por la *vocación sacerdotal o religiosa*. La Iglesia necesita hoy muchos apóstoles para evangelizar el mundo del nuevo milenio que se acerca, y espera encontrar esos evangelizadores entre vosotros, hombres y mujeres jóvenes del Perú.

6. *Bienaventurados los misericordiosos* (Mt 5, 7). La misericordia constituye el centro mismo de la Revelación y de la Alianza. La misericordia, tal como la explicó y practicó Jesús, «rico en misericordia» (Dives in misericordia), es la cara más auténtica del amor, es la plenitud de la justicia. Por lo demás, el amor de misericordia no es una mera compasión con el que sufre, sino una *efectiva y afectiva solidaridad con todos los afligidos*.

El joven noble, generoso y bueno debe distinguirse por su *sensibilidad hacia los sufrimientos de los otros*, hacia toda desgracia, hacia cualquier mal que afecte al hombre. La misericordia no es pasividad, sino decidida acción en favor del prójimo, desde la fe.

¡Cuántas falanges de jóvenes se ven hoy dedicadas con

inmensa alegría al servicio de los hermanos en todas las partes y en las circunstancias más difíciles de la vida! La juventud es servicio. Y el testimonio de servicio y fraternidad que da la juventud de hoy es una de las cosas más consoladoras y maravillosas de nuestro mundo.

El Señor da en premio a los misericordiosos la *misericordia misma*, la alegría, la paz.

7. *Los pacíficos*, los artífices de la paz: he aquí una categoría excepcional de hombres a los que Jesús proclama bienaventurados. Esta felicitación que nuestro Señor dirige a los que buscan la paz en el ámbito familiar, social, laboral y político a nivel nacional e internacional, tiene una actualidad sorprendente.

Vosotros sentís justamente *-debéis sentirlo siempre-* el anhelo de una sociedad más justa y solidaria; pero no sigáis a quienes afirman que la injusticias sociales sólo pueden desaparecer mediante el odio entre clases o el *recurso a la violencia* u otros medios anticristianos. Sólo la conversión del corazón puede asegurar un cambio de estructuras en orden a la construcción de un mundo nuevo, un mundo mejor. «El tener confianza en los medios violentos, con la esperanza de instaurar más justicia, es ser víctima de una ilusión mortal. *La violencia engendra violencia y degrada al hombre*. Ultraja la dignidad del hombre en la persona de las víctimas y envilece esta misma dignidad en quienes la practican» (S. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre algunos aspectos de la «teología de la liberación»*, XI, 7). «Solamente recurriendo a las *capacidades éticas* de la persona y a la perpetua necesidad de conversión interior se obtendrán los cambios sociales que estarán verdaderamente al servicio del hombre» (Puebla, IV, 3, 3. 3).

Construir la paz de hoy y la paz del mañana, la paz del año 2.000: ésta es vuestra tarea, si queréis ser llamados «hijos de Dios». No olvidéis nunca que, como dije en mi Mensaje de primero de año, «la paz y los jóvenes caminan juntos».

8. *Bienaventurados los mansos* (Mt 5, 4). Se expresa así

el maestro bondadoso, que predicando el reino de Dios dijo también a sus discípulos: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).

Es manso aquel que vive en Dios. No se trata de cobardía, sino del auténtico valor espiritual de quien sabe enfrentarse al mundo hostil no con ira, no con violencia, sino con benignidad y amabilidad: venciendo el mal con el bien, buscando lo que une y no lo que divide, lo positivo y no lo negativo, para «poseer así la tierra» y construir en ella la «civilización del amor». He aquí una tarea entusiasmante para vosotros.

9. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia* (Mt 5, 6). Con estas palabras Jesús nos convoca a la santidad, a la justicia o perfección que surge de la escucha de la Palabra de Dios hecha estilo de vida, conducta social, existencia cotidiana. De esa justicia que la Iglesia quiere *promover eficazmente* entre los hombres mediante su *doctrina social*, que vosotros, jóvenes, debéis estudiar con interés y aplicar con tesón.

El cristiano auténtico ha de asumir responsablemente las exigencias sociales que nacen de su fe. La visión del mundo y de la vida que nos da el Evangelio y que nos explica la doctrina social católica, impulsa a la acción constructiva mucho más que cualquier ideología, por muy atrayente que parezca.

Así, pues, jóvenes, ¡ánimo! La Iglesia os guía por los derroteros que llevan a los «nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia» (2 Pe 3, 13). No desoigáis su voz. Aceptad plenamente sus enseñanzas.

10. *Bienaventurados los pobres de espíritu* (Mt 5, 3). Esta es precisamente la primera de las ocho bienaventuranzas que proclamó Jesús en el sermón de la montaña.

«Los pobres de espíritu son aquellos que están más *abiertos a Dios* y a las 'maravillas de Dios' (Act 2, 11). Pobres, porque están siempre dispuestos a aceptar ese don de lo alto, que proviene del mismo Dios. Pobres de espíritu son los que

viven conscientes de haberlo recibido todo de las manos de Dios como un don gratuito y que valoran cada uno de los bienes recibidos. Constantemente agradecidos, repiten sin cesar: 'Todo es gracia', 'demostramos gracias al Señor nuestro Dios'... Los corazones abiertos a Dios están, por eso mismo, más abiertos a los hombres. Están dispuestos a ayudar desinteresadamente. Dispuestos a compartir lo que tienen. Dispuestos a acoger en su casa a una viuda o a un huérfano abandonados. Siempre encuentran un lugar disponible dentro de las estrecheces en que viven. Y encuentran también siempre un poco de alimento, un pedazo de pan en su pobre mesa. *Pobres pero generosos. Pobres, pero magnánimos*» (Discurso en la «Favela Vidigal», Río de Janeiro, 2 de julio 1980, 2).

Así, pues, pobres de espíritu son aquellos que, careciendo de bienes terrenales, saben vivir con dignidad humana los valores de una *pobreza espiritual rica de Dios*; y aquellos que, poseyendo los bienes materiales, viven el desprendimiento interior y la *comunicación de bienes* con los que sufren necesidad.

De los pobres de espíritu *es el reino de los cielos*. Esta es la recompensa que Jesús les promete. No se puede prometer más.

Esta bienaventuranza que, en cierto sentido, comprende todas las demás, hemos de proyectarla sobre los *pobres reales* teniendo en cuenta todas las clases y formas de pobreza que existen en nuestro mundo y mirando también a tantos *hombres ricos que son terriblemente pobres* (cf. Radiomensaje de Navidad, 1984).

Mirando así a todos los que sufren por *carencias materiales o espirituales*, la Iglesia ha hecho su oposición preferencial, no exclusiva ni excluyente, por los pobres. En esta opción que el Episcopado Latinoamericano hizo ya en Medellín y Puebla y que yo he proclamado de nuevo en mi último Mensaje de Navidad, vosotros, los jóvenes del Perú, tenéis muy unidos a la Iglesia y a sus Pastores.

11. Junto a la primera quiero citar ahora la última bienaventuranza, la referente a los que *sufren persecución*

por causa de la justicia, los que son perseguidos por dar testimonio de la fe: son auténticos pobres de espíritu y por eso Jesús dice también que *de ellos es el reino de los cielos* (cf. Mt 5, 10).

Yo os invito a una solidaridad especial con estos pobres, que son tantos en nuestro mundo de hoy: víctimas de esas pobreza que afectan a los valores espirituales y sociales de la persona. Los jóvenes, que tanto aprecian el valor de la libertad, pueden comprender muy bien lo que es sufrir *por falta de libertad*, sobre todo *por falta de libertad religiosa*. No olvidemos nunca a estos hermanos nuestros a quienes Cristo felicita en su octava bienaventuranza. Son los preferidos del Señor y por eso han de ser también los preferidos de la Iglesia.

12. Queridos jóvenes: Si queréis ser de verdad felices, buscad la identificación con Cristo. «El es el verdadero protagonista de las ocho bienaventuranzas: no es sólo el que las ha enseñado o enunciado, sino que es, sobre todo, el que las ha realizado del modo más perfecto durante y por toda su vida» (Homilía en la parroquia romana de San Marcos, 29 de enero, 1984).

Es verdad que las bienaventuranzas no son mandamientos. Pero ciertamente están *comprendidas* todas ellas en el *mandamiento del amor*, que es el «primero» y el «más grande». Las bienaventuranzas son como el retrato de Cristo, un resumen de su vida y «por eso se presentan también como un 'programa de vida' para sus discípulos, confesores, seguidores. Toda la vida terrena del cristiano, fiel a Cristo, puede encerrarse en este programa, en la *perspectiva del reino de Dios*» (cf., Homilía citada).

Jóvenes, vosotros estáis en condiciones de entusiasmaros con ese programa. Pero para poder realizarlo necesitáis recurrir a la oración, acudir con humildad, confianza y sinceridad al sacramento de la reconciliación y participar con fervor en la Eucaristía.

Necesitáis también mirar a la Santísima Virgen, a quien la tradición de la Iglesia ha llamado siempre *bienaventurada*. Que María sea vuestra Madre. Procurad descubrir, a través

de la meditación frecuente, la fidelidad con que Ella vivió el espíritu de las bienaventuranzas. Que Santa María os guíe siempre por el camino de la verdad, del bien, del amor y de la generosidad.

No es éste el momento para indecisiones, ausencias o faltas de compromiso. Es la hora de los audaces, de los que tienen esperanza, de los que aspiran a vivir en plenitud el Evangelio y de los que quieren realizarlo en el mundo actual y en la historia que se avecina.

APENDICE 3.º

DEL MENSAJE DEL PAPA PARA EL DIA MUNDIAL
DE ORACION POR LAS VOCACIONES (28 abril 1985)

¡JOVENES, CRISTO OS AMA! -He aquí la gozosa nueva que no podrá menos de llenaros de estupor. Mi mensaje para vosotros no puede ser otro sino el mismo del Evangelio: Cristo siente hacia vosotros un amor de predilección y os incita al amor.

Mi coloquio con vosotros ha conocido ya los caminos del mundo y por todas partes he encontrado jóvenes sedientos de amor y de verdad, si bien agobiados por muchos interrogantes y problemas sobre el sentido que habrán de dar a la propia existencia.

No es raro que caigáis, desgraciadamente, en manos de falsos guías y maestros, que tratan de halagaros, de abusar de vuestra generosidad y de empujaros incluso hacia actividades que sólo engendran amargura y desencanto.

Quisiera preguntaros ahora: ¿habéis encontrado a aquel que se proclamó el único verdadero «Maestro» (Mt. 23, 8)? ¿Ignoráis que sólo El «tiene palabras de vida eterna» (Jn 6, 68) y posee las más seguras respuestas para vuestros problemas?

El amor de Cristo es la fuerza más grande del mundo, es vuestra fuerza. ¿Habéis hecho este maravilloso descubri-

miento? Cuando un joven o una joven lo encuentran personalmente y descubren su amor, tienen confianza en El, escuchan su voz, se entregan a su seguimiento, dispuestos a todo, incluso a dar su vida por El.

¡JOVENES, CRISTO OS LLAMA! —El amor conoce diferentes caminos y son también diferentes las tareas que El confía a cada uno y cada una de vosotros.

En el ámbito de la vida cristiana todo bautizado tiene una «llamada», y todas las vocaciones son importantes, todas merecen grande estima y reconocimiento, todas deben ser acogidas y seguidas con generosidad. Pero el Señor Jesús, al fundar la Iglesia, quiso instituir particulares ministerios, que confía a cuantos libremente escoge entre sus discípulos.

Así a muchos de entre vosotros, más numerosos de cuanto lo podáis sospechar, el divino Redentor desea transmitir el sacerdocio ministerial para hacer el don de la Eucaristía a la humanidad, perdonar los pecados, predicar el Evangelio, guiar las comunidades. Cristo cuenta con vosotros para esta maravillosa misión. Los sacerdotes son necesarios en el mundo porque Cristo es necesario.

A muchos de vosotros os pide el Señor Jesús que lo dejéis todo para seguirle a El, pobre, casto, obediente. A muchos jóvenes les dirige la misteriosa llamada para vivir un proyecto de amor exclusivo con El en la vida virginal.

¿Pensáis quizá que estas llamadas se refieren a los demás y no ya acaso a vuestras personas? ¿Os parecen muy difíciles porque comportan renunciadas, sacrificios e incluso el ofrecimiento de la vida?

Mirad la prontitud de los apóstoles. Mirad la magnífica experiencia de miles y miles de sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, laicos consagrados, misioneros, que llegaron hasta el heroísmo para dar testimonio a la humanidad de que Cristo murió y resucitó.

Mirad la generosidad de miles y miles de jóvenes, que en los seminarios, noviciados y en otras instituciones de formación se preparan para las Ordenes sagradas, para la profesión de los consejos evangélicos, para el mandato misionero.

Llegue a todos estos jóvenes nuestra palabra de aliento y nuestra invitación para proponer a sus coetáneos el ideal que están realizando.

¡JOVENES, CRISTO OS MANDA! —«Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio a todas las gentes» (Mc 16, 15). Estas palabras pronunciadas por el Señor Jesús antes de subir al Padre os las dirige hoy a muchos de vosotros. En el umbral del tercer milenio de la venida de Jesús, una gran masa de hombres todavía no ha recibido la luz del Evangelio y sigue en graves condiciones de injusticia y de miseria.

El mismo Señor revela la desproporción entre las inmensas necesidades de salvación universal y el número insuficiente de colaboradores. «La mies es mucha pero pocos los obreros» (Mt 9, 37): así exclamó viendo las multitudes de todo tiempo cansadas y agotadas como rebaño sin pastor. En mis viajes apostólicos por toda la tierra, constato cada vez más la actualidad del lamento del Salvador.

Sólo la gracia de Dios, solicitada mediante la oración, puede colmar esta dolorosa desproporción. ¿Permaneceréis indiferentes escuchando el grito que surge de la humanidad? Os exhorto a orar y también a ofrecer vuestras personas si el Dueño de la mies quiere enviaros como operarios a su campo (cf. Mt 9, 38).

Situaos en primera fila entre quienes están dispuestos a dejar la propia tierra por una misión sin fronteras. A través de vuestra personas Cristo aspira a llegar a la humanidad entera».

Apéndice 4.º

DISCURSO DE JUAN PABLO II A LOS JOVENES EN
EL SANTUARIO DE S. GABRIEL DE LA DOLORO-
SA (30 junio 1985)

Nota: Este discurso papal tiene particular significado por haber sido pronunciado en el Año Internacional de la Juventud y en el Santuario de S. Gabriel de la Dolorosa que sirvió de especial modelo al nuevo Beato Pío Campidelli en sus ascensiones hacia la santidad.

Carísimos jóvenes:

1. Mucho me alegra encontrarme a vuestro lado en este sugestivo santuario de San Gabriel de la Dolorosa, al pie del Gran Sasso de Italia, que con su atrevida aguja invita no tan sólo a realizar excursiones turísticas sino también atrevidas ascensiones espirituales. (...) La conmemoración del primer centenario de la venida de S. Gabriel al Abruzzo y del 25 aniversario de su proclamación como Patrono principal del Abruzzo y Molise «os ha brindado a vosotros, queridos jóvenes, y a mi, ocasión propicia para visitar este santuario y

para venerar los sagrados despojos del «Santo de la Sonrisa». Esta peregrinación os ha congregado de todas las partes de ambas regiones en representación de los movimientos eclesiales juveniles (...). Yo he venido por vosotros, para veros, para hablaros, para miraros a los ojos, como hacía Jesús (Mc 10,20); he venido para deciros una palabra particular en este Año Internacional de la Juventud que os sirva de estímulo para vivir cada vez más profundamente las exigencias del Evangelio a la esplendida luz del ejemplo de un joven, más o menos de vuestra edad, S. Gabriel de la Dolorosa.

2. El primer sentimiento que nace en mi corazón es el de *gozo* como os lo he indicado ya. El gozo cristiano fue la nota característica de S. Gabriel quien, hasta en la meditación continua de la Pasión de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen Dolorosa vivió profundamente toda su interior resonancia haciéndola tema de conversación y correspondencia epistolar. Las «Fuentes histórico-biográficas» afirman que: «había recibido de la naturaleza un carácter muy vivo, suave, jovial, insinuante, como también resuelto y generoso, y tenía un corazón sensibilísimo y lleno de afecto... de palabra pronta, apropiada, aguda, fácil y llena de gracia, que impresionaba y llamaba la atención» (p.24 s). Escribía a los familiares: «El contento y la alegría que experimento dentro de estos sagrados muros es casi indecible» (Escritos, p. 185); «mi vida rebosa alegría» (ibid. p. 192); «mi vida es un continuo gozar» (ibid. p. 206); más todavía: «vivo contento por haberme retirado a esta santa religión» (ibid. p. 322).

A este nivel se eleva la alegría cristiana siempre que se emprende un efectivo camino de fe, de esperanza y caridad auténticamente evangélicas. También vosotros, queridos jóvenes (...) siguiendo la estela del luminoso ejemplo que incesantemente se irradia de este santuario, estáis invitados a descubrir las profundas raíces de la alegría, es decir de la *buena nueva* anunciada a la tierra desde la venida de Jesús: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo» (Lc 2,10). Tened cada vez más clara

conciencia de esta realidad interior que caracteriza a todo seguidor de Cristo, llamado a vivirla intensamente y a proclamarla como expresión de la nueva alianza, sellada por la sangre del Cordero, sello pascual de la Resurrección y del Alleluia.

Difundidla en los ambientes en que vivis y desarrolláis vuestras actividades: en la familia, en la escuela, en los puestos de trabajo, de deporte y diversión; comunicádsela sobre todo a las personas solas, ancianas, enfermas o marginadas de la sociedad; a las absorbidas por los negocios o hastiadas por la *routine* y el *tran-tran* cotidiano; a las que en vano la buscan donde no está: en los mortales sucedáneos de la droga y del alcohol o en el fatal y vacío recurso al consumismo y al desempleo; sobre todo a las que se hubieren dejado sugestionar por las deplorables iniciativas inspiradas de cualquier forma en la violencia o la falta de respeto hacia la persona de los demás. A todos aquellos hermanos y hermanas que, de una forma u otra, consciente o inconscientemente, esperan una palabra vuestra, una sonrisa o vuestra amistad, no les neguéis vuestra presencia, no les rehuséis vuestra alegría ni las razones de vuestra esperanza.

3. Conoceréis ciertamente la vida de S. Gabriel: nacido en Asís en 1838 de la ilustre familia del gobernador del Estado Pontificio, Santos Possenti, recibió en el bautismo el nombre de Francisco. A los 18 años entró a formar parte de la familia pasionista, haciendo el noviciado en Morrovalle. En julio de 1859 llegó con sus compañeros a Isola del Gran Sasso, última etapa de su peregrinación; aquí murió efectivamente el 27 de febrero de 1862, a la edad de 24 años. Como veis, externamente nada hubo en él de excepcional, ¡pero cuánta riqueza interior vibró en su ánimo sensible y generoso y qué total entrega de si mismo supo hacer a Dios y a la Virgen en la absoluta Fidelidad a la regla y al espíritu de oración y *penitencia!*

En conformidad con el carisma propio de la *Congregación de la Pasión de Jesucristo*, descubrió el secreto de su perfección en la meditación de Cristo Crucificado y de la Madre Dolorosa al pie de la Cruz. En la escuela de Jesús y de

María acertó a alcanzar en el corto espacio de pocos años las cimas más elevadas de la perfección, con ímpetu verdaderamente admirable: *ad Jesum per Mariam!*

Dispuesto a morir para dar fruto (*Jn 24, 12*), se enterró a sí mismo en el surco fecundo de la Cruz de Cristo contribuyendo a la acción salvadora que allí se actúa cada día hasta el fin del mundo. En la Cruz comprendió el encuentro salvador de la culpa con la inocencia, de la maldad con la bondad, del odio con el amor, de la muerte con la vida; en la Cruz comprendió el abrazo de la justicia con la misericordia, del dolor con la esperanza, de la alegría con el sacrificio. No cesaba de repetir dirigiéndose a María Dolorosa al pie de la Cruz: «mi paraíso son tus dolores, oh Madre mía» (*Fuentes, 136*).

4. Carísimos jóvenes, S. Gabriel, vuestro coetáneo, os recuerda hoy que si deseáis ser verdaderamente cristianos no podéis rehusar compartir la Pasión del Señor llevando tras El vuestra propia cruz: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y me siga. El que quiera salvar su propia vida la perderá, pero quien pierda la propia vida por mí la salvará» (*Lc 9, 23-24*).

Es ésta la ley de la ascética cristiana, aceptada también por la sabiduría humana: «*per crucem ad lucem*»; «*per angustia ad augusta*». El mismo poeta Dante Alighieri significativamente amonestaba: «ni sentados sobre plumas ni al cobijo de una colcha se llega a la fama» (*Inf. c. XXIV, vv. (7-48)*).

Al margen de la cruz la vida no tiene sentido, sabor o valor. Quien tratara de desconocer las páginas del Evangelio que documentan el trágico epílogo de la vida terrena de Jesús soñando en un Evangelio más fácil, más cómodo, más conforme a una forma complaciente de vivir, reduciría el Evangelio de Jesús a un documento del pasado, a una palabra inerte, a un relato sin vida y sin capacidad de salvación. El Señor ha salvado el mundo con la cruz, ha devuelto a la humanidad la esperanza y el derecho a la vida con su muerte. No se puede honrar a Cristo si no se le reconoce como salvador, si no se reconoce el misterio de su santa Cruz. Aquí

está el núcleo del mensaje vivido por S. Gabriel de la Dolorosa y recomendado a los jóvenes.

5. Carísimos, acordaos siempre que también vosotros podréis colaborar en la redención del mundo, si sabéis llevar la cruz, es decir, si sabéis afrontar la vida con valor, sin molicie ni vileza; si sabéis transformar en energía moral las inevitables dificultades inherentes a vuestras específicas situaciones existenciales; si sabéis comprender el dolor de los demás y ser buenos samaritanos hacia los hermanos que encontráis a lo largo del camino de vuestra carrera humana; si sabéis, finalmente, establecer con Cristo una profunda comunión afectiva y efectiva.

Acoged con generosidad esta consigna que hoy depositamos en vuestras manos llevándola a la práctica con aquel entusiasmo de que sois capaces. De esta forma conseguiréis huir de las incertidumbres y temores que no dejan de ensombrecer el horizonte, y seréis de verdad portadores de una nueva civilización en que se realizarán la justicia, la verdad, la solidaridad y el amor.

Pasados veinte años del Concilio Vaticano II, os repito los mismos cálidos acentos de aquella gran Asamblea ecuménica: «La Iglesia os mira con confianza y amor... Miradla también vosotros y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes» (*Mensaje a los jóvenes, 8 dic. 1965*).

6. Deseo dirigiros una última exhortación que resumo en una sola palabra: *coherencia*.

Sed coherentes con vuestra vocación y con la fe cristiana. La fe es un don que se debe custodiar, pero no de forma intimista e individualista. La fe penetra la profundidad del corazón, lo llena exuberantemente y por lo mismo se difunde en las acciones. Consiguientemente al ser de cristianos debe responder el vivir como cristianos.

Sentíos orgullosos de profesaros abiertamente lo que sois. Sentíos contentos de testimoniar con la conducta los

valores morales contenidos en la ley de Dios, por ejemplo, la pureza, la honestidad de las costumbres, la santidad del matrimonio y de la familia. Recordad las palabras del Señor: «A quien me reconozca ante los hombres, también le reconoceré yo ante mi Padre que está en el cielo» (Mt 10,32).

Todo bautizado debe ser un apóstol, es decir, un enviado a transmitir por todas partes la luz del Evangelio, a llevar a todas las dimensiones de la vida la animación del fermento cristiano. ¡Mis jóvenes amigos! El mundo de vuestros coetáneos, el campo de la cultura y del arte, el sector de la vida cívica y política, ningún ambiente de la actividad humana pueden ser extraños a vuestro compromiso de apostolado. Digo del apostolado individual y del asociativo. Recordadlo siempre: de vuestro empeño depende en gran parte el progreso de la civilización y de la cultura del amor de la que vuestra época tiene inmensa necesidad.

Sírvaos para ello de sostén y alivio mi especial bendición apostólica que ahora, invocando la intercesión de S. Gabriel, imparto de corazón sobre todos vosotros y sobre vuestros amigos».

INDICE

PRESENTACION	9
1. PROFESION DE FE EN LA JUVENTUD.....	15
Hacia un proyecto de vida	15
El Papa Juan Pablo II y el proyecto juvenil.....	16
Modelos-proyecto en que inspirarse	19
2. EN UNA REGION DE ITALIA LLAMADA ROMAÑA	23
Entorno religioso-social de la Romaña	23
Los Campidelli de Trebbio, una familia ejemplar	27
El hogar de los Campidelli, iglesia doméstica	29
Etapas hacia Dios	32
Amarga historia de un melón	34
Crecimiento en sabiduría y gracia	37
Un chico como los demás	40
3. LA ADOLESCENCIA, TIEMPO DE PROYECTOS	45
La edad evolutiva.....	45
Llamada y respuesta	46
En sintonía con la palabra de Dios	50
Contrastes de luz y de sombra.....	52
La voz de Dios se hace clara	55
¿Sacerdote diocesano o religioso?	57
Aspiración cumplida.....	61
Bajo el manto de la Virgen de Casale.....	65
	191

4.	EL GRAN PROYECTO DE CAMPIDELLI SE HA- CE REALIDAD	67
	La meta ideal en el proyecto de Campidelli	67
	El primer novicio de Casale	68
	Feliz con su librea de misionero pasionista	71
	El por qué profundo de una vocación	74
	Novicio ejemplar	78
	Viaje al Calvario en el día de la profesión	82
	Alegría de la autorrealización	85
5.	DIOS EN EL PROYECTO DE CAMPIDELLI	87
	Entre los libros anda Dios	87
	Clima de serenidad	90
	Fidelidad en todo	94
	Subida al monte santo	98
	Propósitos de 1887	99
	Propósitos de 1888	102
	Propósitos de 1889	103
	Camino hacia la introspección	105
6.	Y EL CAMINO DEL PROYECTO SE HIZO AL ANDAR	109
	Hacia el yo ideal	109
	Dios: cercanía y confianza	111
	Jesús: Maestro y centro de su vida espiritual	114
	¿Miedo a ser sacerdote?	118
	La Virgen María: amor de hijo	120
	La Congregación Pasionista: familia de buenos herma- nos	122
	Los votos: camino de libertad	126
	a) pobreza	127
	b) castidad	128
	c) obediencia	131
7.	LLEGADA A LA META	135
	Hacia la terminal	135
	Alegria y calma en la prueba	137
	En la última etapa	141
	La Virgen fiel acudió a la cita	143
	Historia deliciosa de un éxtasis de amor	146
	No hay amor más grande que dar la vida	148
	Elocuencia salvífica de una muerte santa	152

Heroico en la práctica de la virtud	156
El milagro de la Beatificación	157

APENDICES

1.º Decreto sobre las Virtudes heroicas del B. Pío	163
2.º Alocución de S.S. Juan Pablo II a los jóvenes sobre las Bienaventuranzas	171
3.º Del Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (1985)	181
4.º Discurso a la Juventud en el Santuario de S. Gabriel de la Dolorosa	185

Dice el Papa a los jóvenes de la hora presente: «Creo en la sinceridad de vuestra fe y de vuestra voluntad; creo en vuestra juventud y en vuestro propósito de comprometeros, por encima del deporte, en la salvación del hombre contemporáneo... Presiento que la Iglesia, no menos que vuestras respectivas patrias, pueden contar con vosotros» (14/IV/1984).

A los jóvenes que se preguntan cómo responder a esta confianza que el Papa deposita en ellos les ofrecemos la semblanza de este Estudiante Pasionista, PIO CAMPIDELLI, que desde sus 21 años ofrecidos a Dios en holocausto por el bien de su PATRIA CHICA, la Romaña, brinda a tantos muchachos y muchachas de hoy y de siempre un espléndido camino de superación y servicio.